

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
SEDE ECUADOR  
PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA  
CONVOCATORIA 2008-2010**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA  
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO**

**SEGURITIZACIÓN DEL PAISAJE URBANO  
Cultura material de la inseguridad en el circuito barrial El Edén, La Victoria y  
Amagásí del Inca**

**Cevallos Narváez Gabriel Alejandro**

**ABRIL 2011**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES**  
**SEDE ECUADOR**  
**PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA**  
**CONVOCATORIA 2008-2010**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA**  
**VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO**

**SEGURITIZACIÓN DEL PAISAJE URBANO**  
**Cultura material de la inseguridad en el circuito barrial El Edén, La Victoria y**  
**Amagásí del Inca**

**Cevallos Narváez Gabriel Alejandro**

**ASESOR DE TESIS: XAVIER ANDRADE**  
**LECTORA 1: ANA RODRÍGUEZ**  
**LECTORA 2: GABRIELA ZAMORANO**

**ABRIL 2011**

A Felipe y Carolina, quienes han hecho de nuestro itinerario de inquilinato en esta ciudad, un hogar.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Ilowasky, Gary Vera y Samuel Fierro, mis amigos y compañeros de El Bloque; a Xavier Andrade por su trabajo ejemplar; a Ana Rodríguez y Gabriela Zamorano por el aliento que significaron para mí sus acertadas críticas; a Jaime Ganchala que con su confianza hizo posible la culminación de mis estudios; a Miguel Ángel Rivera, Gabriela Navas, Santiago Barona, Alfredo Santillán que han hecho de las mínimas conversaciones experiencias invaluable.

## ÍNDICE

### Contenido

RESUMEN .....	7
INTRODUCCIÓN.....	8
Capítulo I.....	34
Contexto de la investigación: Inseguridad y Periferia .....	34
Quito, Inseguridad.....	36
Expansión del espacio urbano: antecedentes de la configuración socio-espacial del circuito barrial (El Edén, La Victoria y Amagasí).....	41
Comité del Pueblo, El Edén, La Victoria Y Amagasí: territorios asimétricos. ....	45
Capítulo II.....	57
Diferencia, Percepción de inseguridad y construcción del sospechoso. ....	57
Diferencias socio-económicas entre barrios vecinos: antecedente para la seguritización del barrio. ....	57
Sospechosos: Ejercicio gráfico y dialógico para problematizar la construcción de estereotipos en un escenario de miedo al crimen. ....	69
Capítulo III .....	79
Producción del paisaje por miedo al crimen. ....	79
Paisaje: vínculos entre materialidad y relaciones sociales. ....	80
Cerramientos y violencia normalizada. ....	85
Fortificar espacios de la cotidianidad.....	93
Puertas y Portones: entre el desuso y la normalización de la guardianía .....	95
Capítulo IV .....	108
Organización barrial para conjurar el miedo al crimen: estrategias, posiciones y justificaciones ante el paisaje securitizado.....	108
Parques Cerrados: ruinas del espacio público en el barrio. ....	111
Organización barrial, posturas y discusiones sobre seguridad. ....	120
Reflexiones Finales .....	133
BIBLIOGRAFÍA .....	139
ANEXOS	

Anexo 1. Mapa Análisis *hot spots* de homicidios. Fuente: OMSC.

Anexo 2. Mapa Análisis *hot spots* de delitos a personas en horarios de la madrugada, mañana, tarde y noche. Fuente: OMSC.

Anexo 3. Mapa Análisis *hot spots* de delitos a domicilio. Fuente: OMSC.

Anexo 4. Mapa Evolución de la mancha urbana de Quito. Fuente: [www.quito.gov.ec](http://www.quito.gov.ec).

## RESUMEN

La ciudad de Quito ha dejado de ser aquella “isla de paz” con la que se pensaba convencionalmente las relaciones sociales, y aunque en las estadísticas de la región sigamos ocupando un lugar mediano de una escalada de violencias urbanas que preocupan a escala global, la población quiteña a comenzado a experimentar la sensación de que la inseguridad no es una cuestión de espacios excepcionales sino de espacios cada vez más próximos a su ocupación y movimientos cotidianos, embargados, en gran medida, por la idea de que la violencia delincuencia es irracional y toca aleatoria e indistintamente a toda la población.

Los cambios que generan la experiencia y la percepción de inseguridad a nivel urbanístico y arquitectónico forman un fenómeno circular junto con los cambios de comportamiento e interacción vecinal, en la medida de que estas dos dimensiones se afectan mutuamente de manera cotidiana y profunda. La presente tesis es un intento de documentar críticamente dicha relación, no ya desde la dicotomía entre sociedad y anti-social, sino desde las connotaciones que sufre la vecindad barrial debido a una producción de espacios y dispositivos de seguridad como conjuros contra el miedo al crimen pero también como un patrón urbano para enfrentar las relaciones y las diferencias sociales.

Haciendo uso de la noción de “paisaje”, que indica un entendimiento de la materialidad específica del espacio urbano y las inscripciones que hace la gente con su presencia sobre este espacio (posiciones, actuaciones, justificaciones) como un todo (Cf. Low 2003:14), se ha aterrizado sobre una locación heterogénea en varios sentidos (conformación histórica de los barrios, composición socio-económica y particularidades morfológicas del paisaje) por lo que se ha preferido pensar en el campo como un circuito de recorridos que permitan atar espacios que aunque continuos son diferentes y diferenciados por sus propios habitantes de manera radical. En este recorrido se ha constatado que procesos de ordenamiento socio-espacial de la ciudad, regidos por una lógica de mercado y especulación inmobiliaria, han tensionado las preocupaciones por seguridad, al punto de instaurar la violencia concreta y simbólica que representa la securitización, como una operación normalizada y cotidiana.

## INTRODUCCIÓN

La inseguridad ciudadana ha sido un tema central en el debate y la agenda política de los gobiernos locales en el Ecuador desde hace por lo menos una década, la forma exacerbada de presentar esta preocupación ante la opinión pública (que va desde el amarillismo mediático hasta el discurso especializado) ha velado una serie de procesos de reordenamiento socio-espacial de la ciudad que alcanzan legitimidad a falta de una discusión que avance del enfoque meramente situacional y punitivo.

La presente tesis es un intento de enfocar la inseguridad ciudadana, no ya desde la dicotomía entre sociedad y anti-social ni desde la violencia (real e imaginaria) que recae sobre el individuo como víctima subjetiva, sino desde las transformaciones que sufre la ciudad como entidad colectiva a través de una producción de espacios y dispositivos de seguridad como conjuros contra el miedo al crimen pero también como un patrón urbano para las relaciones sociales que se consolida en la modernidad tardía.

Elevar los cerramientos de las viviendas y los parques, restringir el acceso a una calle o conjunto residencial, son algunas de las transformaciones concretas que evidentemente condicionan la interacción social, en la medida que dificultan los movimientos, actuaciones y relaciones interpersonales. Estas transformaciones van más allá de las funciones para las que son puestas en marcha “prevenir el hecho criminal” contribuyendo, por el contrario, a acrecentar el clima de tensión en el día a día de la ciudad (Caldeira 2007:53-54).

Pero partamos desde una posición de “ignorancia estratégica” sobre estas transformaciones, re-conozcámoslas y problematicemos la mirada que las entiende como normales y hasta justas, preguntémonos: ¿Qué tipo de paisajes urbanos se crean bajo la retórica de la inseguridad ciudadana? ¿Cómo son y qué carga simbólica tiene su materialidad?, un reconocimiento del paisaje urbano actual puede darnos pie para inferir los elementos que explican su formación: las ideas, las prácticas, los intereses y las estrategias sociales que convergen en su producción. Son preguntas que nos conducen a

discutir ¿Qué nociones de “lo público” y de “ciudadanía” emergen en el contexto de las iniciativas (individuales y colectivas) para producir espacios seguros?

### **La Justificación.**

La justificación que adquieren las preguntas de esta tesis, puede leerse de acuerdo a tres intereses atravesados entre sí: académico, político y personal. El debate sobre seguridad ciudadana en Ecuador (y en la región) de los últimos diez años ha estado emanando desde la institucionalidad estatal y desde la misma academia, desde ahí se privilegia la cuestión ¿cómo hacer más eficiente (y “humana”) la triada: policía, justicia, cárcel?, y más recientemente ¿cómo las políticas públicas juegan un papel importante en la prevención del delito?; desde la iluminación de calles; la creación de una policía para la prevención del delito en sectores regenerados; la implementación de programas de desarrollo social para jóvenes y desempleados con el objetivo de prevenir su participación en hechos delictivos, hasta la promoción de organización social para la auto-protección, las discusiones comparten una misma visión tecnocrática sobre el gobierno y la gestión de la seguridad, donde el control de la vida social, generalmente, termina imponiéndose.

En las políticas, el uso ideológico que se hace de la prevención, lleva a velar lo que en realidad son los tres elementos hegemónicos de las acciones actuales contra la violencia: la privatización, el control social y la represión, propios de las causas finales (teleología) presentes en el sentido punitivo que contiene el binomio delito pena. (Carrión 2009:9)

Las políticas sobre seguridad y espacio urbano son indivisibles, y en la actualidad su diseño es compartido por el estado y el sector privado de manera más abierta, la articulación socio-espacial del “barrio unido” contra la delincuencia o las formas arquitectónicas de un *shopping center* se convierten en maquinarias de “exclusión defensiva”, como las llama Young (2003:40), exclusión que garantiza librarnos del potencial riesgo que representa “el otro”, y que se lleva a cabo en torno a normativas y estereotipos socio-económicos, culturales y étnicos, poniendo en juego el derecho a la ciudad y el significado mismo de ciudadanía.

Un tipo de ciudad fragmento se produce de manera concreta bajo estas nociones hegemónicas de seguridad, y es justamente la ausencia de estudios para Quito, que

permitan dar cuenta de un trasfondo problemático de las transformaciones morfológicas y espaciales de la ciudad en un escenario de inseguridad, a la que este trabajo quiere adscribirse.

De cierta forma enfrentar la naturalidad (normatividad) con la que aparece ante nosotros el paisaje urbano (seguritizado), se convierte en sí, en una posición política, en la medida que logre integrar voces, percepciones, posiciones y problemáticas que son sistemáticamente descartadas, ampliando así, los frentes de discusión de un asunto (la seguridad) que se presenta como neutro o positivo (Andrade 2004: 105-10). Finalmente, en el ámbito personal, estoy convencido de que la securitización de nuestro entorno doméstico y del espacio público reducen las capacidades políticas y creativas de la sociedad, por lo tanto “mi deseo no es simplemente librarme del hecho delictivo, sino librarme de las condiciones que imposibilitan habitar la calle, el barrio, la ciudad de múltiples maneras”

### **La Locación.**

Las preguntas que me hago han sido aterrizadas en una locación con tres puntos de orientación, al sur Amagásí, al centro El Edén y al norte La Victoria, y de manera más abstracta (pero crucial para entender el circuito barrial mencionado) está El Comité del Pueblo al nor-orienté de La Victoria; aunque estos sitios están reunidos en una misma espacialidad dan cuenta de una conformación histórica y una experiencia del espacio diferentes:

El Comité del Pueblo, es uno de los barrios que surgió de la acumulación y disposición espacial de la pobreza formulada por la expansión urbana de Quito. Barrio de alta concentración poblacional que para la década de los 70' se inauguraba sin vías de acceso, aislado de la ciudad y sin la mínima infraestructura urbana ni servicios básicos, la presión que ejercieron los habitantes de este barrio ante las autoridades propició una lenta habilitación del sector, la misma que fue aprovechada por la gente de estratos medios que buscaba mínimas condiciones para adquirir una propiedad de bajo

costo y que encontró en los terrenos baldíos pero habilitados, próximos al barrio marginal, una oportunidad de compra.

Tanto la ubicación que hiciera el gobierno de docenas de familias “sin techo” en los terrenos que hoy conocemos como Comité del Pueblo como la posterior diversificación socio-económica de los contornos de este enclave, debido a la llegada de clases sociales más acomodadas, revelan un carácter altamente especulativo del urbanismo en Quito, como lo señala Carrión: los mecanismos de habilitación urbana de sectores aislados y el consecuente fraccionamiento de la mancha urbana, se lleva a cabo por medios legales e ilegales, encubiertos conscientemente por la acción municipal, ya que al habilitar para la vivienda sectores aislados de la ciudad consolidada quedan intersticios vacantes pero listos para la construcción que luego son acaparados y disputados por diferentes intereses. (Cf. Carrión 1983: 42-44)

[mediante esta mecánica especulativa] se obtiene elevadas rentas urbanas, en base a los terrenos de "engorde" [...] Así los terrenos adquieren inusitado valor, por el paso de los terrenos de agrarios a urbanos ; por la habilitación legal y de hecho; por la generación de infraestructura física ; por la densificación del área y la realización , por sobre-explotación de la fuerza de trabajo, de ciertas obras auto construidas; y, por la presión que ejercen los moradores para la legalización de su situación y para la obtención de servicios y equipamientos urbanos. (Carrión 1983:43)

Los barrios El Edén y La Victoria, barrios donde se desenvuelve esta investigación, son producto de esta dinámica, ambos barrios son el resultado de la desintegración de minifundios en un momento en que la producción agraria perdía rentabilidad frente a la especulación inmobiliaria motivada por una demanda de espacio para la vivienda en aumento vertiginoso. La habilitación urbana del Comité del Pueblo por medio de la presión social, de una acción política reivindicativa sobre el derecho a la vivienda y la auto construcción abrió la brecha para la ocupación del Edén y La Victoria, aunque esta ocupación se haya dado más lentamente y obedeciendo las dinámicas del mercado de bienes raíces, y se haya hecho en su mayoría a título personal o mediante cooperativas integradas en su mayoría por gente de clase media.

Actualmente el crecimiento urbano del sector dentro de esta lógica especulativa está dando frutos más substanciosos, Amagásí, barrio colindante con El Edén hacia su

lado sur, hace menos de treinta años fue un sector escasamente poblado y preponderantemente agrario (como lo demuestra el diagnóstico de barrios periféricos de Quito 1983), mientras que hoy es territorio de empresas inmobiliarias privadas que atraen una población de estratos medios y altos, y la cadena de servicios como supermercados y colegios de elite que los siguen<sup>1</sup>.

Así, la franja de estudio de esta investigación aborda la vecindad de Amagásí, El Edén y La Victoria, cada uno con una composición socio-económica y paisajes específicos, barrios que difieren en cuanto a su “práctica del espacio” y comparten algunas respuestas ante su miedo al crimen encarnado en la imagen de los barrios marginales como El Comité del Pueblo<sup>2</sup>.

A pesar de la ubicación geográfica, la locación se debe entender como difusa en la medida que la investigación se desarrolla en “la vecindad” de estos barrios y los puntos de frontera, de contradicción y de fragmentación (imaginaria o materializada en el paisaje) que corta la espacialidad continua que estos barrios comparten, son estos los que considero “la locación”: calles cerradas, inscripciones en el espacio, locales para la reunión de organizaciones barriales, la estética de las viviendas y los espacios públicos de la localidad, son los sitios hilvanados por un recorrido de exploración, por lo que la locación es más un desplazamiento entre sitios que un “campamento permanente” en cada barrio.

---

<sup>1</sup> Hay que puntualizar, de acuerdo a Mattos, que los procesos de especulación inmobiliaria que están dando forma a la ciudad, son parte de un proceso global de “mercantilización del desarrollo urbano” propia de una etapa tardía del capitalismo trans-nacional, la misma que se ha intensificado gracias –sobre todo– a las políticas de liberalización económica que movilizan capital internacional en busca de valorizarse por medio de la inversión inmobiliaria, y a una desregularización y demás condiciones favorables que ofrecen las administraciones urbanas a fin de atraer la inversión de tales capitales económicos (2008: 37-8). Este proceso se está viviendo visiblemente en la ciudad de Quito, en un momento donde la ciudad comienza a privilegiar su crecimiento vertical; evidentemente las empresas inmobiliarias más grandes han acaparado la renovación y rediseño urbano del centro norte de la ciudad mientras que las periferias han quedado a la disputa de empresas inmobiliarias medianas y pequeñas, este es el caso de Amagásí donde abunda la oferta habitacional a manos de estas empresas.

<sup>2</sup> Con “prácticas del espacio” me estoy refiriendo a la noción empleada por De Certeau (1994) “un conjunto de comportamientos desplegados para ser visibles socialmente a fin de obtener un beneficio simbólico, este conjunto está atravesado por elementos cotidianos concretos pero también ideológicos, políticos, estéticos acarreados por ciertas tradiciones históricas y culturales que juegan un papel decisivo en la ocupación que hacen los sujetos en el tejido de relaciones sociales inscritas en un espacio definido” (Cf. De Certeau, 1994:7-8)

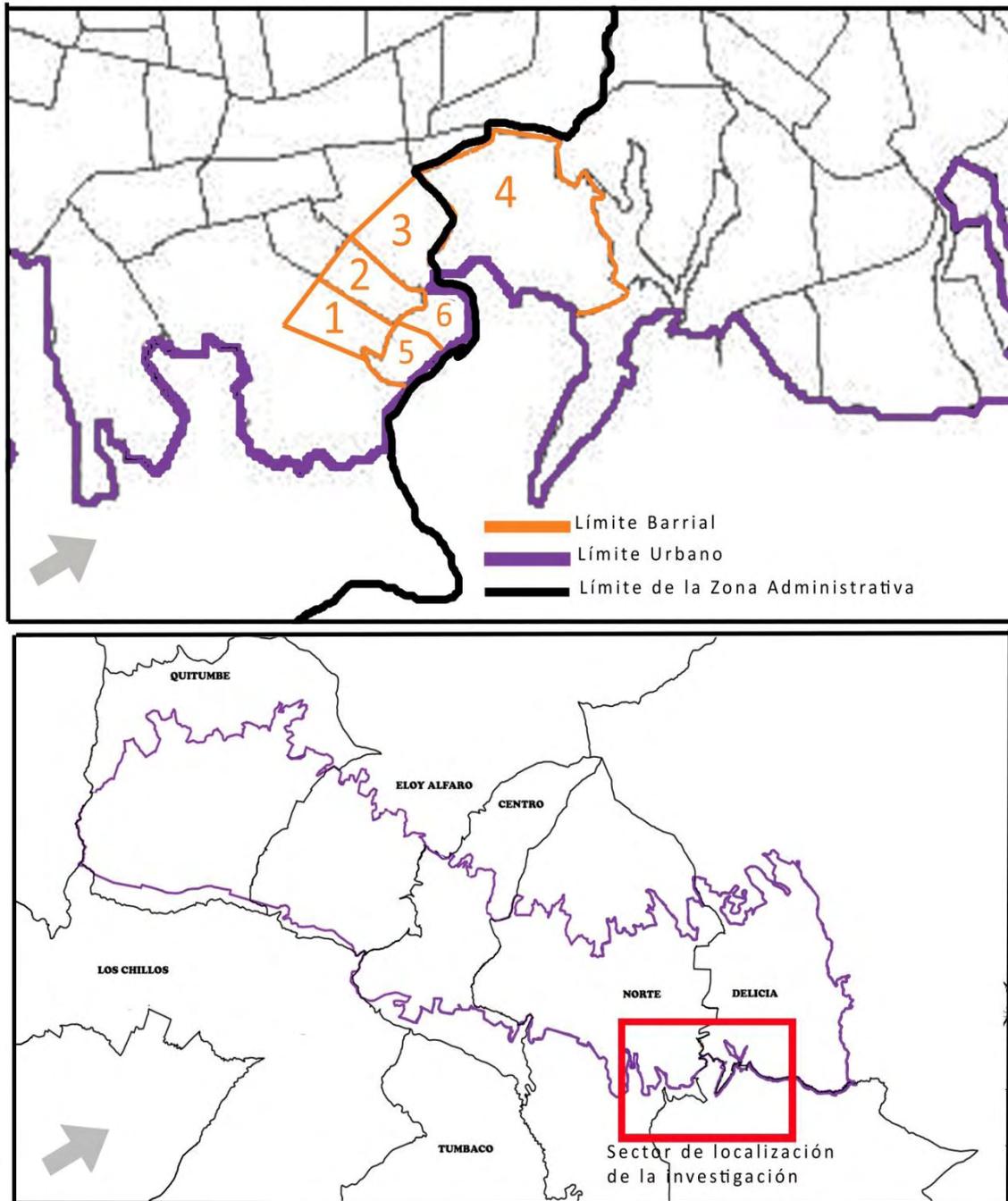


Figura 1. Ubicación geográfica de los barrios donde se localiza la investigación: 1. Amagás del Inca; 2. El Edén; 3. La Victoria; 4. Comité del Pueblo; 5. San Miguel de Amagás; 6. La Quintana. (Fuente: elaboración propia)

¿Pero porqué se ha escogido este circuito barrial? si las trasformaciones del paisaje urbano que Quito viene experimentando a raíz del miedo al crimen pudieran considerarse similares en sus distintas latitudes de acuerdo a los discursos que

preconizan una delincuencia irracional extendida por la ciudad y que toca indistintamente a toda la población. Para explicarlo, debo partir de una diferenciación entre centro y periferia urbana, dos polos de una planificación y desarrollo de la ciudad marcada por la lógica de la especulación inmobiliaria, la concentración de servicios y la exclusión que ha generado un paisaje asimétrico en varias dimensiones: espacio construido, organización económica, organización social, y política aplicadas al espacio<sup>3</sup>.

En el centro histórico, por ejemplo, los procesos de regeneración urbana iniciados a comienzos de la década, bajo la consigna de devolver el patrimonio (arquitectónico) a la “ciudadanía” y vender una imagen de ciudad al turismo, terminó por desactivar prácticas y códigos identitarios ligados al espacio: las restricciones y reubicación del comercio informal, la museologización de iglesias y edificios públicos el desplazamiento de sectores populares y el control sobre grupos estigmatizados (indigentes y prostitutas, principalmente) significó una “limpieza social” que abriría el crecimiento de un comercio más rentable y elitista (bares, restaurantes hoteles y conjuntos residenciales) (Andrade y Kingman 2010:9-10).

Los mecanismos de control y represión a nivel micro-social utilizados para este propósito, ahora son regulares en casi todos los proyectos de construcción, adecuación o dotación de infraestructura a espacios públicos estratégicos para la gestión política de la imagen de la capital, los mismos que generalmente están ubicados en el centro.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Hablar en términos de centro-periferia, podría parecer fuera de lugar una vez que el modelo de metropolización de la ciudad de Quito ha cumplido una década de importantes esfuerzos para la distribución de recursos de manera más equitativa entre sus distintas zonas; sin embargo, la carga simbólica de un centro urbano como el lugar de acumulación de capitales, de concentración de infraestructuras y oferta cultural, sigue pesando a la hora de percibir la ciudad. A pesar de que este centro, con cierto dinamismo, se esté reubicando, o más bien abriendo pequeñas sucursales de “pujanza, modernidad y capitales inmobiliarios” en zonas geográficamente descentradas (como es el caso de la gentrificación de Cumbayá y la apertura al comercio de ciertos sectores del sur de la ciudad) estos pueden verse como enclaves más que como un crecimiento simétrico de las posibilidades de desarrollo social.

<sup>4</sup> Pensemos en la guardianía del FONSAL (fondo de Salvamento Patrimonial) que implemento una guardianía al parque de “La Alameda” (16 guardias repartidos en dos turnos y que cubren un perímetro aproximado de 600m2, es decir un guardia para cada 75m2) para controlar las formas de ocupación, instruir en normas de civilidad y moral a los paseantes, y disuadir hechos delictivos; lo propio ocurre para “El Ejido”, otro de los emblemáticos parques recientemente “revitalizados” por la municipalidad. Pensemos también en la transformación de uno de los barrios tradicionales de Quito “La Ronda”

El centro norte, centro comercial y financiero de la capital, sistemáticamente acaparado por las clases acomodadas de la ciudad, ostenta el mayor despliegue de tecnología y de personal de vigilancia privada. Caminar por el centro norte de la ciudad es ya un naturalizado enfrentamiento con guardias, cámaras de vigilancia y espacios desprovistos de infraestructura para el esparcimiento o el descanso gratuito; es en este sector donde se realizan regularmente operativos policiales como el reciente “operativo navidad 2010” que desplegó personal policial y militar en los alrededores de los más importantes *shopping centers* y entidades bancarias para garantizar la fluida transacción de compra/venta de los ciudadanos/consumidores; haciendo una clara demostración de los intereses detrás de una “ciudad segura” y las nociones hegemónicas de una identidad ciudadana a proteger<sup>5</sup>.

En definitiva, el centro como “centro simbólico puede definirse como la organización espacial de los puntos donde se interceptan los ejes del campo semántico de la ciudad, es decir, como lugar que condensa una intensa carga valorizante en función de la cual se organiza de manera significativa el espacio urbano” (Castells, 1974: 176); el nivel de control que implica mantener y legitimar esta organización es exhaustivo, se aplica a las formas de ocupación, comportamiento y actividades en espacios públicos, se prefiere convertir al centro en lugar de tránsito, más que de estancia, lo que dificulta la producción de pertenencia y significados que la gente puede hacer sobre éste, el centro termina teniendo más sentido para los inversionistas y los turistas que para los propios habitantes de la ciudad.

---

históricamente asociado a la bohemia marginal, ahora convertido en un paseo turístico, o el mismo desalojo de los “sin techo” del parque Itchimbia a favor de una “ciudadanía” clausurada y positiva

<sup>5</sup> La Secretaría General de Seguridad y Gobernabilidad anunció a través de La Agencia Pública de Noticias de Quito, que los controles por Navidad se extienden a terminales, vías, además de los centros comerciales, sin embargo, en esta misma nota se hace referencia a la prioridad del control de estos últimos sitios debido a la gran afluencia de gente en la época. Para dicho efecto se distribuyeron 1.000 militares en apoyo a los 4.000 policías y a los 900 policías metropolitanos de Quito los mismos que cercaron los principales shopping centers de la ciudad (nota en internet: [www.noticiasquito.gob.ec](http://www.noticiasquito.gob.ec), del 2010-12-23) el control también se lo realizó por aire utilizando los helicópteros del Ejército y Policía. Según otro diario de la ciudad, también se utilizaron cerca de 500 aspirantes a policía para realizar recorridos de vigilancia (nota en prensa. El Universo. 2010 12 16).

Ahora bien, pensando convencionalmente en la periferia podríamos arriesgarnos a decir: que ésta no comparte el ritmo de vida ni el nivel de control y vigilancia, desde el simple hecho de que no posee ni la espacialidad, infraestructura, servicios, capitales en circulación, funciones, ni cargas simbólicas que posee el centro.

En concordancia con los apuntes socio-etnográficos de De Certeau y Pierre Mayol (1994) sobre lo que significa habitar un barrio periférico (en París de los 90'), la espacialidad del lugar, determina que la vida social sea posible: las dimensiones espaciales (y temporales) del barrio periférico posibilitan prácticas para el descubrimiento y la apropiación de los lugares, la función principal del barrio está en el repliegue de los individuos en sus viviendas, pero también, en la convivencia colectiva, los usos habituales y comunes hechos sobre el espacio público. Principalmente, estas características definirían al barrio periférico como el lugar donde el individuo resiste o por lo menos se guarda del vertiginoso ritmo del centro urbano.

La práctica del barrio introduce la gratuidad en lugar de la necesidad; favorece una utilización del espacio urbano no terminado por su uso únicamente funcional. En última instancia, pretende dar el máximo de tiempo a un mínimo de espacio para liberar las posibilidades de deambulación.

El paso del paseante en su barrio siempre encierra varios sentidos: sueño de viaje delante de tal aparador, breve emoción sensual, excitación del olfato debajo de los árboles de la alameda, recuerdos de itinerarios ocultos en el suelo desde la infancia, consideraciones alegres, serenas o amargas sobre su propio destino, tantos "segmentos de sentido" capaces de sustituirse unos a otros a medida que se anda, sin orden ni limitación, despiertos a los encuentros, suscitados por la atención flotante de los "acontecimientos" que, sin cesar, se producen en la calle. (Mayol 1994:12)

Según esta imagen, se podría suponer que el barrio (en la periferia), es un lugar donde la sensación de reconocimiento mutuo, las relaciones de más o menos confianza y su organización social permitirían que sus habitantes hagan un entendimiento sobre seguridad / inseguridad que les permita desarrollar estrategias de protección coherentes con la calidad de vida social que (hipotéticamente) ostentan, ¿pero es realmente así?

La decisión de hacer esta investigación en la periferia, no es una posición romántica para la defensa de "la vida de barrio periférico", pretende ser una posición

que permita evaluar las formas en que se filtra y opera todo un imaginario socio-cultural implantado por el discurso sobre inseguridad en los modos de producción del paisaje y la gestión de la vida en su escala más cotidiana. Más allá de los indicadores de violencia real y las políticas públicas de seguridad, interesa debatir sobre la posibilidad de seguir pensando en el barrio como esa entidad social de encuentros, interacciones y familiaridades, cuando el paisaje securitario se instaure.

### **Metodología.**

Como advertencia antes de explicar la metodología utilizada, quisiera retomar a la localización de la investigación como un elemento metodológico en sí. Estoy consciente que “todo enfoque es excluyente [...] una estrategia de localización es inevitable si se pretende un estudio de un modo de vida significativamente diferente” (Clifford 1997:36), el problema como dice el autor citado, es aclarar ¿con qué criterios o quién en última instancia, determina dónde una comunidad traza sus límites, da nombre a sus miembros y excluye a los no miembros dentro de una problemática dada?” (ibid 1997:36).

Por consiguiente, para localizar la investigación, resolví basarme en la premisa de que es la práctica de la gente la que determina lo significativo del espacio, “un espacio cobra significado cuando es atravesado, delimitado, ocupado, temido, deseado o vaciado discursiva y corporalmente” (De Certeau 1984 en Clifford 1997:73); en este sentido, la longitud, los límites y la forma de hacer el recorrido en el campo no fueron fijadas por un determinismo físico o urbanístico del barrio, sino que fueron establecidas por medio de las sugerencias que emergieron de conversaciones y entrevistas no estructuradas realizadas en mi calidad de visitante regular de las inmediaciones, por razones e intereses personales y de manera previa a la investigación propiamente dicha, lo que resultó en una imagen básica conformada de sitios peligrosos, prósperos, transitables, vacíos, abiertos o cerrados sin contenerse dentro de un límite geográfico-urbano claro, aunque continuo e inevitable como es la vecindad con otros barrios.

Esta primera dinámica para establecer la locación se consolidó ya por medio de observaciones del paisaje y entrevistas a profundidad que descubrieron una interrelación simbólica (más o menos fluida) entre la gente del barrio El Edén y sus vecinos de La Victoria (al norte) y Amagásí (al sur) y de manera más abstracta con El Comité del Pueblo (al nor-oriente), lo que determinó presentar (o más bien re-presentar) la locación como un “circuito”, un recorrido que empezó y tiene cierto acento en El Edén pero que se ha ido corrigiendo y estableciendo de acuerdo a la conexión de sitios e informantes, abandonando la idea homogenizadora de abarcar a un grupo espacialmente constreñido como garantía de profundidad y la producción de conocimiento antropológico en base a “una práctica espacial de una residencia prolongada, aunque temporaria, en una comunidad” (Clifford 1997:79)

Partiendo de estas consideraciones los barrios en cuestión no son tratados como espacios/contenedores de la etnografía ni de experiencias sociales particulares, sino como espacios producidos por éstas, como dice Fidalgo, un analista crítico de la antropología de las ciudades: “los barrios no solo serán considerados un locus de la investigación sino el objeto mismo de ella [físicamente hablando]” (2008:66). En este sentido una dimensión de la espacialidad y materialidad de la locación es una producción de sus habitantes (de sus nociones de seguridad-inseguridad) más que un contenedor de sus comportamientos (aunque no se descarta el efecto dialéctico que representa vivir en un entorno material específico).

Por otro lado, la etnografía “produce” en cierta medida la locación, una vez que ha enlazado sitios e informantes en su intento de conseguir un cuerpo expresivo del conflicto y contradicciones del paisaje, este “hacer la locación” tiene cabida en la medida que sirva para comprender de una manera más general los procesos de segregación espacial que vive Quito, y que este “circuito” pudiera ejemplificar (Rev. Caldeira 2000: 22-23). Entender el lugar de la investigación como un “circuito” llega a ser una posición estratégica del investigador que pretende atar experiencias y lugares aparentemente desconectados.

el desafío de la etnografía multi-situada -es decir, que deslocalizarse trastorna las convenciones del “estar ahí”- no conduce a una etnografía meramente móvil, que sigue procesos a través de sitios,

sino que evoca a la etnografía en sí misma, compuesta de procesos de conocimiento conectados, rizomáticos y víricos. Consiste en seguir conexiones y relaciones de ideas y mapas o topologías que no están dadas, sino que son encontradas. (Marcus 2007:33)

Si bien la idea de multilocalidad implícita en la presente propuesta de investigación, no obedece al principio de distanciamiento geográfico de las locaciones de estudio, creo válida retomarla si se tiene en cuenta que los sitios que conforman el circuito de esta investigación a pesar de estar distribuidos en una misma espacialidad son representativos de paisajes y conformaciones sociales profundamente diferentes y diferenciadas entre sí por sus mismos habitantes, el acercamiento etnográfico ha producido evidencias de que la fragmentación (tanto física como social) los convierten en sitios dislocados que con propósito de esta investigación deben ser atados.

En términos más operativos, la metodología empleada para enfrentar las preguntas y la especificidad del circuito barrial planteado, consistió en el cruce de los datos recabados por medio de dos técnicas: la observación del paisaje y las entrevistas a profundidad con actores claves de la localidad, para el efecto se llevó una especie de “diario de campo visual” que reúne registros fotográficos levantados en base a una sistemática observación etnográfica del paisaje, guiada por los testimonios que mis informantes iban arrojando, y en ocasiones por mis propios trazos de ruta como deambulador del barrio.

Esta dinámica, no fue simplemente un trabajo de documentación de la morfología de los barrios mencionados, fue un ejercicio de observación dialógica para intentar identificar las prácticas y tensiones sociales que se han materializado en el paisaje urbano producto de la organización social y las posturas políticas de sus habitantes ante la “inseguridad”, y digo dialógica, porque los archivos fotográficos que iban resultando fueron puestos frente a mis principales informantes o dentro de grupos focales con el ánimo de ser debatidas y para que dieran luces sobre cómo organizar y categorizar el material visual que había levantado.

En esta línea de trabajo, el ejercicio titulado “sospechosos” que consistió en una acción colectiva para describir gráficamente las características físicas de una persona de la cual deberíamos sospechar, reunió dos de las que considero fortalezas de la

metodología usada: a. el diseño de una estrategia, no arbitraria, de recavamiento de datos, sino emergente de los propios diálogos con la gente (el ejercicio en cuestión se diseñó debido a la recurrencia de la figura del “sospechoso” en las narraciones de crimen hechas por la gente); b. La fijación del dato etnográfico en un soporte que formalmente permita propiciar nuevos diálogos en otros formatos, es decir no solamente en el académico (La secuencia de dibujos resultantes de este ejercicio circuló en espacios expositivos de arte y en grupos focales conformados por organizaciones barriales para la seguridad), los registros (gráficos y fotográficos) tuvieron la capacidad de interpelar la posición de mis entrevistados.

En la construcción de datos descrita hay un ánimo de “intervención” en el sentido de que el material visual levantado provea argumentos con la capacidad de detonar discusiones que para el caso giraba en la posibilidad de desnaturalizar y problematizar el paisaje securitizado. Esta pretensión tiene relación con mi formación como artista adscrito a la llamada “estética dialógica” (Kester 2004) la cual entiende la experiencia estética como un punto dislocador de la “realidad” y las formas concretas que son presentadas como “naturales” por discursos dominantes (ibid: 107-8): así, la intromisión a través de secuencias fotográficas, pequeñas piezas de video o con la compilación de dibujos ante mis informantes y ante organizaciones barriales, estuvieron dirigidas a generar una situación forzosa para que el “espectador” elija una postura ante la experiencia espacial del barrio y ante la aparición del “otro”, el sospechoso y el vecino.

“La habilidad para catalizar, entender, o mediar intercambios interpersonales y sostener procesos de identificación y análisis crítico” (ibid:118) que supone tales intervenciones, ha sido acusada de “esconder problemas metodológicos y éticos” que terminan convirtiendo al sujeto (“otro”, “informante” o “colaborador”) en el lugar donde el etnógrafo/artista proyecta sus preocupaciones (Foster 2001: 179-83); esta controversia será asumida desde un desarrollo riguroso, en términos académicos, del problema de estudio, es decir, intentando demostrar que las preguntas y preocupaciones que se plantean consideran un andamiaje conceptual para explorar el conflicto social y no simplemente un formato visual de estilo autoral para presentar los hallazgos de la

investigación, así mismo se pretende puntualizar a lo largo del texto los momentos en que las técnicas empleadas (desde el arte y la visualidad) encuentran sus limitaciones, de todas maneras el lector tendrá la última palabra para evaluar la metodología empleada.

Por otra parte, y de manera menos alentadora, la metodología tropezó con las dificultades de realizar entrevistas profundas y registros fotográficos en lugares clave como son condóminos y urbanizaciones cerradas debido al hermetismo que mostraron para mí sus funcionarios y residentes, esto no significa que no se haya hecho ninguna exploración en estos lugares, tal vez no se hizo en la cantidad deseada; sin embargo, esta complicación se compensó con un análisis de las características del espacio y las formas en que era ocupado; con el análisis de documentos que dejan ver la manera en que se gestiona la seguridad dentro de estas urbanizaciones; y, con un redireccionamiento de las entrevistas de los residentes hacia las personas que están activamente trabajando por sus comunidades a fin de hacerlas más seguras; los recursos analíticos enumerados también valen para la exploración que hice en los entornos abiertos.

En segundo lugar, el lector de esta tesis encontrará una ausencia de datos institucionales precisos para reconstruir una historicidad de la conformación urbana de los barrios seleccionados para la investigación. Esto se debe a que los archivos municipales sobre barrios periféricos (relativamente nuevos, ya que no sobre pasan los 25 años de conformación) son muy limitados y desorganizados, estando repartidos por diferentes instancias burocráticas. Datos como ordenanzas para el uso de suelo en la zona, avalúos y catastros de los bienes inmuebles, cronologías del trabajo de urbanización de la zona, etcétera, son documentos cuya búsqueda abandone al darme cuenta que la gente del barrio indicaba de manera general y cualitativa este proceso de crecimiento y configuración urbana. En cambio, se privilegió bibliografía especializada (aunque escasa) que recogía algunos datos relevantes para hacernos una imagen del sector en cuestión.

Recapitulando, la metodología usada puede pensarse en dos fases, que se atraviesan: en primer lugar, un levantamiento descriptivo y analítico del paisaje por medio de la observación y el registro fotográfico, a fin de dar cuenta de las características formales que adquiere el entorno una vez que el miedo al crimen se materializaba en dispositivos y transformaciones espaciales. Y, en segundo lugar, las entrevistas conseguidas con informantes claves (debido a su activa participación en el tema de la seguridad) las cuales tuvieron como objetivo explorar los sentidos y justificativos que ensayaban ante el paisaje barrial y la relación que mantenían con los barrios vecinos. La intersección de estas dos fases investigativas son los diálogos propiciados por el visionamiento de los registros levantados, dinámica que terminó definiendo las categorías mismas para organizarlo.

Un esquema básico de la forma en que se hizo el recorrido por el circuito barrial y de las características de los informantes que fueron privilegiados por este documento se puede revisar el gráfico a continuación:



Figura 2. Mapa de recorrido por el circuito y principales puntos de observación, colaboradores y entrevistas

La ordenación numérica en el mapa indica una progresión de los sitios explorados que va desde Abril a Agosto del 2010. Así corresponde: 1. Domicilio de la familia Bravo, residentes del barrio La Victoria hace 20 años, ex responsables de la cadena que cortaba el pasaje donde viven. 2. Juan Coronel, ex presidente de la directiva de la cooperativa “Plan Victoria 3”, actualmente residente del barrio La Victoria y propietario de una tienda de abarrotes. 3. Alhambras del Edén, condominio cerrado; José Ávila encargado de la comisión de seguridad e integrante de la directiva del condominio; Esperanza Nastar Administradora; y, Familia Maldonado residentes de este condominio. 4 Domicilio de Germán Cisneros, presidente del Comité pro-mejoras de El Edén. 5 Casa Comunal y sitio de reuniones de la directiva; lugar de la proyección de registros fotográficos y discusión con el grupo focal, integrantes activos de la directiva que asistieron: Cesar Brito, Patricio Ochoa, Germán Cisneros, José Brito, Carlos Escobar; Delma Barriga. 6. Unidad de Policía Comunitaria, entrevista Teniente Freddy Castro 7. Este punto señala el parque cerrado de La Victoria, donde no se realizaron entrevistas pero se mantuvieron conversaciones

con usuarios y vecinos tratando de dar con la asociación barrial que se había hecho cargo de la “administración” de dicho espacio. 8. Segundo parque de la Victoria. 9. José Antonio Cheme, guardia de seguridad de un tramo de “Las Orquídeas” en Amagasi del Inca, “facilitador” para conseguir algunas de las fotografías realizadas en el sector después de que varios compañeros suyos en otros horarios (turnos) hayan imposibilitado mi trabajo. 10. Domicilio de María Augusta Vásquez, residente de Amagasi del Inca, activista barrial para la seguridad barrial y auto-denominada administradora del parque de Amagasi. 11. Administración de la Urbanización “Jardines de Amagasi” 12. Domicilio de “ARPIA”, joven de La Victoria quien se adjudica algunos de los grafitis en el barrio, actividad reprobada rotundamente por los dirigentes barriales de El Edén. 13. Domicilio de Tixi, habitante con más de 60 años en Amagasi del Ica, que ha decir de él mismo, se ha convertido en testigo de la llegada de las inmobiliarias. 14. Este punto señala, el lugar donde se apostan mayoritariamente comedores informales al aire libre. 15. Domicilio de José Brito, dirigente barrial de El Edén. 16. Comedores informales al aire libre. 17. Domicilio de Narcisca Almeida, residente de La Victoria desde hace aproximadamente 30 años, quien ha ayudado a reconstruir una historicidad del crecimiento urbano como de la vecindad con El Comité del Pueblo.

### **Posicionamiento Teórico.**

Los estudios hechos en el campo de la inseguridad ciudadana y espacio urbano son bastante amplios en la línea preventiva del crimen, la geo-referenciación del crimen y el análisis de las violencias urbanas; generalmente, en estos estudios, el espacio es un agente que puede disuadir o propiciar conductas anómalas, tal determinación (ecológica) convierte al espacio en un escenario “natural” (pasivo), donde el objetivo es determinar que piezas se deben sumar o sustraer para incidir en el comportamiento de los actores sociales y sus interacciones.

En una posición opuesta, podemos considerar el espacio como un elemento más dentro de prácticas cotidianas, producto (y constructo) social, en un contexto económico y político específicos, es decir, desde aquí, interesa entender los procesos que subyacen en la producción del espacio y cómo es soportado en el cotidiano, más que el espacio como objeto de estudio en sí mismo. (Cf. Lefebvre 1974:40-57).

Quiero explicar mi inclinación a este segundo planteamiento, puesto que desde ahí se acota el panorama teórico a una serie de estudios sociológicos y antropológicos que pueden caracterizarse por un enfoque crítico: “el análisis de la emergencia de nuevos patrones de sociabilidad en la ciudad capitalista-tardía”, de este enfoque estoy interesado particularmente en las discusiones teóricas que permiten develar el paisaje como: forma de separación y distinción socio-económica, y como forma de violencia

cotidiana considerada “positiva” que es ampliamente aceptada en contra de la violencia criminal, “negativa”.

*De la ecología del crimen a un análisis de la producción del paisaje securitario.*

Pensar la ciudad en términos de relación: hábitat / comportamiento, marco urbano-arquitectónico/estilo de vida, ha alentado estudios enfocados en “la cultura” de una unidad ecológica, que por concepto, está más o menos cerrada (comunidad residencial, barrio, grupos de las llamadas sub-culturas urbanas, etc.) y donde, generalmente, “se busca verificar la emergencia de un sistema de valores ‘urbanos’, comportamientos y actitudes directamente provocados por un contexto ecológico dado (Castells 1976:119).

Esta relación no siempre resulta ser tan transparente como aparenta, Castells analiza dos casos donde el marco ecológico no garantiza comportamientos deducibles: así, el primero, llevado a cabo por Willmott y Young (1960) se centra en la vida cotidiana de un barrio obrero Londinense y uno en una zona suburbana de clase media, este último nacido dentro de un urbanismo “amable” que posibilita los encuentros sociales mediante la disposición de las viviendas entre sí, las áreas verdes de esparcimiento, edificios para la congregación comunitaria, accesos a las distintas locaciones, etc.; condiciones que nos empujan a pensar que una vida social activa está propiciada por el marco espacial. Sin embargo, el barrio obrero, con carencia de todas las infraestructuras de encuentro y con una espacialidad urbana más gris, pareciera manejar su actividad social con el mismo, si no mayor, dinamismo: relaciones de cooperación y solidaridad sostenidas en el tiempo, relaciones inter-generacionales debido a familias ampliadas y una menor delimitación entre espacio privado (viviendas) y espacio público (calles), se han convertido en factores que definen su grado de sociabilidad más que las formas urbanas concretas (Cf. Castells 1976: 120-22).

En el segundo caso, Castells analiza la polémica en torno a las encuestas hechas por Ruth Glass (1984), socióloga británica que basó su trabajo en la gentrificación urbana de la ciudad de Londres; en dichas encuestas ella describe las características de treinta y seis fronteras ecológicas que separaban las unidades de vecindad de la ciudad, un año más tarde la socióloga Suzanne Keller, haciendo una relectura de este informe,

establecería que de las treinta y seis unidades ecológicas determinadas, treinta y uno mostraban contradicciones entre la configuración espacial y los usos sociales que se les otorgaba, las cinco unidades restantes correspondían a sectores pobres, de relativa homogeneidad social, donde “el sentido de apego al barrio [parecía] reflejar una actitud general relacionada más con las condiciones de vida que con las características del marco ambiente” (Keller 1968 en Castells 1976: 124-26). Los barrios como unidades ecológicas (urbanas) que “expresan comportamientos sociales” con cierta transparencia quedan en duda por los casos presentados, Castells concluye:

[...] no se descubren “barrios”, como se ve un río; se les construye, se localizan los procesos que llevan a la estructuración o a la desestructuración de los grupos sociales en su habitar, es decir, que se integra a estos procesos el papel jugado por el “marco espacial”, lo que viene, por tanto, a negar el espacio como marco para incorporarlo como elemento de una determinada práctica social (Castells 1976:128)

Trayendo la discusión a mi caso de estudio, el reconocimiento de dispositivos y del espacio urbano fortificado no pretende buscar su correspondencia directa entre números mayores o menores de hechos delictivos cometidos. En el circuito barrial que me ocupa, de altos contrastes reunidos en una misma espacialidad, la ecuación ecológica: “mayor degradación y securitización del paisaje urbano es igual a un entorno social violento y de altos índices de peligrosidad” no es aplicable no sólo debido a una serie de matices que ponen en contradicción las formas arquitectónicas / espaciales y los usos sociales que se despliegan allí, sino porque la ecuación no nos ayuda a explicar la lógica de fortificación, los miedos compartidos y ampliamente difundidos en los barrios de manera indistinta, inclusive en los enclaves de clases económicamente altas, socialmente más homogéneos y que cuentan con ambientes arquitectónicos cerrados, funcionales, que “garantizan” interacciones sociales de bajo riesgo.

Por lo tanto, el marco espacial no es (o no es el único) determinante de un ambiente de tensiones en torno a la inseguridad; es difícil pensar que con dispositivos de seguridad más discretos y con la infraestructura de los barrios marginales “revitalizada” se aplaquen las tensiones de fondo, ¿pero cuáles son estas tensiones? para intentar responder el paisaje securitizado debe ser puesto como un elemento más del conflicto y no como su escenario, debe ser entendido como la materialización de prácticas sociales

problemáticas y explícitamente promocionadas por un proyecto de ciudad fragmentada y ciudadanías diferenciadas.

La ansiedad en torno a la seguridad, ha sido descrita por Jock Young (2003) como el resultado de una transición de paradigmas: de una modernidad que prometía la inclusión de los diferentes, la rehabilitación de los infractores, la estabilidad, el progreso y la homogeneidad como procesos evolutivos de la económica, la política y la cultura; hacia una modernidad (tardía) donde las fuerzas de mercado han hecho del campo laboral, educativo y de salud un espacio de exclusión, han transformado las nociones de ocio y han expulsado a los pobres que no pueden participar de una vida urbana integral ya que ésta se basa en el consumo, así mismo “se ha engendrado una cultura del individualismo [y la meritocracia institucionalizada] que socava las relaciones y los valores necesarios para un estable orden social” (2003:86), la seguridad en este escenario (tanto en su dimensión económica como ontológica) ya no son problemáticas a debatir y resolver como sociedad, sino competencias particulares, así la paradoja se instaura con una “mayor demanda popular por la ley y el orden, al tiempo que se verifica una declinante necesidad sistémica de ello” (Cf. *ibid*: 88).

Las políticas neoliberales que giran en torno al mundo intentan no sólo remover el papel de estado [para enfrentar los grandes problemas sociales], sino volver a diseñar una sociedad civil. Ellas ponen al contrato social en último término y procuran excluir de sus orbitas a las clases sociales más bajas (*ibid*: 88).

[En esta etapa de la modernidad] la noción de ciudadanía tiene un fuerte acento de igualdad legal y política, y mucho menos de igualdad social. Produce una sociedad insubstancial en la que la atención social y cultural se orienta hacia el triunfo, a la par que los ganadores obtienen cada vez más. En consecuencia, la ciudadanía social es algo que, en cierta manera, debe ser ganado mediante duro trabajo y energía; no se configura como un derecho de ciudadanía (*ibid*: 46).

En esta investigación “la incorporación del espacio como elemento de prácticas sociales” ha sido entendida como “paisaje”; autores como Setha Low o Eric Hirsch han usado de la misma manera la noción de “paisaje”: “como el lugar producido y construido socialmente, que permite ver el entorno imaginado y deseado en conjunto con el entorno cotidiano y concreto como un todo” (Hirsch 1995:4 en Low 2003:16).

Tal entendimiento abre las expectativas investigativas más allá de la morfología del paisaje, de los contornos geográficos o arquitectónicos de una unidad ecológica, ya que al “implicar diferentes actores que construyen, disputan y empotran su experiencia en el entorno”, accedemos a lo que Margaret Rodman (2003:203-7) llama dimensión multivocal del paisaje (lo que para efecto de esta investigación podríamos llamar morfología y antropología del paisaje).

*De la violencia criminal a la instauración de una violencia “positiva” cotidiana: la segregación espacial.*

La violencia criminal se ubica en la cumbre de las preocupaciones sobre inseguridad ciudadana, sobrepasando cualquier otro tipo de violencias urbanas (doméstica, de género, de odio, o más aceptadas como las que sufre un peatón a manos del tránsito o la de un joven escrudinado por un guardia de seguridad); La delincuencia resulta especialmente impactante no solo por la recurrencia en medios y discursos públicos, sino debido a una forma visceral, mórbida, llena de recursos retóricos y visuales que lo convierten en un acontecimiento fácil de ser categorizado en el binario bueno/malo, sociedad/anti-social, razón/sin-razón; y de manera más general, porque permite una clara identificación del “otro”; en un ambiente de incertidumbre e inseguridad ontológica propio de la modernidad tardía la delincuencia se convierte en la expresión simbólica del riesgo permanente que se vive cotidianamente en la ciudad (Dammert 2004: 90)

En el sentido común, es virtualmente imposible permanecer al margen del juicio condenatorio ante un hecho de violencia criminal (o delincencial), los sentidos que producimos, generalmente, se inclinan del lado de la víctima; esta empatía da marcha a prácticas de cohesión social que brindan la sensación de recuperación de autoría y de control sobre la incertidumbre provocada por la inseguridad, lo que Caldeira ha identificado como reacciones circulares: “mediante el habla cotidiana del crimen o el amurallamiento residencial se combate y a la vez se reproduce la violencia, aunque la intención, básicamente, sea explicar y reorganizar simbólicamente un mundo que ha sido interrumpido por el acontecimiento violento” (Cf. 2000:48-55)

La violencia criminal opera a nivel subjetivo, hace su apareamiento en un nivel cero de violencia, es decir, “la normalidad”, perturba un estado de cosas “normales y pacíficas” sin ninguna razón aparente, o por razones desarticuladas y demonizadas (la falta de empleo, el vicio, la necesidad, la maldad, la falta de valores, etc.).

Así pues, enfrentarnos a la inseguridad ciudadana en estos términos nos conduce al error de pasar por alto las condiciones estructurales y las respuestas violentas que en la cotidianidad consideramos “normales”; Slavoj Žižek advierte la necesidad de un “análisis desapasionado sobre la violencia “subjetiva” que por definición ignore el impacto traumático que nos impide pensar” (2008:12), y nos sugiere atender a dos tipos objetivos de violencia, que según el autor citado, son los que hacen posible y visible la violencia “subjetiva”. Por un lado, tenemos una violencia “simbólica” que encarna en los lenguajes (verbales, gráficos, arquitectónicos, etc.) los mismos que están imbricados a las relaciones de poder en la sociedad y que imponen un cierto universo de sentidos a la vida. En segundo lugar, tenemos una violencia “sistémica” que es el conjunto de consecuencias del funcionamiento de nuestro sistema político y económico (Cf. Žižek 2008:10).

Philippe Bourgois coincide con este planteamiento y hace un llamamiento para develar los vínculos y superposiciones entre las violencias “invisibles” (simbólica y sistémica) y un sinnúmero de fenómenos violentos en la vida cotidiana

[...] es allí, donde distintos tipos de violencia se permean que se puede entender cómo estas son productos y mecanismos de la dominación discursiva y física y de la desigualdad [...] formas punitivas de gubernamentalidad en la era neoliberal (Bourgois 2009:30)<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Bourgois ensaya un modelo para el análisis de las violencias semejante al de Žižek: identifica una violencia estructural (sistémica) para describir cómo “grandes fuerzas políticas y económicas históricamente arraigadas causan estragos en los sectores de la población socialmente vulnerables” (2009:31) la misma que puede ser identificable en instituciones, relaciones y campos de fuerza tales como el racismo la inequidad de género, los sistemas de prisiones, y los términos desiguales en el intercambio en el mercado global entre industrializados y los que no lo son. Una violencia simbólica de aplicación constante y difusa, cuyo análisis permite preguntarnos ¿cómo se reproduce el *estatus quo* y porque los subordinados lo toleran? Y finalmente, Bourgois suma un tipo de violencia “la normalizada” para designar “la producción social de la indiferencia ante brutalidades institucionalizadas” (2009:32), noción que más adelante intentaré explicar como constitutiva de la securitización.

En concordancia a este entendimiento teórico, es que intento desconcentrar el análisis de la inseguridad ciudadana del hecho violento hacia la naturalización del paisaje securitizado y micro-prácticas violentas (la sospecha, segregación espacial, la amenaza de violencia) que cada vez cuentan con más aceptación. Este proceso de naturalización de la violencia (simbólica) como “positiva” se denomina “securitización” (*securitization*), término acuñado por Buzan Waever y Wilde (1998) y que indica:

Un movimiento que políticamente va más allá de las reglas de juego establecidas y de los marcos de referencia, por tanto su característica es la de ser un tipo especial de política (o incluso algo que está por encima de la política). Requerirá medidas de emergencia y justificación de tales medidas más allá de los procesos políticos normales. Así la “securitización” podrá ser vista como una versión extrema de la politización.

El movimiento hacia la “securitización” se da por tres mecanismos: o por el rompimiento de reglas, o por el acuerdo para romper tales reglas, o por la legitimación de esos acuerdos para romper tales reglas. En ese proceso la aceptación de las partes es fundamental [...] la “securitización” sería la naturalización de medidas de fuerza (más allá de la de la regulación normada y consensuada) que busca normalizar tales medidas, es decir, legitimarlas bajo la justificación de una lucha contra el predominio de la “inseguridad”. Por tanto, no significa tan solo la imposición de medidas de fuerza (o de amenaza de usos de la fuerza), sino también la búsqueda de aceptación de tales medidas para hacerlas constitutivas de la vida cotidiana.

Ello requiere medidas (reglas) que de la excepción pasan a la normalización, desarrollo de discursos justificatorios y como paso adicional, legitimación, donde la población aceptará como necesarias tales medidas y como justos tales discursos. (Buzan, Waever y Wilde 1998, citado en Pacheco 2006: 10)

Aceptar como naturales y legítimas las violencias que supuestamente mantienen a raya las violencias irracionales de la inseguridad nos lleva a un escenario devastador, como dice el mismo Bourgois: “la aceptación de las violencias invisibles y simbólicas como legítimas [y como positivas] lleva tanto a víctimas como a perpetradores, a convertirse en agentes destructivos de sus propias comunidades” (2009:30).

Diferentes ciudades de la región incluyendo ciudades norte-americanas, donde los procesos de fragmentación urbana, y segregación socio-espacial han transformado radicalmente el paisaje urbano, se caracterizan por haber hecho eje de su transformación a la violencia criminal. Sin embargo, coinciden también en ser ciudades que han vivido

explosivos procesos de heterogeneización socio-cultural y económica, la llegada de una migración desposeída y desempleada, interna (para el caso de Buenos Aires, Sao Paulo o México) o migraciones externas (para California, Nuevo México, Texas o Florida) pareciera haber impulsado un acelerado ritmo de fortalecimientos arquitectónicos y hasta estrategias de cercamiento urbanístico que intentan hacer más llevadero el clima de tensión entre las diferencias mediante la segregación (Guerrien: 2006:112-13).

La diversidad que comienza a caracterizar las ciudades metropolitanas, dentro de una concepción moderna de ciudad se vería como la esencia misma de lo urbano, “las relaciones sociales en la ciudad se revelan en la negación de las distancias” (Lefebvre 1970:159); esta especie de concentración y confrontación de los individuos en la ciudad moderna debe escapar a toda represión, lo que Lefebvre llamó “el derecho a la ciudad”(1968), o como dice Young “La vida en la ciudad debería ejemplificar las relaciones sociales de diferencia sin exclusión” (1990: 227 en Caldeira 2007: 367).

Esta ciudad sigue siendo un proyecto inacabado; las diversidades y diferencias (económicas, culturales y étnicas) de la población, la democratización de la política, la expansión de los derechos ciudadanos y una consolidación de los movimientos sociales, al contrario de lo que pudiera pensarse, no se han traducido en una expansión de los derechos civiles, ni en una “armonía democrática” de las diferencias, ni en un espacio público democrático; las relaciones entre política, espacio urbano y vida cotidiana se tornan más problemáticas y disyuntivas en esta etapa de la modernidad (Cf. Caldeira 2000: 364)<sup>7</sup>. Es justamente en este punto de disyuntivas en donde “el miedo al crimen” aparece como un justificativo para autorizar unas identidades ciudadanas sobre otras, para demarcar territorio y distinguir formas de practicar el espacio urbano de manera autoritaria.

En concreto, la idea de una “lucha anti-delincuencial” aparece con un telón de fondo: la sensación de que se debe “pacificar una sociedad de diferencias e

---

<sup>7</sup> democratización de la política, expansión de derechos ciudadanos y consolidación de los movimientos sociales son descritos en este párrafo como un panorama optimo para la ciudad democrática, pero debe entenderse sólo en términos relativos al oscurantismo de los regímenes autoritarios de los 70' y 80' en América Latina.

inestabilidades” consigna que se vuelca a la acción individual y privada más que al del estado y las políticas públicas (Rev. Bauman 2003:179-203).

Desde la perspectiva del paisaje; el espacio y la arquitectura aparecen como formas concretas de esta lucha y de este intento de pacificación (formas concretas de esta violencia simbólica y estructural). “La organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas, entendiéndose esta disparidad no sólo en términos de diferencia sino de jerarquía” (Castells 1974:204) han impuesto la fragmentación como el patrón de sociabilidad actual; diferentes estrategias de comportamiento “preventivo” de cautela y sospecha, generalmente operaciones estereotipadas, llevan a la violencia (en sus distintas escalas) a una especie de norma social explícita para tratar temas de seguridad ciudadana.

#### **Acerca de la organización del texto.**

El cuerpo de la tesis está dividido en cuatro capítulos. El primero intenta ser una presentación de la locación desde una perspectiva general de la inseguridad en Quito y la ubicación del circuito barrial dentro de un proceso de crecimiento urbano que configuró espacialmente e imaginariamente la periferia nororiental de Quito. Al final de este capítulo se introducen testimonios de los habitantes que ayudan a dimensionar la diferenciación social que ensayan debido a procesos de conformación barrial distintos, pero también debido a una fragmentación de la espacialidad compartida (vecindad) debido a la llegada de empresas inmobiliarias y sus modelos de residencia tras cerramientos.

En esta partida se concluye: que si bien Quito y en particular la locación son lugares de violencia media con una leve tendencia a la baja, no obstante la percepción de inseguridad se torna ubicua; que el crecimiento urbano respondiendo históricamente a un proceso de ordenamiento socio espacial marcado por la especulación inmobiliaria y la segregación social, ha distribuido asimétricamente los recursos, servicios e infraestructura urbana diferenciando los usos asignados al suelo céntrico y periférico de manera que se ha legitimado un tipo de ciudad incluso de modo ideológico; finalmente

sugiero que éste podría ser un antecedente importante para entender la diferenciación y securitización en el actual proceso de atomización de las centralidades donde las distancias entre los excluidos del progreso de la ciudad son menores.

El segundo capítulo se concentra en sostener la hipótesis resultante de la primera parte, analizando cómo en un espacio urbano de múltiples contrastes se construye la imagen del “sospechoso”, esto lo hago acompañado de una serie de testimonios de los residentes de la zona, que intentan narrar el proceso de conformación de sus barrios y las diferencias con sus vecinos.

En el tercer capítulo se reconoce las características que adquiere la fortificación del espacio tanto doméstico como público teniendo en cuenta el contexto de relaciones sociales expuesto en capítulos anteriores, para este efecto se despliega y articula una serie de registros fotográficos que tuvieron como objetivo principal documentar el paisaje, analizo sincrónicamente las nociones teóricas que me ayudan a ese propósito, como son paisaje, materialidad y violencia normalizada y positiva.

Finalmente, en el capítulo IV se revisa el diseño de estrategias colectivas para la seguridad (representada por el estudio de caso “Parques Cerrados”), las mismas que causan resistencia o rotunda aceptación en la comunidad, pero que sin duda transforman radicalmente el paisaje urbano y las posibilidades de relacionamientos públicos. En este punto de la investigación se ha llevado los registros gráficos y fotográficos levantados a una confrontación con los residentes del circuito barrial, especialmente los que han venido trabajando activamente en temas relacionados a la seguridad, este diálogo develó algunas de las posiciones que hacen posible la justificación y naturalización del paisaje securitizado, y que esta tesis acusa de reductoras de las capacidades políticas para imaginar soluciones otras.

## **Capítulo I.** **Contexto de la investigación: Inseguridad y Periferia**

La ciudad de Quito como una “isla de paz” es una imagen que se evoca con añoranza en los relatos populares que describen la violencia y la sensación de inseguridad que dicen vivir los quiteños actualmente, a través de esta evocación la gente imagina un “tiempo pasado mejor” y dan forma a sus nociones negativas y degenerativas de la ciudad actual.

El tono casi turístico con que la frase “isla de paz” fue repetida en la década de los 80` intentaba dibujar una ciudad carente de conflictos internos que por el contrario estallaban escandalosamente en ciudades de Colombia y Perú a causa de sus respectivos movimientos insurgentes; en aquel momento mantener un “aurea pacífica” para el país se convirtió en una prioridad del discurso estatal, y en una excusa para desviar la atención y los recursos públicos de los programas de desarrollo social.

Aún hoy esta idealización de las relaciones sociales y de ciudadanía atadas a un “pasado pacífico” y de “valores morales altos”, ha sido retomada más de una vez por el sector político conservador para recordar la efectividad de los programas de seguridad del periodo presidencial de Febres Cordero, modelo basado en una lucha “anti-terrorista” en contra de los movimientos insurgentes y mano dura ante la delincuencia<sup>8</sup>.

La estadística de violencia en el Ecuador de la década de los 80` sustentó la imagen de un país exento de grandes conflictos violentos, corroborando el discurso de esfuerzo y competencia estatal para prevenirlos, la tasa de homicidio, considerada la máxima expresión de la violencia, fue de 6.4 por cien mil habitantes que comparada con

---

<sup>8</sup> León Febres Cordero fue presidente del Ecuador en el periodo 1984-88. La “Comisión de la Verdad” organismo creado por el actual gobierno para la investigación de violaciones a los derechos humanos arrojó la cifra de 434 víctimas de crímenes de lesa humanidad de los cuales 287 fueron cometidos en el periodo de Febres Cordero; los procedimientos de limpieza social implementados por aquel gobierno ante los llamados terroristas (grupos políticos insurgentes y organizaciones sociales) se extendieron a delincuentes comunes, prostitutas y población civil. Un informe estadístico detenido y un análisis del discurso que Febres Cordero enarbolaba en pro de la seguridad nacional se puede confrontar en el Informe final de la Comisión de la Verdad (emitido en Mayo 2010) Capítulo Resumen Ejecutivo paginas 241 – 334.

el 66,9 por cien mil habitantes sólo de Medellín, una de las ciudades colombianas más mediatizadas de la época, hacia aceptar con créditos la gestión de las autoridades; habría que esperar hasta el año 2010 para revisar las centenas de denuncias y hechos de violencia perpetrados sobre la población desde el mismo estado, para así, re-enfocar las campañas para mantener pacificadas las ciudades del Ecuador y la noción de “isla de paz” como un ilusorio estado de seguridad.

Con este breve ejemplo, advierto sobre la apariencia engañosa de la retórica de la ciudad segura/insegura, puesto que: “la violencia como fenómeno eminentemente político, vinculado a las estructuras de la sociedad, de implicancia en procesos y espacios de decisión que inciden en la calidad (más o menos democrática, más o menos incluyente, más o menos autoritaria) de la convivencia colectiva” (Menéndez-Carrión 1994:4-5), queda enmascarado por su re-actualización e instrumentalización en determinados contextos históricos (y respondiendo a diversos fines políticos y económicos), donde se promociona un “sentido común” sobre seguridad: “la posibilidad de retornar a ese pasado pacífico” a través de soluciones (gubernamentales competentes) más o menos inmediatas.

Así, en este capítulo, trato con un factor que rara vez forma parte del debate sobre seguridad ciudadana en la ciudad de Quito: la configuración espacial de la ciudad como proceso que (históricamente) ha buscado garantizar la disolución de tensiones sociales en base a la no interacción de sus diferencias (Cf. Kingman 2006: 215). Tal proceso implica distintas formas de imposición y ejercicio de violencia, al punto, que como dice el autor citado, “buena parte de lo que hoy llamamos ‘cultura ciudadana’ es el resultado de una condición que vicia la propia idea de consenso” (2006:272).

La configuración de Quito, hace no más de treinta o cuarenta años distinguía tensiones socio-espaciales marcadas por la imagen del centro/rico y la periferia/pobre, centralidad=inclusión y periferia=exclusión, sugiriendo cierta homogeneidad entre estos dos polos. En la actualidad, estas tensiones (lejos de desaparecer) parecieran intensificarse gracias a la atomización de centralidades, hoy las tensiones y contrastes (socio-económicos y paisajísticos) conviven de manera más próxima (como da cuenta la

locación de esta investigación), avivando recelos que sus habitantes adjudican al incremento de una inseguridad genérica (hasta cierto punto abstracta) y que toca indistintamente a toda la población.

Para sostener lo dicho, quisiera partir introduciendo al lector mediante una revisión general de las cifras que ubican a la inseguridad como un problema real en el Quito actual, pero indicando que estas cifras no nos ayudan a entender totalmente las dimensiones del recelo que la gente vive diariamente en espacios de vecindad ni los niveles de securitización y fragmentación del espacio. Seguidamente, reviso críticamente la forma de expansión urbana de la ciudad que dio forma al circuito barrial elegido para la investigación; y por último, hago un acercamiento a las características de la conformación específica de estos barrios, que conjuntamente con los acápites mencionados pretenden un contexto (histórico-espacial) donde se instaura las tensiones por la inseguridad y que nos permitirá pasar a revisar las relaciones sociales que se despliegan y repliegan en este contexto.

### **Quito, Inseguridad**

El acercamiento estadístico que se hace aquí, será de carácter netamente contextual, y dará paso al análisis sobre el impacto en la vida cotidiana de las violencias y especialmente del miedo al crimen de acuerdo al espacio producido y practicado cotidianamente, intentando alejarnos del convencional discurso que intenta justificar el estado actual del paisaje de la ciudad mediante cifras de hechos criminales.

Nos serviremos de una serie de mapas de geo-referencia del crimen elaborados por el Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana (OMSC), el mismo que se ha valido del tipo de administración territorial que emplea el municipio para dividir la ciudad en 8 zonas administrativas para levantar cifras más precisas en apoyo de los múltiples organismos de control existentes para cada una. Habrá que tener en mente que Amagásí, El Edén y La Victoria forman parte de la parroquia “El Inca” en la Zona Administrativa Norte, mientras que “El Comité del Pueblo” colindando con esta franja de barrios al nororiente, pertenece a la Zona Administrativa La Delicia; cabe señalar que

los límites zonales son una división netamente administrativa y no representa ninguna frontera física explícita (ver mapa de los barrios en la introducción).

Ahora bien, partamos de ubicar al Ecuador dentro de América Latina, una región que supera la tasa mundial de homicidios calculada en 5 por cien mil habitantes con una alarmante tasa de 27.5 por cada cien mil habitantes; en este contexto el Ecuador y Quito han figurado dentro de las estadísticas oficiales como territorios con índices de violencia media: el Ecuador en el 2008 alcanzó 18.8 por cada cien mil habitantes y Quito en el mismo año registró un 11,37 que para el 2009 descendería a una tasa de homicidios de 10,51 por cien mil habitantes.<sup>9</sup>

Así los homicidios en Quito, dentro del total estimado de muertes violentas por causa externa, en el periodo 2007-2009, se mantuvieron en un 20% con una leve tendencia a la baja, cifra que se distribuye de la siguiente manera para las zonas administrativas en cuestión:

**Tabla 1. Frecuencia y Tasa de homicidios Para las administraciones zonales en cuestión (2007-2009)**

Administración	Frecuencias			Tasa por cada 100 mil habitantes		
	2007	2008	2009	2007	2008	2009
Norte	42	41	47	9,61	9,25	10,46
La Delicia	35	35	49	10,98	10,82	14,95

Fuente: Departamento Médico Legal, desarrollado por: OMSC, datos sujetos a variación

El homicidio por causa de un hecho delictivo en el 2009 para Quito representó un 24% de los casos mientras que las riñas callejeras obtuvieron un 29% del total. Las denuncias de delitos contra personas, contra propiedad y empresas en la Zona Norte (que no necesariamente terminaron en homicidio) presentó cifras considerables, que como explica el OMSC, responde al atractivo de la zona puesto que cuenta con centros

<sup>9</sup> Las estadísticas presentadas en este párrafo son extraídas del XIII Informe de Seguridad Ciudadana (2009) elaborado interinstitucionalmente para el Distrito Metropolitano de Quito por el Municipio del DMQ, Policía Nacional del Ecuador, La Comisión de Seguridad del Consejo Metropolitano, La Secretaria de Seguridad y Gobernabilidad, EMSEGURIDAD-Q y El Observatorio de Seguridad Ciudadana.

comerciales importantes, zonas de recreación, banca y colegios, lugares considerados de alto riesgo.

**Tabla 2. Frecuencias y Tasas de denuncias de delitos cometidos contra personas en cada administración zonal del 2007 al 2009.**

Administración	Frecuencias			Tasa por cada 100 mil habitantes		
	2007	2008	2009	2007	2008	2009
Norte	5004	5490	3483	1144,81	1239,60	775,07
La Delicia	609	969	590	190	299,68	179,96

Fuente: Fiscalía; Elaboración: OMSC, datos sujetos a variación.

**Tabla 3. Frecuencias y porcentajes de denuncias de delitos contra la propiedad por administración zonal (2007-2008-2009)**

Administración	Frecuencias			Porcentajes		
	2007	2008	2009	2007	2008	2009
Norte	3114	3311	1693	40%	38%	37%
La Delicia	727	1177	598	9%	13%	13%

Fuente: Fiscalía; Elaboración: OMSC, datos sujetos a variación.

**Tabla 4. Frecuencias y de denuncias de delito cometidos contra empresas en cada administración zonal del 2007 al 2009**

Administración	Frecuencias			Porcentajes		
	2007	2008	2009	2007	2008	2009
Norte	1575	1620	852	48%	45,49%	45,17%
La Delicia	241	357	213	7,35%	10,03%	11,29%

Fuente: Fiscalía; Elaboración: OMSC, datos sujetos a variación.

La tasa de homicidio, el delito contra personas, propiedad y empresas, son los datos que más comúnmente se utilizan para hablar de una escalada delincencial, y aunque el diagnóstico elaborado por el OMSC tiene una circulación restringida a nivel popular, son los medios de comunicación quienes hacen un seguimiento y retransmisión de estas cifras, las mismas que dentro de un análisis semiótico (principalmente sobre el ordenamiento texto-gráfica, la vecindad de estadísticas con crónicas, debates esquemáticos sobre seguridad, etc.) los datos se convierten únicamente en un refuerzo “cientificista” que sin un análisis detenido difunden el sentimiento de inseguridad y se convierten en un verdadero despropósito.

Un ejemplo claro puede ser el informe delictivo de noviembre del 2009 publicado en prensa (Diario El Hoy, del lunes 14 de diciembre 2009) que tituló “Las 22 Zonas de crímenes en Quito” donde figuraban 111 barrios del Distrito Metropolitano como los de “mayor incidencia delictiva”. En este informe se promedió los horarios en que se habían cometido los delitos de diversa índole y se concluyó que las horas de mayor “peligro” para un transeúnte por estos sitios son entre las 12h00 y las 14h59, y entre las 18h00 y las 20h59.

Barrios donde se han producido de uno a dos homicidios durante el mes fueron presentados en “un mismo saco” con barrios que presentaban 14 denuncias de robo a domicilio; la impresión que deja este artículo podría resumirse en el señalamiento de 111 barrios peligrosos (de los cuales ni siquiera recordamos el nombre), donde no deberemos caminar durante las seis horas de mayor peligrosidad: la hora del almuerzo y las horas finales de la jornada laboral<sup>10</sup>.

Sin embargo en las estadísticas de los últimos tres años se constata una leve tendencia a la baja en el cometimiento delictivo, lo que se puede explicar, en cierta medida, por la consolidación de las Unidades de Policía Comunitaria (UCP) que juegan un papel más activo dentro de los barrios quiteños, promoviendo estrategias tales como el sistema de alarmas comunitarias (SAC), así en la zona norte existen 49 UCP y 160 SAC y en La Delicia 36 UCP y 136 SAC de un total de 259 puestos de control UCP y 1174 sistemas de alarma comunitaria distribuidas en toda la ciudad. Otra razón de esta disminución podría encontrarse en el control mucho más exhaustivo y extensivo por parte de la Policía y el Ejército Nacional que en Octubre del 2009 registraron la cifra record de 15.350 operativos para Quito en el marco de un estado de excepción. (Fuente: XIII Informe de Seguridad Ciudadana), tendencia de control que se agudiza con las

---

<sup>10</sup> Artículos noticiosos de estas características pueden encontrarse repetidamente en los diarios nacionales, no me detendré en un análisis pormenorizado, pero quisiera mencionar que el diario “El Comercio” de gran circulación en Quito, recientemente (2 años) ha creado la sección periodística “Seguridad Ciudadana”, ubicada a continuación de la primera plana, y dedicada a tratar temas vinculados directamente e indirectamente con la seguridad. Esta sección abarca, mediante diversos formatos de presentación noticiosa, a diferentes actores sociales (información nacional – políticos; local - autoridades seccionales; testimonio - ciudadanos víctimas, la propuesta – especialistas; crónica roja - reporte delincencial; consejos de aplicación cotidiana - por parte de la editorial y finalmente un acápite estadístico que autoriza el tono alarmista del artículo), dando así, la impresión global de proveer al lector un panorama amplio del debate donde todos coinciden en la misma preocupación. (Cf. diario El Comercio, del Miércoles 1 diciembre, 2010)

iniciativas municipales que han instalado puestos policiales móviles y que pretenden reforzar el sistema de video-vigilancia “ojos de águila” (fuente: nota en prensa del 17 de noviembre del 2009).

¿Pero es el aumento de represión y control, ya no solo desde la autoridad sino desde la misma población mediante programas de auto-protección, que se garantiza una mayor sensación de seguridad? A pesar de los esfuerzos institucionales por controlar el problema, la percepción de inseguridad en el Ecuador alcanzó el 44.4%, 3.5 veces el índice de victimización real que fue de 12.7% en el 2008, estas cifras fueron equivalentes para la provincia de Pichincha donde Quito es la capital (Encuesta Nacional de Victimización y percepción de inseguridad 2008).

Tal asimetría entre percepción y victimización son una clave para enfrentarnos a los testimonios que los habitantes de La Victoria ensayan frente a su cotidianidad señalada por los mapas de georeferencia como “riesgosa”, y por los recelos que causa la vecindad con El Comité del Pueblo también señalado por estos mapas como un punto violento<sup>11</sup>.

Si bien la delincuencia no está distribuida por igual en toda la ciudad (como parece difundir la prensa y replicar el habla popular), los estigmas recaen sobre un espacio específico: el marginal, y aunque el señalamiento, el desarrollo de medidas de prevención y control de estas zonas “rojas” aparentemente estén libres de intencionalidad ideológica, no es más que un mecanismo institucionalizado que obscurece el espacio como un sistema de exclusión, de concentración de la violencia estructural, de ordenamiento procesual y relacional específicos. Así, para continuar, cabe dar forma a un breve contexto histórico de la conformación de los barrios a ser estudiados, o mejor dicho de los conflictos que marcaron su levantamiento y los recelos que se fundaban entre sí, en este proceso podría entenderse de mejor manera cómo la gente construye y lidia con sus temores.

---

<sup>11</sup> Los mapas referidos se pueden revisar como anexos a este documento, y básicamente señalan para el periodo 2006 - 2008 una incidencia dispersa de los homicidios en la zona norte, pero que sin embargo han mantenido como eje El Comité del Pueblo; señalan además que La Victoria ha sido un lugar de alta concentración de delitos contra personas y domicilios durante la noche.

## **Expansión del espacio urbano: antecedentes de la configuración socio-espacial del circuito barrial (El Edén, La Victoria y Amagasí)**

La ciudad de Quito a comienzos de la década de los 70' hasta bien entrados los 80' experimentó una expansión urbana importante derivada del denominado “boom petrolero”, Quito se estrenaba en un rol protagónico de la vida económica del país que hasta entonces era acaparado por el movimiento comercial de Guayaquil, siendo consecuencia de este proceso, una imagen de prosperidad de la capital como sede administrativa de los excedentes de la nueva exportación petrolera; evidentemente los beneficios de este periodo de “bonanza económica” no llegó de la misma manera a los diferentes sectores sociales, más bien, las diferencias entre quienes participaban de este momento de “progreso” y quienes permanecían marginados de él se agudizaron (Cf. Araneda, 1980). Este mismo es el proceso que puede ejemplificar el tipo de morfología urbana que Quito va tomando de acuerdo a como se “concentra geográficamente el capital” (Cf. De Mattos 2008:49).

La ciudad para Lefebvre es sinónimo de las contradicciones del capitalismo y la profundización de las diferencias entre clases sociales,

Es en las ciudades donde la industria y el comercio se desarrollan donde, igualmente, aparecen con mayor claridad y en forma manifiesta sus consecuencias para la gente, allí, la concentración de bienes alcanza su grado más elevado y las costumbres y condiciones de vida de los viejos tiempos son radicalmente destruidas (Cf. Lefebvre, 1983:13)

Efectivamente, la década de los 70' se caracterizó por una redistribución inequitativa de la riqueza y en consecuencia una profundización de los problemas sociales que para la década de los 80' se habrían traducido a una espacialidad específica y problemas urbanísticos concretos para Quito.

El crecimiento económico de Quito hizo que la ciudad sea percibida nacionalmente como un polo de desarrollo y modernización, y el fortalecimiento de una mediana industria determine la creación de nuevas fuentes de trabajo, lo que provocó una migración campo – ciudad, que en el transcurso de la década de los 80' había

extendido la mancha urbana en un 380%, donde los barrios periféricos representaban el 25% de la población total de Quito, los mismos que sufrían de la ausencia de equipamiento colectivo básico como agua potable, alcantarillado y energía eléctrica, que en su conjunto, significaban la marginación de servicios básicos para el 30, 32 y 20,5% de la población de Quito (Cf. Carrión 1983:15)<sup>12</sup>.

Entre el nuevo pulso que la burguesía quiteña ganaba gracias a las inversiones hechas en la recomposición inmobiliaria de la ciudad, y, por el otro extremo, la consolidación de un vasto sector popular urbano, heterogéneo y desorganizado que sufría directamente las consecuencias del déficit de infraestructura urbana, se evidencia que el proceso de expansión urbana de la ciudad de Quito

“no [fue] el reflejo de un proceso de “modernización”, sino la expresión, a nivel de las relaciones socio-espaciales, de la agudización de las contradicciones sociales inherentes a su modo de desarrollo, desarrollo determinado por su dependencia específica dentro del sistema capitalista monopolista. (Castells, 1974: 78 citado en Durán 2010: 4)

La ciudad abandona su crecimiento en torno al centro histórico para convertirse en una ciudad de varios centros, cada uno en disputa por los diferentes intereses inmobiliarios (comerciales, residenciales, de entretenimiento y servicios) privilegiando el valor de la transacción compra/venta del suelo por sobre su valor de uso, el grado de especulación sobre el suelo urbano después del “boom petrolero” llegó a tal magnitud que “de 1960 a 1975 los costos de los terrenos se elevaron en un 427,5%, mientras los arriendos lo hicieron en más de una vez y media (Oña 1980:56 citado en Araneda 1980:74).

Esta situación determinó que los sectores populares (ya sean los sectores expulsados por la crisis agraria o los desplazados por la renovación urbana del centro y centro-norte de Quito) ocuparan las periferias sur y norte, muchas de las veces, suelos

---

<sup>12</sup> Hay que resaltar que el “Diagnostico Socio-económico de los barrios periféricos de Quito” realizado por el Municipio de Quito y el Centro de Investigaciones CIUDAD en 1983 concluye –con respecto a la migración campo-ciudad- que la entrada del Ecuador al negocio de la exportación petrolera (1972) significó una masiva migración campo-ciudad debido a la expectativa sobre la creación de nuevas fuentes de trabajo, pero la marcada crisis económica nacional que provocó el descenso de los ingresos petroleros en la década de los 80’ y que afectó particularmente al sector agrícola, también propició esta escalada demográfica de la ciudad tal vez de una manera más dramática si se toma en cuenta que la tercera parte de la población migratoria que llegó a la ciudad (31%) lo hizo en los tres primeros años de la década de los 80’, ya bien entrada la crisis petrolera.

sin previsión de urbanizar; la gente –en el mejor de los casos- accedía a estos terrenos organizando cooperativas para demandar su derecho a la vivienda y su inclusión a la ciudad, pero también lo hacían de manera desorganizada y al margen de la ley, lo que significó una estigmatización de los modos de ser y hacer de la gente apostada en las periferias urbanas, y de ahí “el consecuente abandono estatal a un costo político muy bajo, interrumpido únicamente por negociaciones que intentaban convertir a los habitantes de la periferia en potenciales clientes electorales” (Cf. Gerrit Burgwal 1999: 165-89).

Por su parte, las clases medias y altas se movían hacia el centro norte (sector dominado por una nueva actividad comercial) y hacia los valles aledaños de Quito (proceso que tuvo inicio en la década de los 80’, de gran dinamismo para los 90’ y que actualmente pareciera haberse consolidado)<sup>13</sup>.

Actualmente esta tendencia de expansión urbana no se ha modificado mayormente: la consolidación y densificación de los sectores céntricos de la ciudad, que en 1995 alcanzaron los 91 habitantes por hectárea (Corporación Instituto de la Ciudad de Quito, CICQ 2009:175); y, la incorporación de los sectores periféricos mediante la metropolización, modelo de administración territorial iniciado en 1992, la misma que significó una lenta gentrificación del centro histórico y la revalorización de pequeños sectores impulsados por capitales privados en el centro, sur y norte de la ciudad (Cf. XIII Informe de Seguridad Ciudadana 2009:102; CICQ 2009: 173-74), han conformado una ciudad de polos marcados en el imaginario y brotes de “modernidad” y “prosperidad” descentrada y contrastante en el sur, norte y valles aledaños.

El único mapa elaborado por la municipalidad que recoge la expansión urbana de la ciudad resulta útil para dimensionar la vertiginosa ampliación de zonas populares, sin embargo este no toma en cuenta la expansión de la clase media y alta hacia los valles de Quito donde crecieron de manera difusa modelos de urbanización cerrada y

---

<sup>13</sup> Según el Instituto de la Ciudad, los procesos de desplazamiento y consolidación residencial en las décadas de los 80’ y 90’ estuvieron acompañados de proyectos municipales para re-funcionalizar determinados sectores con fines comerciales, administrativos, financieros y residenciales, por ejemplo, con el “Plan Quito” se promocionó sectores como La Mariscal, La Carolina Y El Aeropuerto; la selección privilegiada de los sectores a intervenir tiene directo parentesco con las diferenciaciones socio-espaciales surgidas a comienzos del siglo XX (p. 170-72).

viviendas unifamiliares de lujo bajo el modelo de ciudad jardín, además el tipo de representación resulta imprecisa si tomamos en cuenta que la expansión de muchos de los barrios populares que aparecieron en la periferia entre la década de los 70 y 80' lo hicieron dislocados geográficamente y urbanísticamente del espacio urbano consolidado para la vivienda (Cf. Carrión 1983:25) (Ver Anexo 4).

Con este panorama sobre la expansión urbana de Quito podemos constatar que uno de los mayores productos de dicho crecimiento es:

La legitimación de la segregación urbana, en cuanto diferenciación entre los usos asignados al territorio, al centro y la periferia, y a las zonas residenciales. Una segregación urbana que incluso alcanza legitimidad ideológica al introducirse las dicotomías de ciudad moderna / ciudad antigua; ciudad histórica / ciudad sin historia; barrios populares / barrios periféricos; barrios clandestinos o ilegales / ciudad legal; zona comercial / zona industrial; etc. (Carrión 1983:25)

Éste es el modelo de urbanización que claramente organizó socio-económicamente el espacio en la ciudad convirtiéndolo en espacio simultáneo para el poder económico representado por la centralidad y la exclusión representada por la periferia. Aunque en la actualidad las centralidades se hallen atomizadas en distintos puntos de la ciudad los imaginarios sobre una escala de valores donde el norte es mejor lugar para vivir que el sur, o que el centro es mejor para vivir que la periferia, y que el valle resulta mejor que todas las anteriores, no solo subsiste, sino que tiene su correlato en paisajes concretos<sup>14</sup>.

La incursión del estado, por ejemplo, con obras de infraestructura monumentales y “de bien común” configuran un paisaje central de la modernidad (piénsese en los túneles Guayasamín que conecta el sector de la Carolina con los valles de Cumbayá, dos

---

<sup>14</sup> Las tendencias de movilidad residencial muestran un deseo de la gente de Quito (66%) por permanecer en su actual sector de residencia o en el caso de mudarse, hacerlo dentro del mismo sector. Esto se explica debido a cierta conformidad que las obras de infraestructura llevadas a cabo a partir de la metropolización de la ciudad han causado en la población, y por un posible desarrollo de pertenencia al espacio y consolidación de puntos de referencia social que la gente encuentra y que de alguna forma los hace cerrarse sobre sí misma (Cf. CICQ 2009:179-80).

A pesar de la lectura que hace el Instituto de la Ciudad sobre la consolidación residencial en Quito, debemos tener en cuenta que la implementación de infraestructura ha cubierto, principalmente, servicios básicos, mientras que las diferencias entre sectores de la ciudad también implica preferencias valoradas en términos de accesos a oferta cultural, facilidad de movilidad, posibilidades de consumo, espacios públicos, imaginarios en torno al espacio, etc. son estos mismos valores que podrían estar siendo rechazados por la gente debido a los altos costos que representa vivir en un sector con estos beneficios.

Por otra parte las encuestas muestran un 11% de la población que pretende trasladarse al sector norte de la ciudad y un 12% a los valles (por diversas razones), y un 7% desea hacerlo al sur.

de los sectores más pudientes en la ciudad), obras arquitectónicas que tienen sentido en la medida que acortan distancias y tiempos a las transacciones del capital privado (centros comerciales y financieros, centros recreativos y hasta zonas residenciales y educativas de prestigio se encuentran en esta zona); mientras tanto, la estética que surge en barrios de la periferia, tiene que ver con formas populares de auto-construcción urbana, con disputas y apropiación de espacios públicos para uso particular y actividades (culturales y productivas) semi-rurales, de las que deviene un paisaje fácilmente asociado a “lo no-moderno”.

Es en este escenario: “la legitimidad ideológica de la segregación urbana” (Carrión 1983:25), las percepciones de seguridad se ubican bajo el paraguas del orden la prosperidad, la modernidad y el control, características de la centralidad; mientras que las percepciones de inseguridad están sedimentadas en historias de desorden, pobreza e invasiones asociadas a la gente de la periferia; estas afirmaciones, aunque no son auto-evidentes, grafican bastante bien un imaginario popular (construido en base al paisaje) que se activa cotidianamente ante el apareamiento del “otro”, puesto que la pertenencia a uno u otro sitio es incorporado por prácticas cotidianas, condiciones materiales, gustos estéticos, “que van dando forma a nuestra manera de caminar” por así decirlo; la incorporación del espacio como un elemento de nuestra identidad es descifrado por nuestros conciudadanos, nuestros vecinos y nuestros vigilantes.

### **Comité del Pueblo, El Edén, La Victoria Y Amagásí: territorios asimétricos.**

“la experiencia del espacio es un principio atado a los hechos de la existencia social y personal, que en buena medida se evidencian mediante el lenguaje que usamos para clasificar el espacio, la tecnología para producirlo y la ideología para pensarlo” (Kuper 2007:247)

El sector nororiental de la ciudad, donde se encuentran los barrios a ser explorados, están calificados por el municipio de acuerdo a las tendencias de distribución geográfica de los estratos socio-económicos, clasificación vinculada a la gestión territorial del uso y valoración del suelo y para la cual se han usado criterios como: identificación de zonas residenciales, condiciones de densidad y consolidación, tipos de construcción,

valor comercial, infraestructura y servicios públicos. El resultado de esta clasificación es la determinación de un área promedio que aparenta cierta homogeneidad en la calidad de vida y en la composición socio-económica de su interior. Ahora bien, ni el mapa de “valor comercial del suelo” que se presenta a continuación, ni otras formas de cartografiar la contextura socio-económica de la ciudad (como el mapa de incidencia de la pobreza según zonas censales, o el mapa de consumo familiar per cápita basado en el coeficiente de consumo GINI, o la georeferencia del crimen) logra describir los procesos de diversificación económica y a la vez de fragmentación social que experimenta el sector nororiental en la actualidad<sup>15</sup>.

Según esta forma de valoración los barrios nororientales de la ciudad pertenecen a un grupo III: Zonas de bajo nivel de consolidación, pertenecientes a grupos poblacionales integrados en barriadas, caracterizados por viviendas pequeñas y medianas, construidas con materiales de calidad regular, cuya población presenta problemas como bajo nivel de ingresos, subempleo, deficitarios servicios e infraestructura (Cf. CICQ 2009:177-78).

Sin embargo, siguiendo los criterios del “diagnóstico sobre el valor del suelo en el Distrito Metropolitano de Quito 2001” podemos concluir que: en una escala de 9 sectores económicos diferentes, algunas de las urbanizaciones privadas y cerradas en Amagásí podrían figurar dentro del sector 1 que mantiene un rango de precio del suelo ocho veces más costoso que el de los predios del sector 5, donde se ubican El Edén y La Victoria y once veces más costoso que los predios del sector 6 donde se encuentra el Comité del Pueblo<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Esto posiblemente se debe a que el municipio no reconoce de forma legal muchos de los proyectos urbanísticos cerrados, y por otra parte por la emergencia reciente de estos, que para el sector nororiental se calcula su apareamiento hace poco más de 5 años.

<sup>16</sup> El último diagnóstico sobre el valor del suelo en el Distrito Metropolitano de Quito (2001) fue una colaboración entre el Municipio DMQ y el *Institut de Recherche pour le Développement*, en el marco del programa de investigación “Sistema de Información y Riesgos en el Distrito Metropolitano de Quito”. Un dato que cabe apuntar es que en Quito, para el año 2010, han comenzado 187 nuevos proyectos inmobiliarios en construcción bajo el modelo de condominio cerrado, mientras que en los valles de Cumbaya, Tumbaco y los Chillos se construyen 114, recomposición inmobiliaria para la que no se cuenta con ninguna información que nos permita rastrear ni las características arquitectónicas, ni su composición

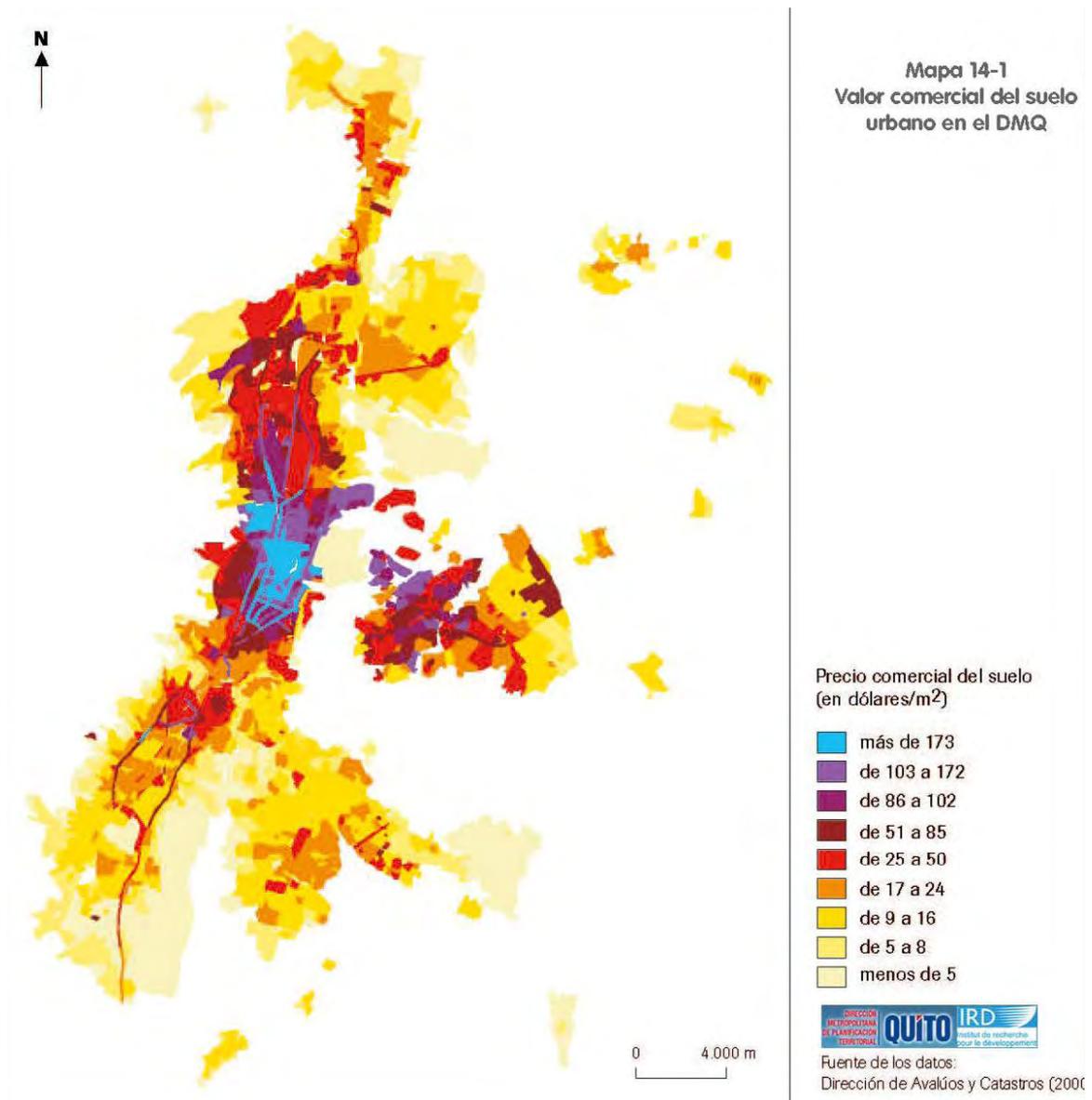


Figura 3. Mapa Fuente: [www.quito.gov.ec](http://www.quito.gov.ec). Hay que aclarar que el avalúo hecho por el Municipio de Quito no siempre responde a las dinámicas de especulación y sobre-precio del mercado inmobiliario, esto se evidencia en cierta medida por la ausencia de registros sobre los terrenos de urbanizados a manos de empresas privadas y en condominios, “islas” de gran plusvalía asentadas en la franja nor-oriental de la ciudad, sitio donde se emplaza esta investigación.

La adhesión de las urbanizaciones cerradas de Amagásí al sector 1, es una atribución que me permito debido a la observación que he hecho de los materiales de construcción que se emplean en sus viviendas (en su mayoría revestidas de material decorativo, techadas con tejas decorativas, amplias ventanas, áreas verdes internas e iluminadas y

---

socio-económica ni el impacto que sufren los sectores que las acogen. (fuente: nota en prensa del 4- 12- 2010).

una factura arquitectónica de acabados profesionales), además la llegada de la embajada norteamericana (2004) que ha decir de sus habitantes a sumado al sector un *plus* en cuanto a seguridad, y la oferta educativa privada representada por colegios como Unidad Educativa Thomas Moro, Colegio Martin Heidegger, Colegio Internacional SEK, Colegio Británico que van llegando paulatinamente desde la década de los 90', justifican que un apartamento en el sector este cotizado entre \$50000 y \$90000. Lo que demuestra que bien este conjunto de islas residenciales ubicadas en Amagásí puedan ubicarse en los primeros niveles dentro de la categorización hecha por el informe mencionado.



Figura 4. La calle “San Jose” en “Amagásí del Inca”. En la parte izquierda de la imagen aparece uno de los lados de la urbanización “El Escorial”, en el fondo se puede ver parte del “Parque Residencial Entrepinos”, es en este mismo sector que está ubicada la sección parbularia de la “Unidad Educativa Tomás Moro” (Fuente: registro propio).

El sector de Amagásí está dividido en dos barrios “Amagásí del Inca” y “San Miguel de Amagásí” con características topográficas diferentes, para el primero un terreno llano y poco accidentado, mientras que San Miguel se lleva la peor parte, estando asentado entre quebradas, este último está ocupado exclusivamente por antiguos trabajadores de la desaparecida hacienda “La Farsalia” la misma que basaba su actividad en la pequeña

producción agrícola y maderera antes de desintegrarse y pasar a diversos compradores que mantuvieron los terrenos inactivos hasta bien entrada la década de los 90' cuando comenzó un crecimiento de urbanizaciones cerradas que en los últimos cinco años se han incrementado vertiginosamente.

En el proceso de desintegración de la hacienda los jornaleros recibieron terrenos a manera de liquidación de sus servicios, aunque generalmente los costos de los terrenos les dejaba adeudando cuotas económicas considerables, lo que les empujó a ocupar las laderas y quebradas orientales (ahora conocidas como San Miguel), terrenos mucho más baratos.

El Señor Tixi, quien me ayudó a reconstruir la historia de su barrio, fue uno de los primeros trabajadores en formalizar la adquisición de un terreno mediante el mencionado proceso de liquidación de servicios, él tuvo la posibilidad de comprar un terreno (3000 m2) en la zona más costosa conocida hoy como Amagasí del Inca,

A mí me gustaba aquí, abajo [en San Miguel] era todo quebrada, puro chilcas y espino, no había camino [...] en el tiempo en que compre a mí me daban una platita de jubilación en la fábrica [textil del Inca], ese fue mi esfuerzo y mi suerte, yo no hice caso a nadie que decían compre abajo así ha de sobrar algo de platita, compre aquí, donde me gustó (Tixi, 1, 2010).

El testimonio de Tixi indica haberse jugado el trabajo de toda una vida para poder elegir el lugar donde quiere construir su vivienda, un lugar que a su consideración tenía mejores posibilidades de prosperar en el sentido de “que llegarían más rápido los servicios básicos” y que un suelo regular sería más fácil de cultivar; su determinación lo hizo permanecer en el sector “alto” atestiguando la lenta entrada de empresas inmobiliarias:

Cuando dividieron en lotes la hacienda, aquí no había nada, la mayoría de gentes cogió terreno abajo [en San Miguel de Amagasí], eran pocas las familias que llegaron a vivir por aquí; otros solo cogían y vendían, la gente solo vendiendo salía rica de aquí. [...] los que llegaban a vivir por aquí, buenas gentes, ningún problema, se saluda, me venían trayendo [en auto] de vez en cuando, así cuando me veían caminando; yo siempre he sido respetuoso y así me han respondido, [...] ahora está más cambiado, poco a poco se ha ido llenado, y molestan [las empresas inmobiliarias] diciendo que venda pero yo compre con mi esposa para dar recuerdo a mi familia no para vender otra vez”. (Tixi, 1, 2010)

El sector alto, poco habitado y un sector bajo, convirtiéndose en un asentamiento popular, como lo describe Tixi, nos hace suponer que el crecimiento de Amagásí del Inca, un paisaje que varía entre conjuntos residenciales por estrenar y conjuntos en construcción, no ha desplazado a las personas que ocupaban tradicionalmente el sector (muchas veces durante generaciones), por el contrario, las clases populares fueron reubicadas y concentradas “voluntariamente” en las laderas y quebradas orientales en un proceso determinado por su falta de poder adquisitivo, lógica que ha determinado también el ritmo con que los servicios e infraestructura urbana van llegando asimétricamente a estos dos barrios a pesar de su vecindad.



Figura 5. Una de las calles de San Miguel de Amagásí o Amagásí Bajo, en el fondo de la calle se observa el cerramiento y parte de las áreas verdes del Colegio Británico Internacional (Fuente: registro propio).

Al Norte de Amagásí tenemos el barrio El Edén y La Victoria, emprendimientos residenciales formados a partir de la desintegración de la hacienda “Dammer” en la década de los 80’, debido a la decreciente rentabilidad de los terrenos de producción

agrícola en una época marcada por la expansión urbana de Quito; el proceso de urbanización de estos barrios fue emprendido a pulso de la auto-construcción y bajo la tensión que provocaba la posibilidad de que terrenos que no fueran rápidamente construidos corran el riesgo de ser invadidos por organizaciones populares en su reclamo por acceso a terrenos para la vivienda, como -se rumoraba- había ocurrido en el barrio vecino el Comité del Pueblo.

La lotización y venta de los terrenos de la hacienda “Dammer” estuvo a cargo del propio hacendado quien se dejó guiar por las demandas y ofertas de los grupos que mostraban interés en el sector; así, la cooperativa Cabo Minacho (actualmente El Edén), conformada por 295 socios en su mayoría personal retirado del Ejército Nacional, acumuló una cantidad económica considerable asegurándose cerca de 12 hectáreas divididas en lotes de aproximadamente 300 m<sup>2</sup>, extensión que preveía la reserva de áreas comunales y recreativas.

Mientras que cooperativas más pequeñas como “Plan La Victoria 3” (actualmente La Victoria) con apenas 39 socios costeaban únicamente los lotes correspondientes para cada socio, los mismos que ni siquiera fueron entregados en una contigüidad geográfica, debido a pequeños inversionistas y especuladores de tierra que reservaban terrenos haciendo compras a título personal, terrenos que en muchos de los casos no fueron construidos ni revendidos y permanecen desocupados hasta la fecha generando cierta fragmentación del paisaje construido y miedos entre los habitantes al ser asociados a actividades inciviles y sospechosas.

La diferencia numérica y organizativa de los nuevos propietarios de terrenos en el sector marcó una visible diferencia en cuanto al proceso y la rapidez con que se llegaron a urbanizar los barrios de El Edén y La Victoria: mientras que los servicios básicos, la construcción de veredas y adoquinado de calles, la instalación de redes eléctricas y la adecuación de áreas verdes eran un hecho en El Edén para el año 2000, logros conseguidos a través de la auto-gestión y la auto-construcción; La Victoria esperarí cuatro años más para que este tipo de obras comiencen a ser implementadas

lentamente por una administración municipal que apenas los reconocida legalmente como barrio del Distrito.

En El Edén la construcción se volvió densa y exclusiva para la residencia reservando una de sus calles para el apiñamiento de locales comerciales y manteniendo en el centro las áreas recreativas de uso comunal de una extensión superior a las exigencias municipales, la organización y una relativa homogeneidad del nivel económico de sus habitantes permitió sostener una continua recaudación de fondos para autofinanciar las principales obras de infraestructura en la urbanización<sup>17</sup>. La espacialidad de El Edén se definía y se tornaba -en cierta medida- la base que sostiene un creciente sentido de pertenencia, y de comunidad entre sus habitantes.

No así, este periodo de formación barrial en La Victoria fue experimentado sin mayor intensidad, el crecimiento disperso y disparejo de la construcción para la residencia fue compartiendo espacio con talleres artesanales, pequeñas fabricas de bajo impacto y lotes vacios; sus habitantes que no pudieron consolidar una organización para sus demandas ante las autoridades debieron esperar pacientes la llegada de los servicios básicos e impotentes ante la confusa perdida de los espacios asignados para áreas verdes a manos de conflictos institucionales e intereses personales.

---

<sup>17</sup> La ordenanza metropolitana de régimen de suelo para el distrito metropolitano de Quito N° 0255, regula la gestión urbano-territorial de la ciudad y garantiza ciertos derechos sobre los espacios públicos. En la sección IV, art. 42 se exige que las áreas verdes planificadas dentro de una urbanización no pueden ser inferiores al 10% del área útil urbanizable del terreno a dividirse, y el 3% será dedicada para áreas comunales, de servicios sociales y públicos.



Figura 6. Calle los Cesar Terán López, principal en el barrio El Edén (Fuente: registro propio).



Figura 7. La calle "Floripondios" y "Murialdo" en el barrio "La Victoria". (Fuente: registro propio).

Finalmente, en este esbozo introductorio al "circuito" de estudio, hay que mencionar al "Comité del Pueblo" en el límite norte de "La Victoria", un barrio que está al margen de la etnografía, los registros y mapeos visuales que se hacen en esta investigación, debido a su extensión, pero sobre todo porque presenta un caso complejo de conformación urbana que demandaría una contextualización socio-económica e histórica tan

específicas que desborda los parámetros de este trabajo. Sin embargo se recogen datos puntuales de este barrio ya que es un tema recurrente en las entrevistas con los moradores de Amagásí, El Edén y La Victoria, que usan la figura del “Comité” para justificar la securitización de su barrio o para diferenciar sus orígenes sociales y económicos; en esta medida el Comité del Pueblo resulta un lugar clave para entender cómo se edifican las nociones de seguridad en el sector.



Fig. 8. Una de las calles representativas del Comité del Pueblo. La escalonada subida de las plantas en la construcción de las viviendas y el allanamiento de las veredas peatonales con el fin de ganar unos metros de espacio útil para la habitación, es una de las observaciones recurrentes que hacen sus vecinos de El Edén para construir una imagen de desorden, de ilegalidad y prepotencia sobre la fundación del Comité y el comportamiento de sus habitantes (Fuente: registro propio).

Con una textura de los barrios, que de acuerdo a las fuerzas del mercado se ha desarrollado de manera asimétrica, desplazando y concentrando a los grupos sociales que no pueden participar del consumo de la ciudad (en términos económicos) hacia las periferias, y que en el momento en que estas zonas comienzan a diversificar su composición social y económica, entra en juego todo un aparataje institucional dedicado a la observación de las violencias urbanas, donde su carga ideológica y sus resultados en

cuanto a prevención aún están por evaluarse, tenemos la base para avanzar preguntándonos, qué tipo de vinculaciones se hacen entre la conformación socio-económica de los barrios y la construcción de un “sospechoso”.

Las referencias que la gente usa para diferenciar sus barrios de los vecinos podrían considerarse “representaciones sociales, que permiten observar la constitución de cierta espacialidad, y el miedo en estas representaciones reflejar el tipo de relaciones que pueden localizarse en una sociedad” (Cf. Arteaga 2003:13); ya sea por causas reales o imaginarias el miedo diferencia y clasifica los sitios en seguros e inseguros, planifica los recorridos por la ciudad y alza fronteras simbólicas que la fragmentan. Duclos, ve las vinculaciones entre el espacio, el miedo y las fronteras en continua actualización y referenciadas a la imagen de un “otro” extraño e impredecible; así, una alteridad y un espacio poco determinados quedan fusionados de una manera ambigua al grado que el espacio abierto y toda identidad fuera de la norma puede ser considerada riesgosa (Cf. 1994 citado en Arteaga 2003:14).

Sin embargo, hay que subrayar que en la actual ciudad capitalista el “extraño” es quien “no puede” participar del consumo, “ese *sine qua non* del acceso a la dignidad social” (Cf. Wacquant 2006: 47), ubicando a los barrios pobres -automáticamente- en el centro de las sospechas y las acusaciones, “transformando sus condiciones sociológicas en rasgos psicológicos” (Wacquant 2006:114).

La estigmatización del pobre y del territorio atañe un problema esencial en los debates sobre seguridad, ya que como lo demuestra Caldeira en “Ciudad de Muros” estos factores evidencian una problemática estructural y política del estado para pensar la ciudadanía, el espacio público la planificación y desarrollo urbano en relación a la seguridad; la autora citada comprueba una larga historia de abusos de poder por parte de la institución policial de Sao Paulo hacia las clases populares, que no solo contribuía dramáticamente a aumentar la violencia urbana, sino que mediante un discurso de lucha anti-delincuencial se “afirma[ba] la jerarquía [de clase social] y descalifica[ba] la igualdad [civil]” (Caldeira: 2007:170), convirtiendo a ciudadanos de distintas clases, de manera indistinta, en demandantes de prácticas violentas para aplacar la crecida

delincuencial en sus barrios, llevando a la violencia a una especie de estrategia “positiva” y “normal”, donde tratar temas de seguridad y orden público es equivalente a la operación de diferenciar y jerarquizar identidades ciudadanas (Cf. Caldeira 2007:193-238).

Lo dicho, no estará de sobra cuando nos enfrentemos a los espacios securitizados que encubiertos bajo la etiqueta de la “prevención” ejercen una violencia simbólica (y física) de manera generalizada y cotidiana.

## Capítulo II.

### **Diferencia, Percepción de inseguridad y construcción del sospechoso.**

Hemos partido señalando un crecimiento urbano que privilegiando la centralidad y el valor de cambio del suelo (como mercancía y propiedad privada) sobre sus posibilidades de uso ha terminado por diseñar paisajes periféricos deprimidos. La conformación de la periferia en Quito, históricamente, ha respondido a este proceso de ordenamiento socio espacial marcado por la especulación inmobiliaria y la segregación social, donde la asimétrica distribución de recursos, servicios e infraestructura urbana y la diferenciación de usos asignados al suelo céntrico y periférico, han ido legitimando un tipo de ciudad incluso de modo ideológico (Cf. Carrión 1983:25), lo que implica, a nivel concreto como imaginario, la constitución de cotidianidades, prácticas culturales y capacidades de identificación con el entorno, en definitiva “paisajes” específicos para la periferia.

En este capítulo intentaré dar cuenta de que la generalizada preocupación por la seguridad ciudadana mantiene cierta relación con la asimetría socio-económica (centro-periferia) que ahora convive de manera más próxima en la periferia debido a la atomización de las centralidades representada por los conjuntos residenciales cerrados.

Con este objetivo comenzaré por reconocer el tipo de mirada que se arrojan entre sí los vecinos del circuito; me he dejado guiar por los testimonios de informantes que por su antigüedad de residencia dan cuenta de tensiones sedimentadas por el tiempo que han acompañado su vecindad con barrios pobres como El Comité del Pueblo y barrios marginales alrededor de éste; así mismo, las preocupaciones, más generalizadas aún, de residentes recién llegados a los nuevos conjuntos residenciales cerrados, parecieran redondear un circuito de miradas marcadas por el recelo y la sospecha afectando el tipo de interacciones vecinales y las formas de producción de paisajes específicos.

**Diferencias socio-económicas entre barrios vecinos: antecedente para la securitización del barrio.**

Así como el mercado redistribuye los recursos, así también redistribuye el espacio urbano, relocaliza a las diferentes clases sociales. El mercado segrega y disgrega a la población urbana. Por una parte presenta como un hecho 'natural' la apropiación desigual de los bienes urbanos: la segregación espacial resultante 'la forma natural' de las preferencias de localización; cada cual se ubica en el lugar que le corresponde de acuerdo a las aspiraciones, limitadas por sus recursos. (Rodríguez 1981:18-19 En Carrión 1983:25)

Germán Cisneros se presenta como presidente del comité barrial (Comité pro-mejoras del barrio “El Edén”) y activista de la organización barrial, pero aclara que él no fue parte de la cooperativa fundadora de la urbanización; su llegada al sector se da a finales de la década de los 90 cuando la urbanización está abandonando su autonomía con el propósito de ser reconocido como “barrio urbano” por el municipio de Quito. Los diez años anteriores a su llegada estuvieron marcados por un constante pero lento desarrollo urbanístico promocionado, auto-gestionado y auto-construido por la cooperativa “Cabo Minacho”, figura legal conformada por civiles y militares retirados del Ejército Nacional, quienes durante este tiempo trabajaron arduamente para “ponernos de acuerdo, para presionar por las obras, para legalizar las escrituras de propiedad que nos dieron con los lotes” (Cisneros 1:2010). Hablando de esta transición cooperativa – barrio, Cisneros diferencia:

“El Edén se ha levantado a pulso por gente que sin recibir apoyo de ninguna organización estatal tuvo que sacar adelante su casita. Esto no fue como en el Comité del Pueblo donde se consiguieron los terrenos invadiendo propiedad ajena, esto se consiguió con el esfuerzo de cada uno”. (1: 2010)

Sin duda barrios como El Edén han desarrollado un cierto sentido de unidad y de legitimidad gracias a los inevitables lazos que se forman con el trabajo “hombro a hombro” de la auto-construcción y la minga, la continua reunión que implica la autogestión y la obediencia a los marcos legales que regulan este tipo de emprendimientos, todo esto a decir de Cisneros<sup>18</sup>. La autonomía de estas iniciativas urbanísticas con respecto a la planificación y los fondos municipales ha marcado un ritmo bastante lento de crecimiento en comparación con otros barrios del mismo sector

---

<sup>18</sup> La “Minga” es un término con el que tradicionalmente se indica que el trabajo comunitario es voluntario y no remunerado económicamente.

norte de la ciudad que albergaron proyectos urbanísticos importantes auspiciados por el estado o la empresa privada, este es un factor que si bien ha sido percibido como un abandono, también ha fortalecido el sentimiento de unidad<sup>19</sup>.

El proceso de crecimiento urbano, de legalización y reconocimiento municipal de los barrios periféricos de la franja nororiental de Quito (donde se cuenta Amagásí, La Victoria, El Edén) tiene raíz en el movimiento social propulsado por “El Comité del Pueblo” organización que articuló el reclamo sobre el derecho a la vivienda popular y la inclusión a la ciudad en Quito y que después de una “odisea” de enfrentamientos con el estado (1971-1975), y solo después de su despolitización y la participación de algunos de sus dirigentes en cargos públicos (1975-1978) logró comprar los terrenos que actualmente se conocen como barrio El Comité del Pueblo (Cf. Araneda 1980:71-92).

El hecho de que un grupo popular y de acción política haya contribuido positivamente para el desarrollo del sector, ha sido ignorado o invisibilizado por las narraciones de los habitantes del “circuito”, resaltando más bien los factores negativos de su vecindad<sup>20</sup>.

En realidad, la organización mediante cooperativas de vivienda para la autoconstrucción de un barrio era inédita en el sector –y en la ciudad- El Comité del Pueblo, en este sentido, se convirtió en un verdadero promotor inmobiliario popular que llevó a cabo proyectos en varios puntos periféricos de la ciudad (Carcelén, La Mena, La Dammer),

[...] al contrario de la imagen ideologizada que intentaban difundir las clases dominantes, el Comité nunca auspició invasiones o tomas de tierra, ya que siempre contempló que los terrenos deberían pagarse

---

<sup>19</sup> Cronológicamente, mientras El Edén se alzaba en base a la formación de cooperativas y la autoconstrucción, El Municipio de Quito implementaba el “Plan de Estructura Espacial Metropolitana” (1992) que terminó por revalorizar terrenos ubicados en el centro, en el norte y en el sur, como El Condado, La Kennedy en el norte ; Las condiciones geográficas favorables (planicie y valle) y su cercanía con proyectos como El Aeropuerto (caso de la Kennedy), o la incursión de capitales privados (caso El Condado) determinaron que estos sitios sean foco de la intervención municipal, mientras que los barrios apostados a las laderas del noroccidentales y las quebradas nororientales, mayoritariamente poblados por gente de menores o escasos recursos, quedaría como espectadores de estas intervenciones (Cf. CICQ 2009:173).

Hay que recordar que para 1997 el Municipio volcó su interés e ingentes recursos económicos al “rescate” del centro histórico, lo que podría ser una de las causas de la prolongación del papel secundario de las periferias.

<sup>20</sup> Para designar el conjunto o la vecindad de los tres barrios en estudio: El Edén, La Victoria y Amagásí, se utilizará el término “circuito” haciendo alusión, como se ha explicado en la introducción, al carácter de recorrido más que de campamento permanente en cada barrio que hace esta investigación.

aunque de una forma simbólica (un sucre, el metro cuadrado)  
(Araneda 1980:79).

La discrepancia total que han manifestado mis entrevistados hacia esta forma politizada de exigir terrenos para la vivienda como un derecho por encima del sistema de mercado y de la capacidad adquisitiva de la gente, de alguna manera, justifica la construcción hecha por los habitantes del “circuito” sobre la imagen de los habitantes del Comité como “invasores, infractores, altaneros, incivilizados, prepotentes, sin valores, delincuentes” más que como vecinos.

No obstante, el barrio “El Edén” es un proyecto que engrosó la lista de iniciativas surgidas después de la paradigmática experiencia de “El Comité del Pueblo” con la diferencia de que ya no están de por medio consignas de reivindicación popular, los que pugnan por un terreno son gente de clase media que está intentando sacar ventaja a los beneficios concretos que alcanzaban los terrenos alrededor de los enclaves populares (apertura de carreteras, habilitación urbana, posibilidad de especular con tales terrenos), además de “aprovechar la atención y una cierta voluntad política del estado hacia los emprendimientos populares para la vivienda, por un lado gracias a la presión ejercida por estas organizaciones populares pero también debido a que éstas eran descubiertas como un grupo potencial para un clientelismo electoral hasta entonces poco explotado” (Cf. Araneda 1980:104-106).

La diferenciación socio-económica y hasta cultural aparece más definida cuando pregunto sobre las características de la gente que fundó la cooperativa “Cabo Minacho / El Edén” (de qué sectores de la ciudad provinieron, qué ocupación tuvieron, etc.) al actual presidente barrial de El Edén –aunque no llegó a conocerlos personalmente- los define como “gente de clase media, gente con alguna preparación [refiriéndose al nivel educativo]”; “gente de bien”; “gente con sueños”; “gente trabajadora”; “gente que mediante esfuerzo constante sale adelante (progresista)” (Cisneros 2:2010).

La imagen que este dirigente barrial elabora sobre los fundadores del barrio El Edén coincide con los testimonios que han dado para mí gente de ocupaciones variadas en el barrio (tenderos, comerciantes y personas de la tercera edad paseantes del parque),

gente que no son parte de la lista de informantes de esta investigación pero que sus conversaciones redondean ciertas percepciones que he desarrollado sobre las relaciones sociales en el lugar.

La imagen que estas personas hacen de sí misma (o de sus antecesores) es espontánea, directa o indirectamente edificada sobre una diferenciación económica (y moral) hecha sobre la gente que conformó el Comité del Pueblo: la gente de “El Edén” se organizó y trabajó dentro de marcos legales (siempre respetuosa de la propiedad privada), estuvo obligada a realizar aportes económicos establecidos por el avalúo comercial “y no por consignas “comunistas”, tomas e invasiones de propiedad ajena”; es gente que pensó y planificó su barrio con parámetros “racionales” de uso del espacio y “no como salga, en una merienda de negros”; fue gente que tuvo la posibilidad de prepararse profesionalmente a diferencia de la gente en su mayoría comerciantes informales, afro-descendientes y migrantes del sector rural y de la provincia, gente que los moradores del Edén, La Victoria tienden a asociar mediante su narración, sus bromas y sus miedos con la rebeldía, la ilegalidad, la desorganización y la violencia “propia” de la pobreza<sup>21</sup>.

Más antes, todo era botado [en La Victoria], no había líneas de buses, toda esta parte era bosque y cruzando usted se topaba con tres casas [El Edén], tocaba bajar caminando hasta la 10 de agosto si se quería salir al centro; en ese entonces si uno necesitaba algo de urgencia, una medicina, una botella de aceite, no había remedio, uno tenía que bajar al Comité, evitábamos por todos los medios, pero a veces tocaba, ahí - como había más gente- ya había bus, un mercado y comercio en general, pero había que bajar con todas las precauciones, sacándose los aretes, con las manos en los bolsillos y atentos. Al momento de comprar era el descuido y ya te iban metiendo las manos a los bolsillos. (Narcisa Almeida 1: 2009)<sup>22</sup>

Las declaraciones de José Ávila, residente desde hace aproximadamente tres años de Alhambras del Edén (conjunto residencial ubicado en La Victoria), lugar donde además funge voluntariamente el rol de presidente de la comisión de seguridad y miembro de la

---

<sup>21</sup> Los criterios y juicios de valor que aparecen entre comillas en este párrafo son una síntesis de algunas de las conversaciones informales que he sostenido con la gente del barrio las mismas que aparecieron de manera más explícita dentro del grupo focal organizado el 30 de Junio del presente año con el comité promejoras del barrio El Edén.

<sup>22</sup> Narcisa Almeida, mujer de aproximadamente 42 años tiene su residencia en La Victoria, barrio colindante con El Comité del Pueblo, donde ha vivido 25 años.

directiva del condominio, revela la asociación automática que se produce en un escenario de miedo al crimen entre la diferencia socio-económica, estigmatización y delincuencia:

desde la calle [Franco de la Torre] que separa el Comité del Pueblo del resto del mundo [sonrisa], existe un conglomerado de gente que hizo su modo de vida en base de invasiones, gente que -entre comillas- organizó sus asentamientos de una forma tal, que no hay espacio adecuado ni para que los carros circulen. La desorganización es una cuestión cultural, se ve en la vida cotidiana desde el vendedor que se instala en la mitad de la calle y el resto le importa un pepino, hasta el chofer de bus que frena a recoger pasajeros y no le importa estacionarse en la mitad de la calle; [...] la basura; [...] los grupitos vagueando en la esquina; [...] los perros sin dueños, todas son conductas anómalas vistas como normales, son conductas que ellos y nosotros usamos luego para justificar hechos delictivos. ¡Ah no, pobrecito, es que son carentes de servicios esenciales, es que tiene hambre, es que no hay trabajo! La sociedad comienza a justificar el delito y ahí comienzan los problemas.

Lo que en realidad sucede es que un conjunto de gente es educada con valores y otro con anti-valores. (Ávila 1, 2010)<sup>23</sup>

Por su parte la gente de Amagásí del Inca mira más distante al Comité del Pueblo, los separa un buen tramo (1.5 Km. aproximadamente) y por su condición de “recién llegados” elaboran sus criterios mediante sus impresiones visuales y espaciales más que por algún conocimiento sobre la historia conflictiva de este barrio; la Sra. Vásquez residente de una vivienda en Amagásí, descarta que exista algún tipo de relación y menos aún vecindad con el Comité del Pueblo, pero queriendo descifrar el sentido de mi pregunta, y por la cercanía de su casa con “San Miguel de Amagásí o Amagásí bajo” (barrio popular al oriente de Amagásí del Inca), ella dice:

la vecindad que nos ha tocado enfrentar, el barrio que es como un lunarcito [hace una pausa y aclara] (aunque todo el mundo tiene

---

<sup>23</sup> José Ávila, persona de 38 años de edad, casado, tiene formación en inteligencia militar, lo que le ha llevado jugar un papel activo en su comunidad en temas relacionados con la seguridad, en sus propias palabras “el conocimiento no sirve de nada si no se comparte”. Ávila es uno de los pocos miembros de conjuntos residenciales cerrados que aceptó hablar conmigo; aunque mis encuentros con él, hayan sido siempre accidentados por interrupciones en su oficina, horarios muy ajustados y constantes citas canceladas -características que a decir de él mismo define el ritmo de vida de sus vecinos en el condominio, “gente que no tiene un respiro, razón por la cual cuando llegan a casa no quieren saber de nada”- sin embargo, sus declaraciones serán clave para esta tesis.

derecho a vivir donde se le dé la gana y donde le dé la posibilidad de comprar) [y continúa] Es este de acá abajo [San Miguel de Amagásí], y mire, que me he dado cuenta que es un fenómeno que pasa en bastantes barrios de Quito como en El Condado o Cumbayá [ambos sectores de reconocida plusvalía] al igual que aquí, usted ve el barrio es bonito, por adentro las casas son bonitas, más atrás las casas son más hermosas [refiriéndose a los proyectos inmobiliarios de lujo], pero si usted sigue caminando por esta calle hasta abajo ¡se acabo la gloria! ahí comienzan unas casas horribles, borrachos, delincuentes, gente del todo. [la entrevistada hace un paréntesis para narrar que en varias ocasiones a regalado víveres a “niños deambulando” por las calles de San Miguel de Amagásí, en este acto caritativo ha tenido la oportunidad de observar las condiciones “infra-humanas” de hacinamiento y calidad de las viviendas en este barrio.] [...] a lo que voy es que: estamos tan cerca que no nos separa ni medio kilómetro ¿cómo puede vivir la opulencia (en mi caso no es así, pero habrán casas allá arriba que se las ve lujosísimas) a lado de la extrema pobreza? Imagínese, allá hay casas que no tienen ni piso, ¡todo es de tierra! [lo dice mientras recorre con su mirada la extensión de su sala] a mí ya me parece el colmo. Y que sea así, natural, que se conviva en “armonía” (Vásquez 2, 2010)<sup>24</sup>

La diferenciación esencialista que hace la gente sobre la conformación histórica, económica y social de sus barrios crea un mapa mental por el cual se ubican los rasgos que hacen de un lugar, una situación o inclusive una persona un síntoma de peligrosidad, de acuerdo a este mapa la gente de los barrios que entrevisté han dado cuenta de un tipo de relación “prudente”, indispensable para recorrer el barrio y los barrios vecinos; así, experiencias sencillas de movilidad son auto-restringidas y el contacto con los vecinos es visto no solo como innecesario, sino como altamente riesgoso.

Muchas de las conversaciones que he sostenido con gente de El Edén, La Victoria y Amagásí del Inca han advertido esta incomodidad graficada por las palabras de Cisneros, Almeida, Ávila o Vásquez: mientras Amagásí reniega de San Miguel y de

---

<sup>24</sup> Sra. Vásquez es una persona de 46 años de edad, casada. Su residencia en Amagásí no pasa de los 4 años pero en este periodo ha liderado un grupo que debate sobre seguridad y mejoras para el parque del barrio. Es una de las pocas personas en Amagásí que me concedió entrevistas por más de una ocasión aunque le haya tomado trabajo ubicarme en su agenda, sostuvo conversaciones elocuentes y desenfadadas en cuanto a sus criterios razón por la cual la considero una de mis más valiosas fuentes en el sector de Amagásí.

El Edén; El Edén coincidiendo con La Victoria lo hace de La Quintana y el Comité del Pueblo.

No sentirse cómodos con la vecindad de los barrios del entorno, tiene correspondencia directa con no sentirse cómodos con la vecindad de grupos sociales de niveles económicos inferiores, que son vistos como un potencial riesgo.

Ávila dice haber minimizado las amenazas que suponían la vecindad de La Victoria y el Comité al comprar su vivienda dentro de un condominio “seguro”, sin embargo, lo que no pudo prever, antes de realizar la compra, es el hecho de que las calles son rutas de “continuos encontrones, que hacen crecer el riesgo de asalto; o que a las nueve de la mañana te pongan esa música chichera a todo volumen” (Ávila 1:2010); por su lado Augusta Vásquez, en Amagás del Inca no ha sufrido ninguna experiencia amenazante a manos de sus vecinos de los alrededores, pero siente que su casa está demasiado cercana a una zona peligrosa:

Hace falta ver las caritas, las casas, la misma clase socio-económica, esos barrios no necesitan un letrero que diga barrio peligroso, uno siente el peligro, uno ve las tripitas afuera, el puestito de mote llenito de gente, la vulgaridad del lenguaje, incluso uno pasa por ahí y se percata de sus comentarios y sus expresiones, ¿qué le impide a esas personas ponerme un cuchillo y pedirme mis pertenencias? Puede que esté equivocada, puede que sea gente de buenos sentimientos que la única desgracia que tienen es ser gente feíta y pobre, pero mejor es tomar todas las precauciones del caso.

[Refiriéndose a los habitantes de San Miguel de Amagás] ellos son los testigos de nuestras costumbres, de nuestros horarios, nuestras entradas y salidas, pasan por aquí sin ser considerados sospechosos.

Lo riesgoso es no considerar el resentimiento social que hay en todos, es naturaleza del hombre; siempre uno se siente incómodo con alguien que tiene más, pero no por eso vamos a ir a matar a todos los que tienen más –pero hablo por mí ¿quién sabe de la moral de los demás? (Vásquez 1-2, 2010)

Vásquez enfrenta un temor general al no poder evaluar “la moral” de sus vecinos, pero se hace específico cuando dirige ese temor a vecinos cuyas prácticas cotidianas difieren de las suyas y más aún, le causan desagrado, ella no comería en la calle y peor en la calle del barrio vecino. Las diferencias culturales, de condición económica o simplemente de gustos culinarios alcanzan un punto innegociable y discriminatorio en

el momento que la entrevistada asocia su estatus social con la buena moral y la seguridad, mientras que la informalidad laboral con la moral dudosa y la inseguridad (asociación que no dista de las políticas sostenidas por el gobierno local en la “regeneración” del centro histórico y el consecuente desplazamiento de comerciantes informales de sus tradicionales espacios de trabajo). Este esfuerzo hecho por encontrar un orden legible, de referentes de peligrosidad claros para poder esquivarlos, es lo que llama Caldeira un “trabajo de fabulación” que hace la realidad angustiosamente incierta (Cf. 2007: 41-7)

Vásquez trae sobre la mesa de discusión un ejemplo claro sobre las connotaciones clasistas de la noción hegemónica de seguridad ciudadana, el grupo focal realizado en El Edén (Junio 30, 2010) aparecen similares menciones sobre vendedores de comida en la calle y paredes rayadas como síntomas o focos de inseguridad, ambas actividades impactan a nivel de percepciones más que de experiencias de crimen, por lo que podríamos deducir que la relación directa con estos “actores marginales” (comerciantes informales y jóvenes grafiteros) queda suprimida de antemano por una tipificación muy cercana a la usada por las autoridades.

Este recelo se devuelve, si consideramos que muchos de los comerciantes informales del barrio El Edén y La Victoria alimentan resentimientos al verse como víctimas de una persecución por parte de los “pelucones” (gente adinerada), más de una ocasión han sido denunciados a las empresas municipales que regulan y prohíben su actividad; sin embargo (los informales que accedieron a conversar conmigo) concuerdan en que es un grupo pequeño de moradores quienes se sienten incómodos con su presencia en el barrio.

Es nuestro derecho a trabajar [...] No entiendo quién puede imaginar que de alguna manera esto atraiga la inseguridad; todo lo contrario, nosotros brindamos un servicio al barrio, usted ve, aquí viene gente de todo lado, esto antes era botado y oscuro, nosotros pusimos estas luces y atraemos a la gente, se pone música, aquí no le va a pasar nada, ¿quién le va a asaltar aquí a usted con toda la gente? ¡Nadie! nosotros le hemos dado vida a esta esquina que antes era botada. (María Isabel Criollo 1: 2010)

Por supuesto, los criterios contra los informales no son unívocos: si los habitantes de urbanizaciones cerradas como los miembros y simpatizantes de las organizaciones

preocupadas por la seguridad en los diferentes puntos del circuito, manifiestan posiciones inflexibles antes estas actividades, vinculándolas a la degradación y la apropiación alevosa del espacio público a una condición cultural y moral propia de la gente pobre y por tanto generadora de inseguridad; ya en la vida cotidiana del barrio (El Edén y La Victoria) estas actividades son toleradas o muy bien integradas al paisaje: los garabatos en las paredes son de autoría de “malcriados” y “jóvenes rebeldes” pero no necesariamente asociada a la delincuencia; la comida en la calle, por su parte, es una cuestión de creatividad ante los bajos ingresos económicos de algunos moradores del sector y de fuera del sector, aceptándolo como un servicio que produce cierto disfrute.



Figura 9 y 10. Nancy Peralvo (izquierda) y María Isabel Criollo que quiso titular este retrato como “Mujeres que luchamos”, son dos comerciantes de comida rápida en la calle “Las Anonas”, calle que funge como frontera imaginaria entre La Victoria y El Edén. Criollo quien renta su departamento en La Victoria obtuvo la aprobación de la propietaria para este emprendimiento al que se sumaría su amiga Peralvo proveniente del barrio Colinas del Norte (al noroccidente de la ciudad). Estas dos mujeres abren su negocio al público a las 17h00 y cierran aproximadamente a las 22h30, horas consideradas de alta peligrosidad en La Victoria por el mapa “Análisis *hot spots* de delitos a personas en horarios de la noche” elaborado por el Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana (Ver anexo 2).



Figura 11 y 12. A la izquierda una toma abierta del funcionamiento del puesto de Isabel Criollo y su compañera Nancy Peralvo, en La Victoria, punto de reunión de algunos comensales recurrentes a finalizar la jornada de trabajo y de algunas familias propias del sector. A la derecha, una fachada de local comercial degradada debido al humo de los puestos de comida rápida que funcionan en la vereda por las noches, señales de degradación ambiental que los vecinos del Edén consideran un factor que escenifica un barrio inseguro.

La diferencia económica de los sectores hace sencilla una operación estereotipada para la construcción de la imagen de un sospechoso, los imaginarios que se elaboran sobre un “otro”, un “vecino peligroso” en el circuito están vinculados directamente a cómo se ha venido sedimentando la información, las percepciones y los discursos oficiales más que por experiencias de interacción con estos vecinos, es decir, se elaboran de acuerdo a cómo se estructuran las relaciones de clase en el espacio concreto de la ciudad. “Así el miedo al crimen se convierte (en un momento de mayor contraste y proximidad de estos grupos) en el eje que articula y justifica el des-reconocimiento social, y sobre todo el des-reconocimiento sobre los habitantes estigmatizados” (Cf. Balivar en Caldeira 2007:46).

La noción de des-reconocimiento (*misrecognition*), para Balivar indica un tipo de relación entre sujetos que se adquiere mediante procesos de pensamiento clasificatorios, este tipo de relación genera un conocimiento selectivo que distancia a los sujetos en su condición de iguales; pensar nuestra existencia como desigual a la de otro es la operación que permite tolerar la aplicación de violencia contra el prójimo, sin esta distancia ni la limpieza social, ni el ajusticiamiento, ni la etiqueta de sospechoso y su consiguiente escrutinio y restricción de movimiento serían posibles.

Por otro lado, este tipo de relación también supone una “voluntad de conocer” lo íntimo de este sujeto “otro” y de sus relaciones sociales de manera inmediata. Esta combinación solamente puede producir una manera esquemática y ambigua con la que la gente intenta pensar la otredad, haciendo uso de “categorías rígidas “que no están hechas para describir el mundo de forma precisa, sino para organizarlo y clasificarlo simbólicamente. Están hechas para combatir la ruptura en el nivel de la experiencia, no para describirla” (Caldeira 2007: 47)

El des-reconocimiento consiste en juzgar y pre-juzgar a quienes no conocemos debido a las barreras o diferencias existentes, en este caso a las fronteras generadas por un sistema de crecimiento y desarrollo urbano desequilibrado y a prácticas culturales diversas; se reproduce así, formas de referirnos al “otro” “ligando el espacio que ocupa, su aspecto físico y su condición moral, operación que pasa a ser parte del “sentido

común” en un clima de inseguridad y mediante la cual se hace posible tolerar la violencia física y simbólica hacia los “sospechosos” manteniendo a raya una violencia recíproca de un “todos contra todos” (Caldeira 2007:50).

En este punto quiero ahondar en la idea de que las categorías binarias (de la inseguridad) afectan radicalmente los encuentros cotidianos con la otredad reduciéndolos a evasiones, este movimiento lo hago con el afán de introducirme a la pregunta ¿Cuál es la lógica de producción de materialidades y estrategias sociales de seguridad en el circuito? cuestión a la que le reservo un desarrollo extenso en el siguiente capítulo.

### **Sospechosos: Ejercicio gráfico y dialógico para problematizar la construcción de estereotipos en un escenario de miedo al crimen.**

El ver y el representar son actos materiales en la medida en que constituyen medios de intervenir en el mundo. No vemos simplemente lo que está allí, ante nosotros. Más bien, las formas específicas como vemos –y representamos- el mundo determina cómo es que actuamos frente a éste y, al hacerlo, creamos lo que ese mundo es. (Poole, 1997: 15)

Ubicándome en el que fuera el primer acercamiento al campo, un momento de la investigación donde primó las entrevistas abiertas motivadas únicamente por la premisa de hablar sobre el barrio en que se vive y la problemática mayor a la que se enfrenta<sup>25</sup>. La mayor parte de las veces el tema de la inseguridad ciudadana fue el primero en resaltarse por mis interlocutores, me detuve preguntando sobre cómo han sufrido esta experiencia y cómo había sido afectada su relación con el barrio.

---

<sup>25</sup> El acercamiento al que me refiero tuvo lugar en los meses de octubre y noviembre 2009 en diferentes barrios de Quito y Cuenca a propósito de un ejercicio etnográfico llamado “Representaciones del Miedo: ejercicios especulativos” que tenía como propósito mapear ciertas reacciones, juicios e imaginarios que circulaban en torno a un barrio estigmatizado debido a la violencia urbana (Barrial Blanco - Cuenca) y el análisis de narraciones de hechos delictivos (El Edén, La Ofelia, Cumbayá - Quito); se seleccionaron un total de 9 entrevistas a personas entre 25 y 60 años considerando su tiempo de residencia en el barrio, el hecho de haber experimentado un acto delictivo, o en el extremo contrario, por tener una posición contestataria ante una generalizada acusación infundada de su procedencia (económica étnica o de nacionalidad). Los resultados de este trabajo se pueden confrontar -parcialmente- en el Catálogo de la X Bial de Cuenca. Un segundo acercamiento más enfocado en la realización de esta tesis, tuvo lugar Febrero del 2010, realizando aproximadamente 4 entrevistas cortas no estructuradas a diferentes habitantes de El Edén de donde se consiguió un primer mapa del “circuito”.

Esta pregunta desató testimonios relacionados con ocupación del espacio público, problemas de género, medios de comunicación, narrativas y anécdotas delictivas, y estrategias usadas como prevención, en la mayoría se encontró un momento para concluir radicalmente sobre las características de un responsable, lo hicieron en un tono serio y acusatorio basados en la experiencia o a modo de especulaciones sobre algo que no han vivido en carne propia, en cualquiera de los casos los entrevistados ensayaron descripciones y caracterizaron un posible criminal (procedencia, “raza”, acento, vestuario, facciones y particularidades físicas, etc.).

[...] en la mirada, la necesidad se ve en la mirada de que otra forma entiendes que sean capaces de cometer semejantes perjuicios [...] Aquí mi barrio se dañó terriblemente cuando comenzó a llegar gente colombiana (Juana Narváez 1:2009)

[...] actitud y aspecto descompuesto por las drogas, por el alcohol. (Patricia Landívar 1:2009)

[...] es gente, ¿cómo te digo?, se le nota en la manera de caminar, en la cara de mala noche. [...] aquí [en el barrio] la culpa es de la misma gente que por necesidad comienza a arredrar, sin ver a quién arrienda, esto se llenó de fumones y de homosexuales, de travestis (Freddy Guamán 1:2009)

[...] ya no puedes saber de quién debes cuidarte, antes se les reconocía, es así, es asado, es de tal barrio, etc. ahora eso es difícil. (Romúlo Izquierdo 1:2009)<sup>26</sup>

Un “otro sospechoso” emerge en estos juicios, detrás de éstos hay una imagen mental que se intentó capturar en un dibujo a fin de discutirla posteriormente con la misma gente del circuito. Los entrevistados accedían sin problemas y pocos se negaban rotundamente alegando su inhabilidad para el dibujo, la mayoría de veces el ejercicio era tomado como una pausa más o menos lúdica en medio de una conversación dramática donde los entrevistados exponían sus posturas políticas, sus experiencias personales, y sus juicios sobre lo que se debía hacer en contra de la inseguridad.

Sabiendo que los entrevistados accedían al ejercicio con cierto “buen humor”, se podría pensar que sus dibujos no solo describieron las características del “sospechoso” (con la

---

<sup>26</sup> 1. Sra. Juana Gonzales (JG), mujer mayor de 60 años (profesora primaria) habitante de La Victoria; 2. Sra. Patricia Landivar (PL), mujer mayor de 60 años (bibliotecaria) habitante de los alrededores del reservorio de Cumbayá (sector de clase media-alta); 3. Sr. Fredy Guaman (FG), hombre mayor a 40 años de edad, habitante y presidente de las brigadas barriales del Barrio “El Vecino” Cuenca (barrio considerado violento); 4. Sr. Rómulo Izquierdo (RI), adulto mayor a 30 años de edad (mecánico), habitante del barrio “El Vecino” (Cuenca). Extractos de entrevistas realizadas en Octubre 2009 en Quito y Cuenca.

puesta en escena de estereotipos que eso significó) sino que, parodiaban al “sospechoso” adjudicándole rasgos físicos grotescos, exagerados y cargados de una especie de castigo moral<sup>27</sup>.

Podemos notar que si bien la variedad en cuanto a línea gráfica es abundante, hay coincidencia en algunos rasgos como: barbas o apariencia de no haberse afeitado, falta de expresión facial o por el contrario de enfado exagerado, arrugas, cabellos alborotados, cicatrices, vestuarios raídos o característicos de grupos sociales minoritarios (tatuajes, pañuelos, gorras), que son considerados por los entrevistados fuera de la norma y por tanto sinónimos de peligrosidad. Pero hay que tener en cuenta que la mayoría de los entrevistados/dibujantes dijeron no haber sufrido en “carne propia” un hecho criminal, por lo que podemos deducir que la imagen que construyen sobre el “sospechoso” depende en gran medida de una mediación de información, dada por un “habla del crimen” (Caldeira 2007: 34-69) y desde los medios de comunicación masiva.

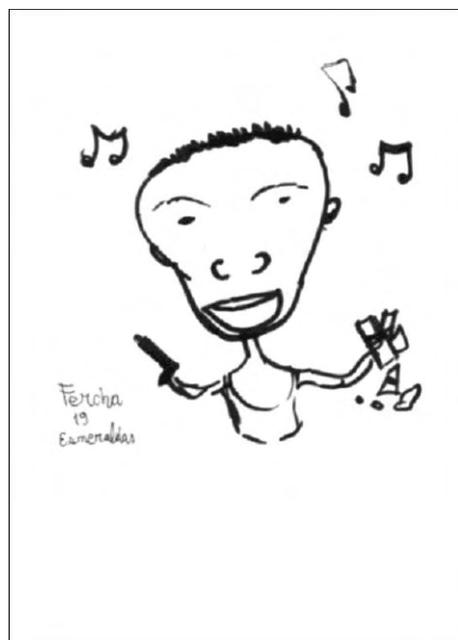
El acto de dibujar, generalmente estuvo acompañado por pequeñas anécdotas sobre situaciones (trágico-cómicas) donde los narradores admitían haber entrado en pánico frente a un extraño o una situación extraña que resultaba no ser más que un mal entendido (un negro corriendo detrás de ellos, una persona que entra abruptamente al taxi sin advertir que ellos lo ocupaban, o simplemente el encontrón cara a cara con un indigente en un lugar donde no se lo esperaría ver). Muy pocas veces las narraciones tomaban un tono más peyorativo lanzando consignas regionalistas y nacionalistas;

---

<sup>27</sup> El uso del dibujo como técnica etnográfica, por un lado netamente operativo responde a la necesidad de generar material visual que pueda ser discutido dialógicamente con la gente del “circuito”, partiendo de ahí, se consideró que traer sobre la mesa de discusión un tema tan “políticamente incorrecto” aunque cotidiano como es la discriminación en base al aspecto visual que inviste a los sujetos “sospechosos”, deba ser planteado de tal manera que más que reforzar sus supuestas características, subrayaran lo subjetivo -y a la vez lo normado- del entendimiento estético que se hace sobre los cuerpos en un escenario de miedo al crimen. De otra manera (si el registro de “sospechosos” hubiere incurrido en la fotografía, por ejemplo), no solo que los dilemas éticos se hacen insoportables sino que el ejercicio adquiriría una ambivalencia imprevisible al convertirse en una reactualización de las pretensiones científico-policiales de los fenotipos de Root (1864) o Bertillon (1890), donde se manejaba la idea de que “el lenguaje original de la naturaleza, está escrito en el rostro” (Sekula 1986: 11).

Así, abandonando toda pretensión de objetividad y en cierta medida de autoría, la diferencia entre un disparo (fotográfico) y unos trazos sobre el papel pudiera ser la pausa reflexiva, “la reconstrucción evocativa de la realidad, que exija la participación del lector para, por ejemplo, evadir la tentación de organizar los eventos y los personajes entre reales y ficticios” (Nieto 2007: 7)

mientras que entre los jóvenes las gráficas tomaban una apariencia ambigua más próxima a la empatía con un tipo de anti-héroe que con el repudio a un malhechor, llama la atención, en este sentido la fig. 7, donde una joven esmeraldeña retrata un delincuente de expresión alegre derrochando dinero y música festiva.





Figuras 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, Los Retratos de “Sospechosos” fueron realizados por el colectivo de arte El Bloque del cual formo parte, y fueron realizados a partir de entrevistas cortas no estructuradas en diferentes ciudades del Ecuador aprovechando viajes ocasionales que por motivos personales los integrantes hacían. Ambato (fig. 17); Quito (fig. 13-14-18-19); Cuenca (fig. 20); Esmeraldas (fig. 15); Portoviejo (fig.16). Para ver un registro amplio de estos dibujos remítase al video “sospechosos” adjunto al documento.

En estos dibujos aparecen minoritariamente las representaciones de mujeres y de afrodescendientes, solo puedo imaginar que esto se debe a que el ejercicio significó una dinámica “demasiado pública” para que los entrevistados/dibujantes pongan de

manifiesto juicios raciales y xenófobos, que por el contrario, en las entrevistas que venimos revisando se evidencian. Sin embargo, la discriminación hacia la estética desalineada es abiertamente manifiesta y asociada al pobre y al delincuente por igual.

¿Qué tipo de relación existe entre estas representaciones de un “otro sospechoso” y una mirada disciplinada bajo los discursos de la seguridad ciudadana? Hay que recordar que el concepto de seguridad ciudadana “no es un concepto neutro, tiene por detrás una agenda política y se manipula de acuerdo a los intereses de actores sociales específicos, lo que se evidencia en el hecho de que no todos los ciudadanos demandan ni acceden de la misma manera a la seguridad” (Cf. Andrade, 2004: 107), por tanto, la pregunta que Andrade hace ¿Seguridad para quiénes? nos exige descifrar el porqué del operativo “navidad 2010” operativo conjunto entre Policía y Ejército Nacional para resguardar los principales centros Comerciales de la ciudad, la relación de La Cámara de Comercio de Quito, la municipalidad de Quito y las llamadas “marchas blancas”; en definitiva descifrar una in-seguridad ciudadana como instrumento para asegurar el capital, al turista, al inversionista, al ciudadano pagador de impuestos, rechazando todo tipo marginal de estética corporal, de comportamiento fuera de norma, de prácticas en el espacio no alineadas al mercado formal, etc.

En una sociedad disciplinaria (Foucault, 1976) los cuerpos deberán ser legibles y entendibles (clasificables), sus movimientos homogéneos (predecibles) y su apariencia acorde al sistema productivo. La disciplina intenta construir una forma de relación entre los cuerpos basada en su mutua vigilancia, en observancia de “lo normal”. “El éxito del poder disciplinario se debe sin duda al uso de instrumentos simples [e incorporados por todo el cuerpo social]: la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y su combinación en un procedimiento específico, el examen” (Foucault. 1976: 175).

La imagen del “sospechoso” en estos dibujos, está en relación directa con el entendimiento de los cuerpos, allí se imbrica política y estética normativa, codificada a través de un examen visual hecho mecánica e instantáneamente sobre los sujetos. El vagabundeo, la apariencia de desempleado, la minoría étnica que no ha sido “blanqueada”, serán objeto de inquietud para la mirada educada en una sociedad

disciplinaria; insinuando que quién esté fuera del estereotipo de “buen ciudadano” se convierte en un potencial enemigo de la sociedad más aún en el escenario del miedo al crimen. La respuesta sigue pendiente pero con algunos factores despejados, como advierte un *graffiti* en la ciudad autoría del colectivo feminista “Mujeres de frente”: “Ni pa’ las pobres, ni pa’ las putas, ni pa’ las negras: ¿seguridad ciudadana para quién?”



Figura 21. Dibujo de “sospechoso” N° 56/252. De la serie de retratos de “sospechosos” que fue visionada por el grupo focal del barrio El Edén, en su reunión mensual convocada por la directiva del barrio (30 junio 2010), este dibujo desató una serie de bromas debido al gran parecido con Don Brito (asistente a la reunión, vecino y miembro de la directiva del barrio El Edén).

El ejercicio gráfico/etnográfico del que venimos hablando, fue manipulado y convertido en una video-animación por el colectivo de arte “El Bloque”, de esta manera obtuve un producto audiovisual que regresaba hacia la gente en un tono más confrontativo<sup>28</sup>.

El vídeo fue exhibido en espacios de arte problematizando la imagen del sospechoso como una “imagen-archivo” (Barriendos 2008), es decir como una imagen que se forma tras un condicionamiento histórico de la mirada, del cual resulta una automática asociación de imágenes que no necesariamente están vinculadas pero son tratadas como tal (por ejemplo: la imagen pobreza con la violencia, características étnicas, rasgos culturales, paisajes urbanos, etc.), operación que termina beneficiando a un proyecto político e ideológico que actúa en la estructura de la sociedad. Por otro lado, el material fue visionado por un grupo focal conformado exclusivamente por habitantes de “El Edén/La Victoria” reunidos en la casa comunal del barrio “El Edén”, el 30 de Junio del 2010, para discutir temas relacionados con la organización de la directiva del barrio, en este lugar se me permitió intervenir con una exhibición de los registros fotográficos que levanté sobre la conformación del paisaje en el “circuito”, se visionó además la video-animación hecha con los retratos de “sospechosos”, lo que sirvió para provocar y observar un debate colectivo sobre temas de seguridad y convivencia en el barrio<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup>El Bloque, es un colectivo de arte con una línea interdisciplinaria, que se ha concentrado en abordar las transformaciones del espacio público/privado bajo discursos de in-seguridad, y cómo estas transformaciones condicionan prácticas y comportamientos cotidianos de interacción social. Para una revisión de su bitácora de trabajo: <http://www.bitacoraelbloque.blogspot.com>

<sup>29</sup>La compilación de dibujos fue presentado como parte de una video instalación titulada “representaciones del Miedo: ejercicios especulativos” en el marco de la X Bienal Internacional de Arte en Cuenca (noviembre –diciembre 2009); la transformación a video-animación fue propuesta dentro del laboratorio “De frente y de Perfil: retratos antropológicos en México y Ecuador, imágenes archivo y respuestas contemporáneas” que tuvo lugar en la galería Arte Actual de FLACSO (Marzo-Abril 2010). Aunque no existe ningún registro de retorno ni discusión de parte de los espectadores en estos espacios de arte -de los cuales me pueda fiar- tengo la sensación (en base a algunos comentarios que me han llegado de segunda mano) que la dinámica ha sido cuestionada por “superficial al tener una posición que intenta desmitificar la percepción de inseguridad sin tomar en cuenta las duras secuelas psicológicas que infringen los delincuentes día a día en las calles”. No dedicaré mucho espacio a responder esta válida inquietud, pero aclaro, para los que se dejan llevar por su empatía con las “víctimas” de la ciudad insegura: que “un análisis conceptual desapasionado del tema de la inseguridad debe ignorar su impacto traumático, ya que tanto la empatía hacia las víctimas como lo sobrecogedor de la inseguridad y la violencia son factores [e instrumentos políticos] que nos impiden pensar en la violencia estructural (Cf. Zizek 2008:12-3).

La reacción de la gente del barrio ante el video no fue tan substancial como lo fue con otro tipo de material visionado (de los cuales hablaremos más tarde); los dibujos animados proyectados sobre la pared se miraban entre sí y seguían su curso hasta desaparecer de la pantalla, los espectadores ponían atención y después de resignarse a que no ocurriría nada más de lo que estaban viendo se acomodaban, sin remedio, a seguir escudriñando retrato tras retrato. No duró mucho el silencio hasta que se escuchara “vio...por ahí pasó su marido” las risas afloran y basta esperar unos minutos para que el aludido contraataque descubriendo la similitud de un dibujo con el vecino de al lado.

Desde la elección del dibujo como método de recolección de datos etnográficos a su transformación en video animación, se asumió el abandono de toda pretensión de objetividad en la representación del “sospechoso”, e incluso el abandono de cualquier incursión del artista y el etnógrafo como autor de una representación “transparente” de lo recogido en campo (Cf. Clifford 1997: 79; MacDougall 1998: 270-74), en su lugar, se propició un proceso colaborativo para producir y debatir representaciones de un “sospechoso”, las mismas que pueden considerarse parte de un discurso social que describe física y moralmente al criminal.

El proceso de recolectar los dibujos “cara a cara” me hacía pensar que la dinámica volvía visible un imaginario donde se había incorporado un discurso (seguritario) de desconfianza y discriminación, que inducía a señalar ciertas características como “peligrosas” y que este gesto de señalamiento nos absolvía, reedificando una identidad de “ciudadano de bien, honesto y trabajador” en un lugar superior, fuera de sospechas, como si fuéramos el ciudadano citado por las fuerzas del orden a reconocer al criminal capturado. Sin embargo, el visionamiento grupal de este ejercicio, las bromas y reacciones que se discutieron, apuntan a que hubo un tipo de reconocimiento con los caracteres del sospechoso, aunque “en broma”, el sospechoso pasaba a ser gente común, semejante, y sus estigmas se reconocían como tales.

Entre estigmas de peligrosidad y gente común, el grupo focal generó una interrogante ¿es sostenible sospechar de todo el barrio vecino? ¿Calzamos nosotros

mismos en la categoría de sospechosos? responder estas preguntas de manera individual trae respuestas más o menos obvias, intentar responderlas dentro de organizaciones barriales que están activamente trabajando por hacer de sus espacios cotidianos lugares más seguros ya implica un grado de discusión y tensión que eventualmente se materializará en respuestas colectivas -y quizá individuales- más reflexivas.

El circuito barrial en cuestión ha ido tomando forma, en sus inicios, de espaldas al desarrollo urbano que vivían sectores geográficamente y políticamente más centrales, para actualmente convertirse en uno de los sitios de interés de medianas empresas inmobiliarias que sin ningún reparo urbanístico han cercenado recorridos que la gente podía hacer; el circuito barrial, si bien nunca estuvo libre de tensiones, por lo menos su configuración espacial dejaba un margen abierto para la incertidumbre de posibles reconocimientos mutuos. Sin esta posibilidad, la gente ensaya miradas menos informadas sobre sus vecinos, donde priman los impactos sensoriales y las “imágenes archivo” que se despliegan y anteceden a la mirada. En esta situación, las diferenciaciones que se elaboran son menos negociables y los encuentros, en una cultura de la precaución, evitados.

Un tipo de prácticas de la mirada y de comportamientos vecinales se ha ido consolidando en el contexto específico del desarrollo urbano del circuito, ambiente propicio para la producción de paisajes securitizados, que a continuación pasaremos a revisar.

### Capítulo III

#### **Producción del paisaje por miedo al crimen.**

En los espacios de frontera, en los cercos y empalizadas, más que dar cuenta de una realidad, son una declaración de intenciones. En un espacio de frontera, ningún intento de dar a los conflictos una dimensión territorial, de adjudicarle una demarcación al terreno, suele dar resultado. (Bauman s/f en Reguillo 2006:25)

La expansión urbana de Quito, caracterizada por un desarrollo mercantilista del espacio urbano, en base a la especulación y el desplazamiento de los sectores populares hacia las periferias, dejó intersticios, espacios de suelo habilitado aunque sub-utilizado que desde hace no más de diez años vienen convirtiéndose en el eje de acción de una mediana empresa inmobiliaria enfocada en proyectos residenciales para una clase media y alta de la población.

Este es el antecedente que he privilegiado para evaluar las características que toma la producción del paisaje securitario, ya que los diversos contrastes que componen “el circuito” y la forma en que la gente reconstruye su vecindad ha hecho suponer que el tema de la seguridad se carga de una serie de significados particulares y problemáticos (más allá de la violencia real o imaginaria causada por la delincuencia).

Así, en este capítulo intentaremos revisar las formas concretas del paisaje como materializaciones de dichas relaciones, y así mismo describir cómo estas formas concretas y las estrategias de comportamiento que suponen ejercen un tipo de violencia simbólica de manera normalizada que con la discusión avanzada, y en la especificidad de este caso, podemos decir que desciende verticalmente: de los estratos sociales hegemónicos a los marginales.

En el capítulo se despliega y articula una serie de registros fotográficos que tuvieron como objetivo principal documentar el paisaje urbano producido ante el miedo al crimen, mi decisión de apoyarme en estas herramientas para realizar el trabajo de campo tuvo que ver con la intuición temprana de que dicho material podría servir para indagar en la reacción directa de mis entrevistados ante la imagen del barrio que yo con

una agenda particular de preocupaciones había levantado, sería más tarde que descubriría que el hecho de llevar una bitácora visual de mis recorridos por el circuito significaría, más bien, la posibilidad de regresar varias veces al lugar (o mejor dicho a la imagen capturada del lugar) para ejercitar diferentes lecturas sobre el espacio, identificar aspectos concretos del paisaje que no percibía de inmediato y estructurar la línea de mis futuras entrevistas.

La inmediatez de la fotografía guardaba detalles del paisaje mayor al que yo podía registrar textualmente o que no percibía como importantes, diariamente esta bitácora visual era revisada y forzada a arrojar categorías tentativas de análisis, temáticas y series, afinando un guión para sacar nuevas fotografías. Analizo, en este capítulo, de manera sincrónica una selección de estos registros fotográficos y las nociones teóricas que ayudaron en este propósito, como son paisaje, materialidad y violencia normalizada y positiva.

En general esta tesis y en particular este capítulo tiene un respaldo digital que amplía la posibilidad de confrontar tanto los registros fotográficos como los productos audiovisuales que fueron elaborados con el ánimo de entablar diálogos con la comunidad; este formato digital consta de 8 secuencias fotográficas que representan una selección del registro fotográfico elaborado a lo largo de esta investigación (un total aproximado de 900 fotografías), las mismas que están compiladas bajo una categoría temática paralela o complementaria al desarrollo del texto escrito y que además fueron parte del material visionado por mis entrevistados y un grupo focal en El Edén<sup>30</sup>.

### **Paisaje: vínculos entre materialidad y relaciones sociales.**

---

<sup>30</sup> A parte de los registros fotográficos, en el respaldo digital se puede encontrar un ejercicio gráfico-dialógico y el producto audiovisual que resulto de éste, ambos titulados “¿sospechosos?”. Además, se debe mencionar, que como parte de los registros fotográficos se incluye un ejercicio dialógico (fallido) que consistió en pedir a la gente que había aceptado darme una entrevista o dejado fotografiarse, que titularan y comentaran libremente la imagen donde ellos aparecían; con este propósito se repartieron una docena de fotografías a las personas que aceptaron participar en la dinámica, algunos de sus comentarios constan en el formato digital adjunto, sin embargo en su mayoría, aun habiendo aceptado a participar en el ejercicio, muchos de mis colaboradores se retractaron, se mostraron renuentes a volver a concederme una entrevista o simplemente no los volví a ver.

La experiencia del espacio es un principio atado a los hechos de la existencia social y personal, que en buena medida se evidencian mediante el lenguaje que usamos para clasificar el espacio, la tecnología para producirlo y la ideología para pensarlo (Cf. Kuper 2007:247).

Los registros que se ofrece en este capítulo son, evidentemente, apenas fragmentos de la experiencia del espacio en el circuito barrial, sin embargo, hay un intento de dar cuenta diferentes planos de la cotidianidad en el espacio, de lo que la gente hace y dice, imagina y significa para justificar su producción, y de cómo esta producción y construcción social del entorno es alimentado por factores que se escapan a su voluntad y se ubican en la esfera de la planeación urbana.

Para este tipo de aproximación empleo la noción de “paisaje” como categoría que ata tanto lo concreto de la securitización del espacio urbano como las posiciones políticas y el comportamiento de la gente; para entender esta noción, en un primer momento debemos alejarnos de la asociación automática con la valoración estética y el acto placentero de contemplar algo “natural” (de elementos comunes y proporcionados entre sí) como se lo había usado (y se usa) en la terminología del arte; actualmente, las consideraciones sobre la mirada como un constructo cultural y el objeto de contemplación como un fluido inestable entre parámetros de belleza, grupos sociales y condiciones ambientales, hacen imposible pensar en el paisaje urbano en términos convencionales.

Un concepto ampliado de paisaje “ha sido usado por diversas disciplinas para atar fenómenos que parecieran distantes, pero que sin embargo, se vinculan en un horizonte común, posición que nos permite avanzar en un análisis que admita los factores de producción del paisaje y las percepciones del mismo como partes articuladas de la experiencia del barrio” (Cf. Alzate Gómez 2008:128)<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> En este sentido, puede ser relevante el concepto metodológico “mirada multifocal” expuesto en *On The Edges of Anthropology (Interviews)* por Clifford, como un punto estratégico para la observación y articulación de diferentes factores: económicos, políticos sociales en sus insospechadas conexiones; esta idea general se puede confrontar en p. 119 - 120. Una aplicación etnográfica podría considerarse la designación de “paisajes de poder” que hace Poole Deborah en “Visión Raza y modernidad” (1997) para llamar la atención sobre la vinculaciones entre representaciones fotográficas y las incursiones del poder colonial sobre el mundo andino, en distintas dimensiones (que van desde la posición corporal y las colecciones de imágenes domesticas, a la construcción de identidades nacionales, archivos históricos y construcción de imágenes de alteridad desde Europa).

El paisaje es un sistema holístico, porque es en sí una unidad; un sistema como un todo, no es un objeto sino una manera de ver el objeto, un fenómeno holístico es el producto de la interacción entre las partes. El espacio urbano [en cambio], es un sistema generador, por constituir un conjunto de partes y leyes combinatorias que generan muchas otras cosas, no es un sistema como un todo.

Ch. Alexander explica como un sistema generador no es la visión de una cosa única, es el conjunto de partes con normas que regulan el modo en que esas partes pueden combinarse: casi cada sistema como un todo [paisaje] se produce por un sistema generador (Ch. Alexander 1971:60 en Alzate Gómez 2008:130)

Alzate Gómez y el autor citado por ella, Ch. Alexander, son urbanistas interesados ante todo en discutir el paisaje como resultado de intervenciones urbanas y potencial generador de identidad visual al ambiente urbano, de ahí que tomo prestada su reflexión sobre el paisaje en la medida que sugiere que los ciudadanos son sujetos que perciben (espectadores del paisaje como un sistema visual) pero además son actores que transforman su entorno (practicantes del paisaje), transformaciones que no están libres de resistencia, puesto que la formación del espacio urbano pone ciertas reglas a los procesos relacionales y las formas con que se puede interpretar y practicar el paisaje.

No se debe estudiar el paisaje únicamente desde lo perceptual o aparente, ya que es fundamental comprender lo subyacente en él, aplicar el concepto de espacio visible que involucra dos tipos de sensibilidades del paisaje: lo funcional, que depende de las modificaciones del sistema generador, y lo visual, que resulta de las transformaciones de la imagen. (Alzate Gómez 2008:137)

En un voz más autorizada dentro de la antropología (pero que no contradice lo discutido) está Setha Low, para quién hablar de paisaje es intentar entender las inscripciones que hace la gente con su presencia sobre el espacio; “[es hablar] del reconocimiento y elaboración cultural de las propiedades percibidas del entorno en mutua constitución a través de narrativas y prácticas.” (2003:14).

Las posibilidades de “inscripción en el espacio con la presencia” son el punto central, en este debate, ¿realmente son posibles en un paisaje securitizado?, para sostener la existencia de dimensión coercitiva que aplica el paisaje securitizado en los movimientos cotidianos hay que entender uno de sus elementos constitutivos: la

materialidad, puesto que “[los objetos] determinan lo que sucede en la medida en que somos inconscientes de su capacidad para hacerlo” (Daniel Miller 1987).

Cuando hablamos de cultura material nos enfrentamos a la serie de relaciones que establecemos con los objetos que producimos, una lectura atenta sobre éstos nos arroja al campo de los hábitos sociales; dicho de otra forma, los objetos son la materialización de manifestaciones socio-culturales y por lo tanto, evidencia de las relaciones sociales y las prácticas de la vida cotidiana, y a la vez las construyen.

Al referirnos a la cultura material nos referimos a objetos ligados al devenir de los cuerpos; los cuerpos “son” en la vida social de acuerdo a los atributos obtenidos mediante sus posesiones materiales; sin embargo, estos objetos por sí solos no tienen valor inherente, es mediante una compleja red de relaciones (de producción, circulación, consumo, sacrificios y carencias) que los sujetos les adjudican usos y valores, les otorgan sentido por el cual compararse, diferenciarse, y establecer jerarquías en la vida social, los convierten en vehículo de expresión de su individualidad. (Appadurai. 1986 en Moreyra 2009:123)

La cultura como transmisión social de información tiene una dimensión pragmática, por medio de la información que recibimos es que interpretamos nuestra experiencia y guiamos nuestro comportamiento, los objetos pueden considerarse una unidad importante de este tipo de información en la medida que materializan los “hábitos” de sus usuarios; a esta conclusión sólo se puede llegar atendiendo “ la manera en que el objeto es puesto en práctica socialmente, de ahí que un estudio de la cultura material, o de la cultura a través de los objetos requiera el desarrollo de modelos de análisis dinámicos que permitan estudiar los objetos desde su relación con las personas tanto en un sentido colectivo como individual.” (Sanín. 2006:2)<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> Hábitos, en el sentido que los trata Bourdieu (1984): como la manera en que las personas incorporan las condiciones externas (también materiales) de existencia y por las cuales modelan sus actuaciones individuales o colectivas, es decir su práctica social. Bourdieu entiende el “habitus” como un principio generador de respuestas basado en un esquema de percepción, pensamiento y acción, es decir como una disposición de sentir y actuar de una determinada manera. Esto resulta particularmente revelador si recordamos a la Sra. Vásquez quien ha condicionado la posibilidad de entablar alguna relación o probar algún bocado de la gente que los expende a las calles cercanas a su barrio debido a su razonamiento, su percepción sobre la visualidad de la informalidad y la inseguridad.

Desde la perspectiva de Jean Baudrillard (1969, en Sanín 2006:3) se muestra la posibilidad de estudiar los objetos realizando un análisis desde dos enfoques: el primero, el técnico/tecnológico, desde el cual los objetos en su morfología nos muestran cómo la cultura se materializa, de acuerdo a lo que la gente hace y cómo lo hace (el objeto tiene una función), de acuerdo a lo que sienten y piensan (el objeto comunica) y de acuerdo a cómo están hechos los objetos (el objeto tiene una estructura).

El segundo es un enfoque psicológico/sociológico permite pensar los objetos como un conjunto de prácticas, preocupándose más por la forma en que estos son resignificados individualmente por sobre las leyes colectivas que los estructuran, uno de los resultados de este enfoque es la posibilidad de entender del porqué los objetos causan una satisfacción más allá de la satisfacción de las necesidades funcionales (Sanín. 2006:4).

Pero deberemos distinguir esa especie de “personalidad” que los objetos reciben en el cotidiano de su carácter coercitivo, adquirido en un sistema discursivo específico, connotado política y culturalmente (donde el objeto es más un dispositivo que un depósito de emociones)<sup>33</sup>, me explico: los estudios sobre cultura material se han centrado en entender los procesos por los cuales diferentes sociedades producen objetos para cubrir sus necesidades elementales y cómo en esos procesos los objetos terminan cargándose de una especie de “humanidad”. Sin embargo, Resulta necesario –también– entender los procesos por los cuales las estructuras sociales y discursos específicos son reproducidos e incorporados a través de los objetos que son puestos a disposición de las personas, ya sea por un imponente mercado, o por la lógica que dicta “el sentido común” en un contexto social y urbano dado.

---

<sup>33</sup> Pensemos directamente sobre la arquitectura para la fortificación como dispositivos, esto supone ver en ella una suma de tácticas de control del cuerpo y el alma que implican ciertas formas de aprendizaje y modificación de los individuos, lo que entendemos así por dispositivo: es “un conjunto decididamente heterogéneo que comprende discursos, instituciones, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales filantrópicas, [...la arquitectura de fortificación] el dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos” (Foucault 1991:128-29 en Bruno 2005:93)

Pensemos por un momento en el boom de la urbanización cerrada a cargo de la empresa inmobiliaria privada y estatal en la ciudad actual, además de haberse superpuesto sobre formas cooperativas de buscar, negociar y conseguir vivienda, han homogeneizado el modelo arquitectónico de los espacios residenciales justificándose en los problemas demográficos y la inseguridad, así, el ciudadano/consumidor acepta (de acuerdo a su condición y posibilidad) lo que parece ser el formato más viable de vivienda: la urbanización cerrada.

Piénsese también que en Quito el monitoreo 24 horas, como estrategia anti-delincuencial, que supone un aparataje de estrategias, hábitos, dispositivos e instalaciones concretas en el domicilio, llega a ser una tendencia, más que espontánea “amablemente impuesta” por empresas o instituciones como la Cámara de Comercio de Quito que entregan el servicio gratuitamente con el sólo hecho de asociarse ¿no es ésta una política alienante, donde el principal medio es el objeto como dispositivo, dentro de un mercado y universo de sentidos difíciles de evadir?

Ya sea desde un análisis morfológico, o desde un seguimiento biográfico a la producción, circulación y consumo del objeto, podríamos dar con esa dimensión coercitiva del objeto, una relación instructiva con el comportamiento social, es debido a esta dimensión del objeto que afirmamos que los objetos que producimos también nos producen, en una relación dialéctica.

### **Cerramientos y violencia normalizada.**

Hace unos días visité el jardín botánico de Quito, una especie de parque privado dentro de uno de los más grandes parques públicos de la ciudad, “La Carolina”. Un razonable costo me permitió pasear por un ambiente exuberante de orquídeas, arboles nativos, riachuelos y gozar de cierta exclusividad, en la medida de que el espacio se comparte únicamente con los visitantes que pagaron el boleto de entrada, al contrario de lo que sucede en el parque “exterior” donde la gratuidad significa gente abarrotada en torno a todos los servicios que ofrece las inmediaciones.

La tranquilidad al interior del cerramiento del parque botánico es celebrada por cualquiera que cuente con algo de “sentido común”, sin embargo, esta apariencia de tranquilidad es posible gracias al ejercicio de una violencia bien normalizada y materializada en el dispositivo concreto: el cerramiento impide la libre circulación y garantiza que no haya un cruce incomodo de miradas entre el exterior y el interior, segregación espacial legitimada (como dice el guardia) por ser la única manera de mantener cuidado las propiedades del jardín “si esto no costara nadie cuidaría”, lógica compartida por el Municipio quien concesiono este espacio público a manos privadas para su buen funcionamiento y mantenimiento; el cerramiento pone de manifiesto que “aquí usted no puede pasar” si su condición económica no lo permite, y que tal restricción tiene un fin “positivo” salvaguardar un bien común. Así un discurso con cierto grado de legitimidad se materializa en el cerramiento y se carga de una violencia simbólica que le es implícita.

Esta violencia se ejerce también hacia adentro del perímetro cerrado: en un paisaje diferenciado, en la calidad de su infraestructura, diseño y comodidades se impone una regla implícita “usted no puede improvisar sus movimientos”, letreros indicativos, áreas para sentarse y para caminar, y algunas prohibiciones para el correcto funcionamiento del lugar advierten de que usted no puede dejar una “inscripción con su presencia”, requisito que pedía Low para hablar de un paisaje de la vida pública urbana (2003:14), un ejemplo simple: un niño al borde del riachuelo, se agacha y se apresta a lanzar un puñado de piedras al agua, inmediatamente un guardia se acerca y le previene amablemente de que no puede hacerlo, (no parece haber más razón que guardar un orden pre-establecido: las piedras cumplen una función decorativa entre el borde del riachuelo y el camino) la familia se percata de la intención del niño, lo reprende y continúan su camino.

Así como la situación descrita en el parque pareciera ser una relación “normal” entre comportamientos y espacios específicos, en la ciudad actual un “saber ser” acorde al sitio y un “saber estar” en el sitio al que se pertenece, según las normas construidas en y con el espacio, podría ser el punto que dé partida a un análisis de la materialidad resultante de la securitización, ¿no son éstos, dispositivos que limitan las negociaciones

entre diferencias, que restringen inscripciones, y ejercen diversos tipos de violencia que generalmente son justificadas y tratadas como normales?



Figura 22-23-24-25-26. Veredas reducidas o suprimidas y un tramo de calle cerrada, alrededor de urbanizaciones cerradas de Amagasí.



Figura 27. Los muros de las urbanizaciones son ampliados generalmente con mallas metálicas o sistemas electrificados.

Coincidentalmente con el ejemplo del parque, el conjunto residencial a la izquierda en la fotografía se llama “Jardines de Amagasi”, sin embargo, su cerramiento no se camufla entre vegetación como ocurre en el jardín botánico; la pared de 2,45 metros, que restringe la circulación e impide la visibilidad, encierra un perímetro de 14 hectáreas dejando únicamente una puerta para el acceso de residentes y otra para visitantes, esta urbanización es una más de las aproximadamente treinta y ocho en el circuito barrial que presentan similares características de cerramiento, fragmentación del espacio urbano considerado ilegal por el municipio pero ampliamente tolerado<sup>34</sup>

---

<sup>34</sup> La construcción de un muro alrededor de una urbanización residencial es ilegal según la ordenanza municipal 413 artículo 71, donde se expresa “Accesibilidad al espacio público, los parques, zonas verdes, vías, parterres y demás espacios que tengan carácter de uso público no podrán ser cercados, amurallados o cerrados en forma que priven a la población de su uso, disfrute visual y libre tránsito, sin autorización municipal” (Ordenanzas Municipales, Registro Oficial del DMQ 2008:30); debe notarse que el documento (art. 67) indica también que los elementos del espacio público son constitutivos del mismo “los bienes de propiedad privada destinados al uso público y todos los elementos naturales o construidos que existan, se implanten o instalen en los bienes de uso público” (Ibíd.) y por tanto su libre uso debe ser garantizado lo que es particularmente sugerente si consideramos que algunas urbanizaciones como “Jardines de Amagasi” están provistas de amplias zonas recreativas y hasta una concha acústica para conciertos al aire libre en un barrio que carece de toda infraestructura de convergencia pública.

A estas reglas existen excepciones, justificadas por la figura legal sobre la propiedad del suelo: cuando se es condómino de un suelo y sus edificaciones, el municipio otorga permisos para cerrar el perímetro, siempre y cuando se garantice la visibilidad en los dos sentidos (de adentro para afuera y viceversa), las urbanizaciones no aplican a esta excepción por tratarse de conjuntos de lotes a manos de propietarios individuales, a quienes los asocia únicamente el hecho de que una misma empresa les vendiera el lote y sus propios esfuerzos por actuar como comunidad.



Figura 28. El muro de “Jardines de Amagasi” alrededor de un perímetro de 14 hectáreas.

El muro de la urbanización “Jardines de Amagasi” sobre la calle “Avigiras” corta el recorrido norte - sur que se puede hacer entre “La Victoria” “El Edén” y “Amagasi” la urbanización fragmenta el paseo impidiendo serpentear entre las calles como se lo hace en los barrios mencionados, llegar a la calle “Avigiras” supone rodear una manzana de 14 hectáreas. Los espacios inmediatamente externos al muro, son la vereda peatonal y la calle, y es común que en Amagasi, una urbanización cerrada colinde con otra similar resultando en la formula espacial: muro, vereda, calle, vereda, muro, si es que las veredas no han sido suprimidas (ver fig. 27).

Esta ecuación espacial ha hecho que alrededor de “Jardines de Amagasi” no existe actividad alguna, no hay comercio informal, ni movimiento que no sea el tránsito de los automóviles que entran y salen de las urbanizaciones cerradas, un peatón es una excepción, y es identificado rápidamente por los guardias de seguridad como un “visitante”, como un “foráneo” o un “sospechoso”, como pude comprobarlo más de una vez.

Quando un número de personas viven aisladas dentro de determinados límites espaciales [materiales y simbólicos], cada una de ellas llena, con su sustancia y actividad, tan sólo el lugar que ocupa inmediatamente, y lo que queda entre este lugar y el ocupado por el prójimo, es espacio vacío, prácticamente nada.” (Simmel 1986: 645)

Para el urbanista Oscar Newman (1972) ese espacio vacío del que habla Simmel representa una ventaja para el vigilante, Newman cuestionaba el anonimato que se produce en el encuentro de gente desconocida -sobre todo en condiciones espaciales inadecuadas- ya que, reduce las capacidades de vigilancia que los habitantes del barrio hacen sobre los posibles peligrosos (En Hillier y Sahbaz 2008: 61-94). Más allá, Charles Jencks haciendo un análisis de la misma ciudad, Los Ángeles, ve la heterogeneidad étnica como un problema constitutivo de la vida pública -“insuperable”- y diagnostica los espacios segregados como manera efectiva de mantener la violencia a raya (Caldeira 2001: 403).

Posturas similares ensayan los habitantes de “Jardines de Amagasi” al pensar la ciudad como un territorio a repartir con el fin de hacer más eficiente la tarea de defender las propiedades. Los espacios defendidos (física y simbólicamente) de los extraños y ajenos implican un replegamiento de la interacción social hacia un grupo definido y reducido (la comunidad de residentes). La seguridad es garantizada mediante el no contacto de los cuerpos.

El cerramiento, los carteles de advertencia, y algunos rasgos de diferenciación simbólica con el entorno circundante, crea la ilusión de distancia, provee de un ambiente en que los residentes no necesitan entrenar ese set de habilidades para socializar con extraños, habilidades indispensables en barrios más abiertos donde los encuentros aleatorios e inevitables deben hacerse más llevaderos. Estar cerca de los contornos o dentro de una urbanización cerrada implica la adhesión a un sistema de valores y comportamientos “[...] donde el cuerpo es el soporte, fundamental, del mensaje social proferido por el usuario” (De Certeau. 1984:14), usted debe ser paciente ante el escrudiño del vigilante antes de pasar, debe contener su curiosidad para no invadir áreas restringidas, debe estar siempre con sus documentos de identificación, debe aceptar sin más la video-vigilancia, controles que no son neutralizados por la

repetición y el reconocimiento entre habitantes y guardianía debido a la constante rotación del personal.



Figura 29. Reglamento de uno de los condominios cerrados ubicados en Amagás del Inca. En el cartel se lee: Identifíquese, Anúnciese; Aguarde que su ingreso sea autorizado; Entregue su cedula de identidad o licencia de conducir; Porte en un lugar visible la identificación de visitante; Parquee su auto en el área autorizada con el frente hacia fuera; No deambule por áreas no autorizadas; Para sacar cualquier artículo necesita una guía de tránsito; No puede portar armas de fuego o blancas; Al salir retire su cedula y entregue la identificación; Al salir firme el libro de control; Colabore con el personal de seguridad; Recuerde, está siendo videograbado y monitoreado.



Figura 30



Figura 30-31-32-33-34. “Jardines de Amagasi” es una excepción entre los proyectos inmobiliarios que bautizan sus conjuntos habitacionales con nombres que poca referencia hacen al lugar de su asentamiento: “Conjunto Habitacional Biltmore”, “Versalles”, “El Escorial”, “Ager”, “Jardín Residencial EntrePinos” o “Conjunto Residencial Princeton” son algunos de los nombres que subrayan una identidad diferente a la del lugar en donde se emplazan, una “no pertenencia” a la continuidad de la ciudad, tales nombres apuntan a disociar el conjunto habitacional de las connotaciones (históricas, étnicas, económicas) y problemáticas que pudiera tener el sector y que pudieran representar algún reparo en sus potenciales compradores. Algunos de los letreros que cuelgan de las fachadas de proyectos inmobiliarios en proceso de construcción refuerzan este tipo de diferenciación, allí se pueden leer frases como: “Amplias Áreas verdes, acabados de lujo, Salón comunal. Nos inspiramos en tus sueños”; “Le Chalet, su paso a la exclusividad”; Soñar...que construyes una familia” las frases siempre acompañadas de radiantes sonrisas, cabellos rubios y como es el caso de esta imagen un insólito paraje otoñal.

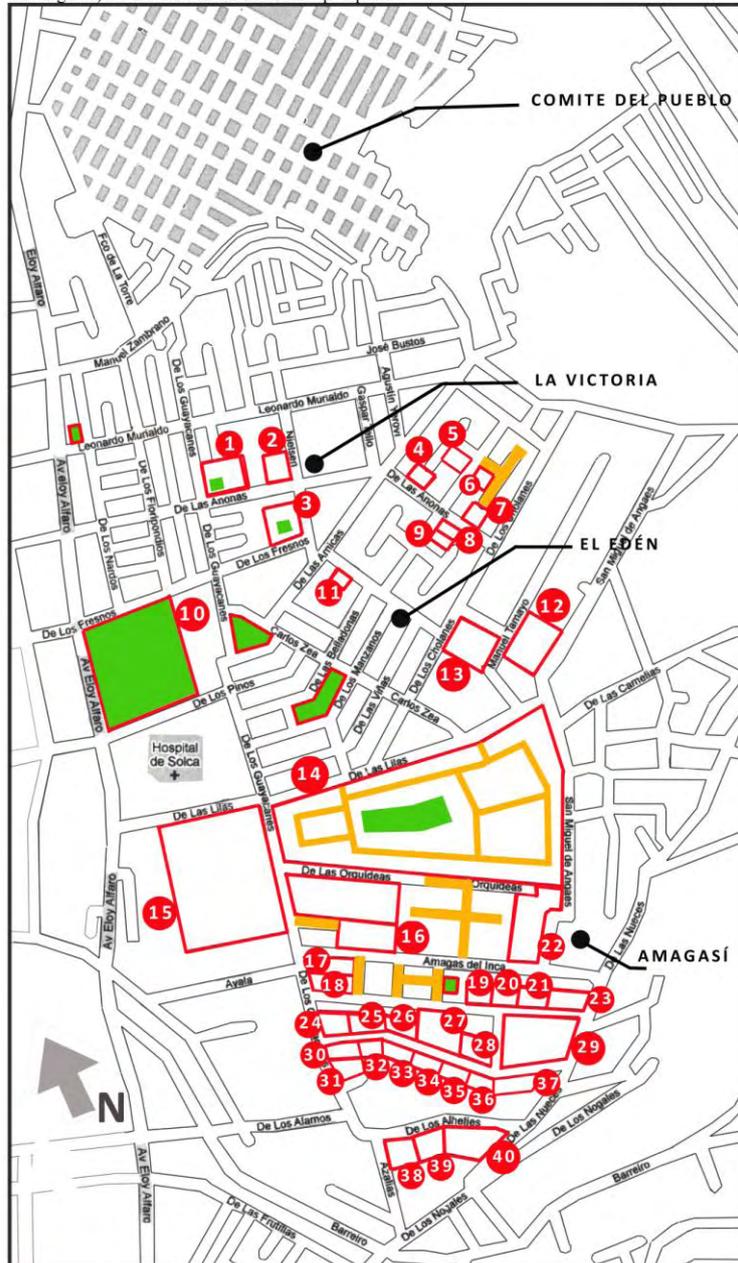
Los residentes de “Jardines de Amagasi” están un tanto ausentes de la problemática del espacio vaciado en torno a la urbanización, la totalidad de sus habitantes se trasladan en una burbuja (automóvil) que les quita perspectiva sobre el espacio vecinal y público, no sienten la necesidad de veredas ni tienen problema alguno en rodear la cuadra de 14 hectáreas que ocupa la urbanización; cuando permanecen dentro de las instalaciones gozan de servicios e infraestructuras necesarias para abastecer sus necesidades básicas de sociabilidad y recreación, aunque la administradora de “Jardines de Amagasi” indique que los habitantes prefieren abandonar la urbanización hacia lugares de esparcimiento menos rutinarios (1:2009).

El caso de un sujeto visitante o residente del barrio abierto, es un tanto diferente, impedido de acceder a estos lugares que de una u otra forma proveen de una mayor calidad de espacios “públicos”, debe asegurarse rápidamente un destino (su casa, o la casa de un amigo) puesto que la falta de veredas, la restricción de horarios para ocupar parques públicos, la ausencia de plazas, la idea de mayor peligrosidad en territorio no custodiado por guardias privados, y en general un paisaje fragmentado por muros y ausente de estancias gratuitas para el ocio, hacen de su paseo por el barrio un acontecimiento a evitar. La gente del circuito barrial ya sea que viva dentro de urbanizaciones cerradas, o en viviendas unifamiliares en el barrio abierto intentan llegar directo a la privacidad de sus casas; si pensamos que la incomodidad que ocasiona el espacio público tiene algo que ver con los factores violentos que lo estructuran, debemos puntualizar que estos factores sobre caen de forma más evidente en el peatón, el visitante, el que está fuera de los muros.

### **Fortificar espacios de la cotidianidad.**

En el recorrido realizado, existen más evidencias de dispositivos de seguridad instalados de forma colectiva o a título personal, siendo los primeros los que se reproducen de forma casi automática, debido a que no hay una demanda ni un debate claro previo a su instalación: la contratación de una empresa de seguridad privada -por ejemplo- es ya un hecho naturalizado con el pago de una alícuota dentro de un condominio, no se necesita poner de acuerdo a nadie; la instalación de vallas electrificadas y hasta el cerramiento de un pasaje sin salida, son decisiones generalmente de grupos minoritarios que “representan” los intereses comunitarios, y que terminan siendo consentidas al ser consideradas acciones que no afectan a nadie más que a los “amigos de lo ajeno”. A continuación examino algunos de los dispositivos más relevantes para el circuito.

Figura 35. Condominios y urbanizaciones amuralladas; calles y áreas recreativas de acceso restringido en el circuito (La Victoria, El Edén y Amagasi). Fuente: elaboración propia.



- 1 Alhambras del Edén; 2 Sin Nombre (SN); 3 ?; 4 SN; 5 Torres Daniela; 6 Praderas del Edén; 7 SN; 8 Ls Girasoles; 9 SN; 10 Complejo recreativo de la Aviación Civil; 11 Los Trigales; 12 y 13 En Construcción (EC); 14 Urb. Jardines de Amagasi; 15 Embajada de los EEUU; 16 Colinas de Amagasi (EC); 17 Anger; 18 EC; 19 EC; 20 Habitat; 21 Melinda; 22 El Escorial; 23 SN; 24 EC; 25 Anger 2; 26 EC; 27 Versalles; 28 Altos de Marbella; 29 Parque residencial EntrePinos; 30 Habitat 2; 31 Biltmore; 32 Anger 3; 33 Hbitat 3; 34 Colmenar Viejo; 35 Princeton; 36 EC; 37 Kaya; 38 El Muró; 39 y 40 Sin registro.

*Puertas y Portones: entre el desuso y la normalización de la guardianía*



Figura 36. La guardianía acompañada de una iconografía de la seguridad le da al paisaje una serie de rasgos gráficos caracterizados por la estética militar, la mayoría de las ocasiones acompañada por porteros eléctricos, citófonos, cámaras de video, puertas eléctricas, luces detectoras de movimiento, espejos convexos, compartiendo espacio con carteles de advertencia hechos caseramente o con otras imágenes que además de ser estrategias objetivas de disuasión poseen una dimensión mágica: conjuran el miedo y exorcizan la propiedad del posible delito, como en el caso de esta puerta en El Edén.

La instalación de puestos de vigilancia es una iniciativa que está entrando en desuso para los sectores económicos populares (representados por La Victoria y El Edén) que antes se atrevían a costear el servicio de guardianía evadiendo algunas normas tributarias y leyes laborales, en cambio para un sector más acomodado de la población, la guardianía privada se naturaliza al funcionamiento de la vida cotidiana, este es el caso de Amagásí del Inca, donde los puestos de vigilancia son incorporados al diseño de las urbanizaciones amuralladas e incluso las viviendas al interior cuentan con un monitoreo de contrato individual, “es parte de una cultura de la seguridad”, según la administradora de “Jardines de Amagásí”, quien equipara el monitoreo residencial con

un seguro de salud, un seguro de accidentes para el automóvil, o el transporte escolar para los hijos.<sup>35</sup>



Figura 37, 38, 39. Muestra viviendas unifamiliares ubicadas en Amagás del Inca que ha incorporado a su fachada puestos de vigilancia bajo contrato de empresas de seguridad privada. Las características de estos puestos son uniformes para las demás urbanizaciones cerradas del sector: Stickers y carteles que anuncian el nombre de la empresa de seguridad contratada, vidrios blindados ahumados o semi-ahumados, aparato intercomunicador. La guardianía generalmente comparte espacio con otros dispositivos de seguridad, como alambradas electrificadas y video-vigilancia.

<sup>35</sup> La administradora y residente de La Urbanización Jardines de Amagás, aceptó concederme una entrevista reservando su nombre, a pesar de la orden directa que recibiera del presidente de la directiva de la urbanización que prohibía mi acceso a las instalaciones y que se me diera cualquier declaración. Al parecer él ve una amenaza para la urbanización el reporte que pueda emitir un investigador de FLACSO, entidad -a su decir- vinculada a los intereses del gobierno actual, “el gobierno no ha hecho más que incrementar los resentimientos sociales [...] se promociona un odio a los que tienen más, usted me entiende, puede que suene exagerado, pero por ahí va la cosa” (Administradora Urb. J. A. 1, 2010).



Figura 40. Amagás del Inca es un sector altamente fragmentado ya sea por el amurallamiento de las urbanizaciones o por los portones colocados en las calles por pequeñas directivas que operan reducidas a su calle o a la manzana. Las intersecciones de estas calles cerradas son otro lugar donde se ubican puestos de vigilancia privada.

La mayoría del servicio de guardianía en Amagás del Inca está operando dentro de una empresa legalmente instituida y motivada por la ley que entró en vigencia hace dos años dedicada a regular tal actividad y prohibir el uso de personal no calificado y la ubicación de sus puestos sobre la vía pública, son pocos los casos en Amagás del Inca donde aún se encuentra puestos de vigilancia en la vía pública y los que existen están resguardando una calle que ha sido cerrada<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> El 17 de Julio del 2008 se implementó el “Reglamento a la Ley de Vigilancia y Seguridad Privada” que sin duda marcó un precedente importante en cuanto a regular la tenencia de armas y el uso de espacio público por empresas privadas de seguridad y la informalidad y capacitación de los guardias. Pero, por otro lado, de manera indirecta se ha impulsado el negocio de la seguridad, especializando y cotizando tales servicios.

Tales condiciones han propiciado el apareamiento de nuevos actores en el campo de la seguridad; es el caso de La Cámara de Comercio de Quito (CCQ), la misma que se asociara al Municipio de Quito con el fin de co-financiar el “Plan Seguridad” después de la negativa en el 2002 del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para hacerlo; los otros dos financistas de dicho plan son: 1. La misma población mediante la tasa de seguridad, 2. La Policía Nacional (Cf. Pacheco 2006: 98-121); hoy por hoy la CCQ oferta un plan completo de seguridad privada a socios y ciudadanía por igual.

Preocupa que los intereses económicos representados por las Cámaras de Comercio y sus acciones institucionales influyan políticamente en cómo se enrumba el tratamiento de la seguridad en la ciudad,

Tales regulaciones son la causa de que en El Edén y en La Victoria se haya optado por prescindir del servicio de guardianía, los cortes de las calles mediante cadenas que guindan de esquina a esquina también fueron removidos ya que el guardia era el encargado de alzar y bajar la cadena dando acceso a los automóviles, identificando a los visitantes, a los residentes y deteniendo a los extraños, sin ellos la labor se convierte en una incomodidad para quienes van en auto. Cuando los guardias eran más populares en barrios como El Edén y La Victoria eran puestos en lugares donde había ocurrido un delito a la propiedad y su estancia en el lugar era estable cerca de un año

[...] ya después que pasaba el susto, la gente comienza a olvidarse de las cuotas, de lo que éramos diez familias -al principio- que aportábamos, poco a poco íbamos quedando menos, luego ya se convertía en un gasto pagar un guardia de \$200 entre cuatro familias. [...] la impuntualidad de la gente con las cuotas se llama falta de solidaridad, si todos fuéramos solidarios un guardia no sería mayor gasto y el beneficio es para todos [...] Así es la gente, espera que pase otra vez [un delito a la propiedad] para reaccionar (Bravo 1, 2010)<sup>37</sup>

El cometimiento de un delito a la propiedad fue la piedra angular de la organización barrial según éste y otros vecinos de “La Victoria”, la guardianía fue vista como la estrategia disuasiva más efectiva pero coinciden en que, actualmente, es difícil considerarla por ser un servicio costoso y que ha acarreado muchos problemas entre los vecinos por la falta de cumplimiento de los acuerdos económicos.

Cuando se debe prescindir del servicio de guardianía entran otras estrategias más cooperativas, pero la simulación de que se cuenta con este servicio también es considerada un elemento disuasivo eficiente, o por lo menos eso he concluido después de revisar la recurrencia de domicilios que portan insignias de empresas de seguridad

---

hay que tener en cuenta que el presidente de La Cámara de Comercio de Guayaquil, Eduardo Maruri fue promotor de la “Marcha Cívica del 26 de Enero del 2005 por demanda de seguridad” que culminó con la declaratoria socialcristiana de estado de emergencia; en Quito, su similar Blasco Peñaherrera Solah después de las populares incursiones en la gestión y co-financiación del “Plan seguridad” para la capital, declaró: “se está trabajando e intentando suplir lo que el estado no ha podido hacer” (En “El Norte”, Diario Regional Independiente 16/Abril/ 2010) y anteriormente ha debido declarar varias veces que no está persiguiendo puestos políticos. (En Revista Vistazo 17/Febrero/2005).

<sup>37</sup> Patricio Bravo junto a su familia llevan viviendo en La Victoria cerca de 30 años, empleado público y disciplinado conocedor del barrio debido a sus entrenamientos deportivos, dice haber dejado el tema de las soluciones comunitarias para el problema de la seguridad ya que no se logra mínimos acuerdos.

que han sido adulteradas o que se encuentran deterioradas dando señal de contratos caducados, la fotografía que definió esta conclusión la exhibo a continuación (fig.41):



Figura 41. De todas las viviendas que portaban insignias deterioradas o adulteradas y que generalmente se ubicaban en barrios de menor capacidad adquisitiva podríamos dudar de la veracidad de sus contratos con empresas de seguridad privada, pero a falta de pruebas concretas no tenemos opción de guardar la especulación; sin embargo, la fig. 41 me dio motivos para replantear la duda: ¿Es posible confiar en la veracidad del contrato privado para la seguridad exhibida mediante una insignia en la entrada de una entidad pública (como es el caso de este centro de salud ubicado en La Victoria)? ¿Son las instituciones estatales consumidores de este tipo de servicios privados? yo me aventuro a dudar de esto y considerar que la falsificación de insignias de seguridad se ha convertido en una estrategia más de disuasión en los barrios del “circuito”

Figura 42. Ruina de un cerramiento. Este poste metálico a la entrada de un callejón sin salida en La Victoria (residencia de Bravo), es lo que quedo del proyecto de cerrar la calle y poner un guardia, actualmente algunos moradores dicen querer retomar la iniciativa, sin embargo las regulaciones implementadas por el “Reglamento a la Ley de Vigilancia y Seguridad Privada” han descartado tal opción debido a los altos costos que alcanzan hoy la contratación de una empresa de seguridad legalizada.



Figura 43. Ruina de un puesto de vigilancia en la parte posterior de un taller automotriz en “La Victoria”

Para la gente que no puede costear un guardia privado, una de las soluciones ha sido la organización comunitaria en contra de la delincuencia, recordemos que El Edén y La Victoria (en menor medida) crecieron gracias a una fuerte cohesión social marcada por la autogestión de sus principales necesidades, la organización y las directivas de estos barrios fueron un ente mediador entre la comunidad y las autoridades estatales.

Estas características que no son exclusivas de los barrios periféricos fueron aprovechadas por las entidades competentes sobre temas de seguridad como la Policía Nacional y el Municipio de Quito, la primera puso en marcha el plan “Brigadas Barriales” en 1996 debido a la falta de personal que sufría, lo que significó un adiestramiento de la población civil para convertirlo en un punto de apoyo policial dentro de las labores de patrullaje, el empoderamiento de una actitud policial por parte de los civiles y el uso ilegal de armas ha ido desprestigiando este tipo de organización al punto de que actualmente una brigada barrial está relegada a actividades de veeduría y control de los recursos asignados a los Puestos de Policía Comunitaria. (Ver Dammert y Estrella 2009:119).

Por su parte el municipio ha impulsado el “Comité de Seguridad” como organización que articule la discusión de la comunidad con las autoridades municipales, teniendo un concepto más abierto de seguridad que abarca violencia intrafamiliar, primeros auxilios y desastres naturales. (Ver Dammert y Estrella 2009:119)



Figura 44



Figura 45



Figura 46



Figura 47



Figura 48

En las tres primeras fotografías: las tres sirenas, parte del sistema de alarma comunitaria alrededor del parque El Edén, gestionadas por el Comité Pro-Mejoras del barrio; la Figura 41 y 42 insignias domiciliarias y carteles de advertencia fabricadas por los moradores de la calle “Los Guayacanes” En El Edén, insignias como esta se ven en no más de seis viviendas contiguas.



Figura 49. Carteles de advertencia, gestionado por una de las organizaciones del barrio La Victoria.

Esta especie de apuesta que hacen las políticas públicas sobre la participación ciudadana han marcado un esquema que se ha reproducido fuera de la mirada de las autoridades, ahora es fácil encontrar una organización barrial que se plantea discutir temas de

seguridad, que coloca insignias en las ventanas de sus asociados, que cierra parques y calles o que patrulla el vecindario sin ninguna preparación, estas organizaciones están lejos de ser un eje de comunicación de la comunidad con las autoridades; por el contrario la convivencia de más de dos organizaciones en un mismo territorio provoca una fragmentación social y espacial a causa de los conflictos de poder que se dan entre ellas<sup>38</sup>.

Un ejemplo claro de esto lo encontramos en la pugna por competencias que marcó la gestión de Cisneros (actual presidente del comité pro-mejoras del barrio el Edén) y la desaparecida “Directiva del barrio El Edén” la misma que estuvo conformada exclusivamente por ex miembros de la cooperativa “Cabo Minacho” razón que terminó desacreditándola, pero hasta que esto ocurriera ambas organizaciones barriales gestionaban métodos para combatir la delincuencia incomunicadamente y tratando de ganar adeptos entre los moradores. Mientras unos gestionaban con el municipio la implementación de un Puesto de Auxilio Inmediato, otros mandaban a imprimir letreros metálicos que disuadían sobre una ficticia organización barrial, mientras unos instalaban alambradas electrificadas en sus viviendas, otros acordaban cantidades económicas como donación a la Policía a fin de ganar cierta preferencia. Al respecto, Cisneros dice:

Como comité, pasamos buen tiempo buscando apoyo para instalar algún tipo de seguridad para el barrio, primero intentamos gestionar unos rótulos con los de KIWI [supermercado ferretero], pero se desentendieron del asunto, [...] finalmente con el UPC se logró una alarma, ahora hay tres sirenas colocadas en lugares claves del barrio, ya hicimos un simulacro y estamos por hacer otro. [...] esto marca una diferencia con lo que se había hecho antes [refiriéndose a la construcción de la garita empotrada en el parque del barrio] antes de que se conformara el comité pro-mejoras, la directiva del barrio era la que le pagaba al guardia, el guardia como es natural “disque” cuidaba

---

<sup>38</sup> En Quito únicamente el 37.7% de los hogares en la ciudad dice estar organizada en temas de seguridad bajo el perfil de las organizaciones promovidas por el Estado (Ver Vallejo 2008:5), esta estadística debe ser revisada tomando en cuenta que el Estado ha intentado transmitir técnicas y estrategias de seguridad ciudadana, dando por sentado que las organizaciones pre-existentes en cada barrio representan o tienen la capacidad de aglutinar a los moradores y que estos son afines entre sí al compartir la vecindad. Pero debemos suponer que una cosa es mancomunar esfuerzos espontáneamente bajo una necesidad colectiva como construir infraestructura del barrio y otra es igualar las percepciones de inseguridad a fin de comprometer a rondas nocturnas a toda la comunidad.

el parque y las cinco casas de los miembros de la directiva (Cisneros 2, 2010)

Hay que aclarar que los límites de El Edén para el comité pro-mejoras están bien definidos: al norte la calle “Los Pinos”, al sur “Las Lilas”, al este “Cesar Terán López”, y al oeste “Los Guayacanes, que si se revisa el mapa, estos límites comprenden únicamente las viviendas inmediatamente asentadas alrededor del parque del barrio y son las que Cisneros entiende como barrio El Edén y como beneficiarias de la alarma comunitaria. Por su parte, Patricio Bravo dice:

nosotros tuvimos un incidente en esta calle (Guayacanes y Anonas), pero hasta que se ponga de acuerdo la directiva [Plan La Victoria 3] comenzamos a rotular la calle con advertencias, por la misma sugerencia de la Policía”; Juan Coronel (ex-presidente de la directiva Plan La Victoria 3) explica: “nunca se alcanzó ni a juntar a la gente ni a coleccionar el dinero suficiente para una alarma comunitaria que funcione para todos, entonces se puso la alarma en este pasaje, que éramos los que constantemente estábamos y aportábamos.(2:2010)

La organización barrial, ya sea en la figura de alarma comunitaria o brigada barrial fue directa o indirectamente sugerida por entidades públicas, por lo que hay que tener en cuenta que tal promoción de “participación” adquiere un tono disciplinador ya que el ciudadano a manera de infante es predispuesto a entender el problema de la inseguridad de acuerdo al conflicto presentado por la autoridad y espacialmente reducido a su barrio<sup>39</sup>.

Esto acarrea cierta dependencia y riesgo de intervención política sobre los ciudadanos que yo mismo, en una investigación realizada en el mes de Noviembre del 2009 en la ciudad de Cuenca, comprobé: en las sesiones de brigadistas, los ciudadanos eran sujetos movilizados para reclamar mejoras en las condiciones laborales de los policías -y más grave aún- influenciados para ejercer presión sobre el Consejo de Seguridad Ciudadana (CSC)<sup>40</sup> -entidad regidora de las políticas urbanas de seguridad en esta ciudad- para forzar elecciones adelantadas y proponer a un Coronel de la Policía como próximo presidente de dicho consejo. Este tipo de agenciamiento se da dentro de

---

<sup>39</sup> Para un aberrante caso de disciplinamiento y despolitización de la mirada ciudadana sobre la gestión del gobierno local de Guayaquil y su concepto de participación ciudadana ver Andrade, X. 2006

<sup>40</sup> El CSC está conformado por representantes de la Gobernación, Alcaldía, Prefectura, Fiscalía, Cámara de Comercio, Policía y Derechos Humanos.

una supuesta neutralidad del trabajo conjunto (comunidad-policía) para la seguridad y sería imposible sin el esquema de la “participación ciudadana”.

En el caso que compete a El Edén, las cuotas para solventar gastos de telefonía celular y gasolina son un rubro mensual que cubre el comité pro-mejoras del barrio, rubro que se cubre con agrado por los dirigentes, quienes ven en esta situación una relación de “amistad” con los oficiales y además una razón para exigir con más firmeza que los patrullajes sean visibles.

Ahora bien, la fortificación de los barrios del “circuito” se puede revisar más vívidamente enfocando lo que cada propietario de vivienda ha construido para sí, una respuesta espontánea e individual para cuidarse del crimen -en muchas maneras- es más factible y menos desgastante que adherirse a las discusiones y proyectos colectivos, puesto que la organización barrial es llevada a cabo por gente que de una manera u otra desempeña un rol de voluntarios y servidores sociales no remunerados, al que no todos están dispuestos.

Muchos de mis entrevistados supieron confesar que sus dispositivos de seguridad son una alternativa a la que acuden debido a la sensación de que poco o nada la organización barrial representaba para ellos una garantía de seguridad personal; ni dispersar la congregación de “sospechosos” de los parques, ni la instalación de alarmas comunitarias, son estrategias que impidan una agresión a sus viviendas, la esperanza en la acción que el estado implemente contra la inseguridad tampoco es un factor que se cuente.

Por tanto, las iniciativas individuales para fortificar la vivienda son el conjuro y la materialización del miedo que puede verse por doquier: desde Amagásí del Inca, donde una de sus habitantes (Vásquez) dice gastar \$250 que representa el 14% de sus ingresos mensuales (personales) en mantener su vivienda monitoreada con los aparatos de última generación, dar una propina al guardia de una urbanización cercana “para que eché un ojo a su casa” y pagar un guardia (informal) en su lugar de trabajo; hasta La Victoria y El Edén, donde sus habitantes improvisan con vidrios cortados, alambradas

de púas y electrificadas, extensiones de muros y rejas. Los dispositivos de seguridad son vistos como una “necesidad a la que no queda más que resignarse”.

La bitácora visual que se ha llevado, ha ido recogiendo datos que he leído en el marco de mi postura teórica y crítica, en este ejercicio (no -neutral) he intentado esforzarme por desnaturalizar mi propia mirada ante objetos del paisaje que parecieran no estar ligados al tema securitario pero que sin duda lo cargan de sentidos (recuérdese la diferenciación de identidad espacial ejercida mediante letreros y pequeños hitos que se usan para nombrar a las diferentes urbanizaciones). A través de extensas notas acompañando las fotos he intentado ser convincente ante el lector de lo que creo es el ejercicio de una violencia considerada positiva y materializada en el paisaje.

Sin embargo, la tensión recurrente entre lo que “objetivamente” muestran las imágenes fotográficas y lo que significan, entra en su punto más álgido cuando son mis entrevistados quienes comentan su retrato y algunas fotografías; así, lo que para mi eran evidencias de las abismales diferencias económicas entre habitantes del sector, o la constricción de la gente en espacios hiper-controlados, adquieren sentidos distantes a los míos. En este sentido, la securitización del entorno figura como un código dissociado de la calidad de vida social y de una esfera pública deteriorada, dando paso para preguntarnos ¿qué tipo de procesos se han dado a nivel barrial, para que esto ocurra? cuestión que desarrollo en el siguiente capítulo de la mano de las personas que están trabajando activamente por la seguridad de sus barrios.



figura 50. María Augusta Vásquez, activista por la seguridad del parque de Amagásí y moradora de este barrio responde a su retrato: “Mi foto me parece una casa normal, me inspira seguridad, la parte externa,

me indica que la casa es grande y pido a Dios que pase desapercibida para los ojos de la gente mala, que pueda tener feas intenciones y para la gente envidiosa, que también puede hacer algo malo” (2:2010)



Figura 51. Retrato de la familia Maldonado, residente del conjunto habitacional “Alhambras del Edén” (en La Victoria), sobre esta imagen familiar la señora ensaya una reflexión (que se puede leer en extenso en el archivo adjunto), en ella expresa un cúmulo de alegorías a la fortaleza que provee la familia para enfrentar la vida misma, en una entrevista previa, el señor se refiere a su situación en el barrio como “afortunada” debido a cierta tranquilidad (provista por el espacio cerrado del condominio) (1:2010).



Figura 52. Fotografías de la residencia del Sr. Tello desistidas de ser comentadas.



Figura. 53-54-55. Esta pareja de pequeños comerciantes en El Edén, después de revisar algunas de las imágenes como las que se aprecian en las figuras 15, 16 y 17 (abajo) me entregaron la siguiente reflexión; cabe señalar que al igual que en el caso de la familia Maldonado (Fig.4), la mujer ha sido la autora del texto.

“El Negocio Familiar: A base de esfuerzo se construye el negocio familiar y al pasar de los años, estos se consolidan brindando un futuro estable a quienes dependen de ellos. Don Carlos y Doña María Rene, tienen cerca de 20 años su bazar-papelería en el sector de El edén ofreciendo un buen servicio a su comunidad. En base a su negocio familiar han podido sacar adelante a sus hijos, esperamos seguir contando con este servicio durante largo tiempo.”

#### **Capítulo IV**

### **Organización barrial para conjurar el miedo al crimen: estrategias, posiciones y justificaciones ante el paisaje securitizado.**

Este capítulo está directamente enlazado al anterior en la medida de que el reconocimiento del paisaje securitizado sigue siendo el centro del análisis, con la diferencia que esta vez intentaré que sea la gente (los residentes) los que ensayen sus posturas ante lo producido. Para dicho efecto he elegido manejar los testimonios de los que consideré actores principales en cuanto a la gestión de seguridad en la localidad debido a su gran actividad y capacidad de convocatoria que ponen voluntariamente al servicio de su comunidad.

Realizo una mirada general sobre las estrategias de organización colectiva para la seguridad en el circuito barrial, las mismas que causan resistencia o rotunda aceptación en la comunidad, pero que sin duda transforman radicalmente el paisaje urbano y las relaciones sociales. Se podrán distinguir dos casos: el primero, bajo el título de “Parques Cerrados” donde me refiero a una organización coincidente en los tres barrios del circuito para vigilar, controlar y cerrar el uso de espacios públicos. El segundo es una síntesis de las discusiones que se han hecho dentro de grupos focales y en entrevistas profundas en torno al crecimiento de los cerramientos y las medidas de seguridad impulsadas por algunas directivas de conjuntos habitacionales privados.

Partamos recordando que “El Edén” comenzó como una cooperativa para la gestión de vivienda llegando a aglutinar 295 socios que lograron legalizar su propiedad ante el Municipio como “Urbanización Cabo Minacho” entre 1975 y 1980. Bajo tal figura legal La municipalidad no se ve obligada a contribuir con ningún aporte de infraestructura, la autoconstrucción de la urbanización significó para este grupo de gente desde cavar los surcos para los sumideros de agua lluvia hasta comprar y parar los postes donde posteriormente la empresa eléctrica montaría el cableado; el alcantarillado, el alumbrado público, el adoquinado de las calles y la construcción de bordillos para las veredas peatonales fueron producto de la autogestión económica y en buena parte del trabajo comunitario de los habitantes, todo esto a orgullo de sus moradores quienes

añoran aquel tiempo como una época de emprendimientos solidarios basados en sueños y necesidades, enmarcados en una “planificación racional del suelo”<sup>41</sup>.

Como se ha señalado, el desarrollo urbano de los sectores aledaños al Edén no fue uniforme, las compras de terrenos a título personal, los pequeños especuladores y la conformación de cooperativas de diferente proporción, hizo de La Victoria un barrio sin un centro de confluencia común, de crecimiento urbanístico lento y menos planificado; Amagásí por su lado, representa un caso particular a los anteriores ya que su paso de terrenos agrícolas a terrenos de alta plusvalía, acaparados por medianas empresas inmobiliarias no dejó espacio para que se produzcan los vínculos y conflictos que convencionalmente se asocian al crecimiento de un barrio, su población se aglutina dentro de conjuntos o urbanizaciones cerradas, sus actividades productivas y sociales - en su gran mayoría- se realizan fuera del sector.

El sentido de este párrafo puede ser graficado con el testimonio de un habitante de La Victoria y uno de Amagásí: Juan Coronel, ex dirigente de la cooperativa “Plan Victoria tres” Se refiere a su trabajo con la expresión “he arado en el mar”

la gente aquí es muy difícil, la gente llegó hizo su casa y se olvido del mundo, muchos ya ni saludan [...] hubo gente que estuvo solamente hasta que logramos legalizar las escrituras y desaparecieron del mapa, ahí han quedado botados esos terrenos, [...] nunca se pudo concientizar sobre la importancia de ahorrar algún dinerito para arreglar las cosas, y a la medida de que iba llegando más gente, se iban armando por todo lado los grupitos que querían hacer a su capricho las cosas, hasta ahí, no más, dije yo (Coronel 1, 2010).

En Amagásí del Inca (urb. Las Orquídeas), la señora Vásquez da un testimonio que indica una frágil interacción con el sector donde habita: “Yo vivo aquí, este es mi

---

<sup>41</sup> Los entrevistados aluden a una “planificación racional del suelo” conscientes de que en el sector es el único emprendimiento urbano popular que consideró dejar suelo libre para la construcción de un parque y una casa comunal, además la división del terreno en lotes que superan los 150 m2 es visto por los moradores como garantía para la construcción funcional de la vivienda, este criterio –nuevamente- es puesto en relevancia en comparación a la lotización de El Comité del Pueblo cuyos lotes son de 50 y 80m2 que para la densidad poblacional ha significado una situación crítica de hacinamiento (Ver Araneda 1980:97)

castillo, me encierro y no me gusta que me molesten ni que me invadan mi privacidad, de eso es de lo que vine huyendo, de las vecinas entrometidas y las tacitas de azúcar”. Al preguntar sobre las actividades de sus hijos para despejar la posibilidad de que su actitud esté determinada por una condicionante generacional (en términos de convencionalidades sociales) responde:

Mis hijos estudian en un colegio...no le puedo dar esa información, usted entiende es por seguridad, lo que le puedo decir es que es cerca de la casa. [...]Pero no, nada que ver, ellos hacen su vida social con sus amigos, salen, van al cine, al gimnasio, no sé, no podría decir que hacen su vida social en el barrio (Vásquez 2:2010)

Es así como mientras la gente de la cooperativa “Cabo Minacho” (El Edén) se reconocían mutuamente e inevitablemente como vecinos, obligados por un trabajo común, en La Victoria, y, más aún en Amagás del Inca, la gente se mantenía al margen de las agrupaciones, su organización era eventual y específica según lo demandara el caso, tal diferencia en la historia de la organización barrial de los sitios que conforman el “circuito” de estudio repercutió en la conformación espacial de los mismos y en la forma y el nivel de participación que actualmente sus moradores emplean para afrontar temas de interés común como lo es la “inseguridad”

Con estos antecedentes, analizo la organización barrial para conjurar el miedo al crimen, y lo hago concentrándome en la auto-adjudicación administrativa que hace el Comité Pro-mejoras sobre el parque de El Edén. Y por último, y a manera de conclusión de esta tesis, elaboro una síntesis en torno a las discusiones sobre seguridad llevadas a cabo dentro de un grupo focal en el barrio El Edén (donde pude dialogar y exponer la totalidad de mis registros y productos visuales), y dentro de dos conjuntos habitacionales cerrados en La Victoria y Amagás del Inca (en Alhambra del Edén ubicado en La Victoria se me permitió asistir sin intervenir, y en la urbanización Jardines de Amagásí tuve que conformarme con una entrevista en la administración).

El universo de testimonios en estos lugares es bastante limitado debido a las dificultades para sostener entrevistas profundas y repetidas, sin embargo, los que han colaborado con la investigación son actores de carácter “paradigmático”, es decir, que marcan ciertas tendencias en los modos con que la comunidad discute temas de

seguridad, la autoridad moral que han ganado con su dedicación y trabajo voluntario los hace expresarse de manera desenfadada y bien informada, el peso de estos testimonios será contrarrestada por lecturas críticas del paisaje que promocionan y defienden y los testimonios de personas marginales a su gestión.

### **Parques Cerrados: ruinas del espacio público en el barrio.**



Figura 56. Parque de “La Victoria” entre Guayacanes y Azafranes. Un solo acceso de puerta cerrada con candado, la llave se obtiene haciendo solicitud a la comitiva de la calle “Azafranes”

La autoconstrucción de barrios como El Edén obligó a reeditar prácticas comunitarias como la minga y el trabajo no remunerado de la familia y los amigos en tiempo libre, a esto se suma un reconocimiento que se hace la gente mutuamente sobre el esfuerzo económico que se sostiene a “pulso” (en base de ahorros, préstamos informales y en menor medida préstamos bancarios)<sup>42</sup>, fomentando así un tipo de unión colectiva que a decir de mis entrevistados se enfría cuando el barrio cuenta con lo necesario, pero que

---

<sup>42</sup> Para ser más exactos, en barrios periféricos de Quito como “El Edén” el 80% de las viviendas han sido financiadas con fondos propios, de ahí el lento crecimiento de estos barrios; y el 20% restante mediante otras formas. Entidades como el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social y el Banco Ecuatoriano de la Vivienda tienen una mínima participación (4.7%) en el financiamiento de vivienda de estos barrios. (Rev. Diagnostico Socio-económico de los barrios periféricos de Quito 1983)

resultará clave para entender cierta predisposición comunitaria para enfrentar temas de seguridad y puntualmente para desarrollar un sentimiento de propiedad sobre un espacio público como lo es el parque.

La autoconstrucción no fue tarea fácil para “El Edén”, ya en 1990 más de la mitad de socios habían vendido su lugar dentro de la cooperativa y los dirigentes evaluaban la posibilidad de ser reconocidos como barrio del “Distrito Metropolitano de Quito” con el fin de implementar obras que eran urgentes y que no se habían podido solucionar hasta esa fecha: alumbrado público, vialidad, semaforización y señalización de tránsito, aéreas de recreación y seguridad. El Municipio acoge al sector dentro de su responsabilidad en el año de 1998 y dos años más tarde se inauguran las primeras obras públicas municipales: la implementación de juegos recreativos, canchas deportivas y un cerramiento para el parque que la urbanización había mantenido como área verde (área aproximada de 1000m<sup>2</sup>), una casa comunal y un PAI (puesto de Auxilio Inmediato, actualmente UCP Unidad de Policía Comunitaria).

Paradójicamente, la readecuación de un área recreativa para “El Edén” implicó varios problemas de convivencia, a decir de Cisneros<sup>43</sup>, la implementación del parque hizo de “El Edén” un punto de encuentro de la gente de barrios vecinos que carecían de tales instalaciones, “aquí venían gente de todo lado: del Comité del Pueblo de la Quintana y de La Victoria”, el parque es identificado por este dirigente barrial como el comienzo de problemas de seguridad inéditos en el sector

El parque en la noche se convertía en el centro de reunión, diversión y planificación de los delincuentes una cosa que daba miedo, poco a poco la gente propia del barrio dejó de utilizar el parque y en la noche se evitaba... ni pasar por ahí [...] sin querer insultar a nadie, pero al parque solo iban los hijos de los albañiles, los borrachos y los mismos delincuentes (Cisneros 2, 2010)

El comité barrial intentó contrarrestar esta situación construyendo un puesto de vigilancia y contratando un guardia de seguridad que se ubicaba en la esquina interior del parque, al mismo tiempo aumentaron la intensidad de la iluminación pero nada de esto había dado mayor resultado. Por lo tanto, en acuerdo con los moradores cerraron los accesos al parque, dejando habilitadas únicamente dos de las ocho puertas

---

<sup>43</sup> Presidente del Comité pro-mejoras del barrio El Edén.

disponibles del parque, las mismas que se cierran a las 22h30 y se abren a las 6h00<sup>44</sup>; esta medida actualmente en vigencia tuvo muchos opositores

[...] gente a la que le quedaba enfrente la puerta del parque y no quería caminar dos metros, pero sobre todo los deportistas que se quejaban porque querían quedarse hasta la media noche jugando, pero cuatro eran los que jugaban y el resto se dedicaba a las cervezas (Cisneros 2, 2010)

Esta resistencia fue combatida mediante una petición a la “Empresa Eléctrica Quito” quienes programaron las iluminarias de las canchas deportivas para que se apaguen automáticamente a las 21h00, que después de una –literal- lucha campal entre los vecinos a favor y en contra, tuvo que ser corregido el horario de cierre para las 22h30

La gente termina aceptando porque ven que da resultado, del parque que era un centro de drogas, asaltos y hasta violaciones, ahora tenemos un lugar más limpio y arregladito [...] ahora ya podemos controlar quién entra y quién sale (Cisneros 2, 2010)

La estrategia de cerrar lugares públicos para controlar los índices de delincuencia ha sido una iniciativa vista como “lógica” por muchas de las asociaciones barriales que conviven en el “circuito” (puesto que no existe solo una, sino más bien los comités y directivas barriales se organizan por vecindad, por antigüedad o por afinidad). Además del parque central de “El Edén” a cargo del comité dirigido por Cisneros, en el circuito (Amagásí-El Edén-La Victoria) existen tres parques públicos más que no superan los 300m<sup>2</sup> (sin contar con el complejo recreativo de la aviación civil, y los parques internos en las urbanizaciones cerradas), todos estos están cercados por mallas metálicas, cerrados con candados y restringidos por horarios de uso que son regulados por diferentes asociaciones barriales. La señora Vásquez responde a esta situación

es lógico que nosotros reaccionemos así ante la inseguridad del barrio, si el municipio viene y pone un parque para que todos lo cuidemos,

---

<sup>44</sup> La principal idea que motivo a Cisneros y a su Directiva a tomar esta medida fue hacer más fácil la tarea del guardia quien con únicamente dos puertas podría controlar mejor los accesos y salidas de la gente; pensando en la comodidad de la gente una puerta abierta se encuentra en el lado sur del parque mientras la otra en el norte. Ya en la práctica solo se mantiene abierta la puerta sur ya que es la puerta que queda en frente de la casa de la encargada de abrir y cerrar el candado, abrir la puerta norte implica una caminata que seguramente la encargada prefiere evitar.

pone una malla y una puerta, lo lógico es que nosotros pongamos el candado, ¿no le parece? (Vásquez 1, 2010)<sup>45</sup>

Vásquez que junto a no más de cinco familias vecinas conformaron un comité encargado de cuidar y mantener el ornato del parque de Amagásí, afirma que su tarea implica normar las condiciones de su uso y sugerir cuotas económicas empleadas para el mantenimiento, donde se destaca la necesidad de periódicamente pintar las paredes cada cierto tiempo para borrar los dibujos y *graffitis* que hacen los jóvenes “pandilleros procedentes de barrios aledaños”. La responsabilidad de designar quien puede portar una llave de acceso al parque es competencia de esta comitiva que acepta la solicitud si se trata de un vecino cuya propiedad sea (relativamente) contigua al parque y que aporte con las cuotas respectivas para el mantenimiento; estas disposiciones no han causado inconvenientes<sup>46</sup>

La gente de este barrio colabora, y a los que no les pareció, pues no colaboran [...] hay que ser sinceros, mucha de la gente que vive aquí no sale al parque, ni les va ni les viene, el parque es un espacio que se usa para pasear al perro, y una que otra familia que tiene niños pequeños, pero mantenerlo limpio es fundamental si no queremos que se convierta en un urinario público (Vásquez 2, 2010)

Por el contrario, de la descripción que hace Vásquez de la poca frecuencia e interés que mantienen los moradores de Amagásí sobre su parque, la propia pasividad y vaciamiento de las calles en este sector que yo mismo he comprobado en mis caminatas, aparece La Victoria con un tránsito considerable tanto vehicular como peatonal, los estudiantes del Colegio “Camilo Ponce” desbordan las veredas en las horas de entrada y salida de clases caminando en todas las direcciones. De los tres sitios estudiados, La Victoria da cabida a la mayor cantidad de puestos de comida rápida en la calle, tanto en el día o ya sea en la noche las esquinas atraen a comensales eventuales o a ya conocidos lugareños que viven o trabajan en el sector; más de una vez he presenciado partidos de fútbol en las calles que son poco transitadas, los mismos que destacan por los alargues de tiempo que los dilatan hasta bien entrada la noche. Toda esta actividad subraya lo

---

<sup>45</sup> Sra. Vásquez, es miembro de la asociación que congrega a los moradores de de la calle “Amagásí del Inca” específicamente a los que viven frente al parque de Amagásí.

<sup>46</sup> Actualmente son 20 las familias que tienen llave a este parque, solo 7 de éstas aportaron con la última cuota para pintar las paredes.

paradójico que resulta que no cuenten con un parque de recreación de las dimensiones mínimas a sus requerimientos.

Para la inauguración de La Victoria como barrio urbano estaba previsto la habilitación de un parque, a decir de Juan Coronel ex presidente del Plan Victoria 3 (1:2010), las causas de que se hayan perdido estas instalaciones son confusas y no han podido ser comprobadas; lo cierto es que hoy el único espacio recreativo existente en este barrio es propiedad de la Aviación Civil, entidad que construyó un parque (de 2 hectáreas aproximadamente) después de que salieran de función las antenas de transmisión de este lugar, de esto ya 15 años; las canchas y áreas recreativas de dicho lugar es de uso exclusivo de los empleados de esta entidad y por tanto están amuralladas y controladas por un puesto de vigilancia.

En teoría son aproximadamente 12000 beneficiarios del parque, pero estos además de estar dispersos por toda la provincia del Pichincha, solo acceden al parque en festividades y convenciones extraordinarias convocadas por la Aviación Civil, es decir una o dos veces al año, el resto del tiempo las instalaciones son arrendadas para eventos particulares o cedidas para eventos puntuales a instituciones educativas o instituciones estatales.

La gente apenas sabe que existe un parque detrás de los muros, “de ninguna forma se priva el acceso a la comunidad, puede acceder quien quiera” dice el economista Alfonso Pérez administrador del complejo (1:2010), “los únicos requisitos son: 1. hacer una solicitud en las oficinas de Recursos Humanos de la Aviación Civil, 2. designar un responsable dentro del grupo solicitante y 3. pagar el costo de \$2 por adultos y \$0,30 por los niños, costos simbólicos para el mantenimiento del lugar”; al parecer este “sencillo” trámite burocrático para poder entrar a un parque que la mayoría del tiempo pasa desocupado, no es del agrado de los moradores de La Victoria, si es que alguien sabe del procedimiento, Pérez no ha registrado hasta la fecha ni una solicitud hecha por moradores del sector.



Figura 57. Parque cerrado en Alhambras del Edén. Esta imagen resulta interesante debido a que por una parte retrata la manera abrupta con la que los cerramientos de los condominios privados fragmentan el paisaje del barrio La Victoria, pero también porque muestran una preocupación por la seguridad que se improvisa de acuerdo a las percepciones y discusiones de los representantes de la comunidad: la fotografía fue capturada después de que se retirara la cerca viva que había estado adosada al cerramiento con el objetivo de que los moradores puedan tener una vista clara sobre los transeúntes externos, esto debido a varias denuncias de que gente se acercaba a husmear a través de los matorrales.

Posteriormente se instaló una valla electrificada sobre el cerramiento como medida precauteladora ya que ningún hecho delictivo, como tal, se ha registrado dentro del condominio. Finalmente, para mayor seguridad se instaló un segundo puesto de vigilancia en la esquina del parque para abarcar un campo de visión mayor por las noches. Así el escenario de convivencia se tensa con el barrio exterior La Victoria.

Actualmente se discute sobre cuál es la mejor oferta para la instalación de un sistema de video-vigilancia, “la batalla se gana primero moralmente” dice uno de los asistentes a la reunión mensual de los condóminos, dictamen esclarecedor: por un lado da cuenta de que existe algún tipo de conciencia sobre la violencia que implican estas medidas de seguridad hacia el exterior; en segundo lugar, la sensación de seguridad o más bien de victoria sobre la inseguridad es adjudicada a la hiper-vigilancia; dos puntos por los que deduzco (en el comentario mencionado) la falta de interés en establecer algún tipo de contacto con el barrio que los rodea.

No he podido rastrear muchas opiniones que disientan del hecho de cerrar parques públicos, Patricio Bravo habitante del barrio La Victoria dice ser un asiduo deportista que descubre los problemas del barrio en sus caminatas rutinarias, él se ve afectado por tales estrategias de seguridad, que según él, aparte de “afear” el barrio causan molestias “¿cómo es posible que tenga que a las 6h30 [hora en la que empieza su rutina deportiva] estar timbrando a ver quién me pueda prestar una copiecita de las llaves para entrar hacer algo de deporte?”, a pesar de su objeción, él concluye justificando tal medida “los tiempos ya no son los de mi época, hay que ponerse en los zapatos de la gente que tiene que convivir con los borrachos y delincuentes que invaden los parques y arman el escándalo a altas horas de la noche”; el inconveniente de no poder usar el parque en el

horario que él necesita queda en segundo plano ante lo que él llama “solidarizarse” con las medidas que previenen la inseguridad en el barrio.

“Arpía”, un joven que dedica un poco más que sus ratos libres a “vandalizar la ciudad”, dice al respecto:

A mí me vale verga, yo no salgo a estar vagando ni a estar parado en la esquina del parque, yo salgo a pintar. Yo sé que la gente no me cacha, y tienen miedo porque piensan que la gente que pinta seguro son pandilleros, pero no toca más que ir esquivando a los azarosos y a los chapas [...] si cierran los parques, a mí no me afecta mi territorio es la ciudad, [risas] ... ahí mismo les voy rayando las paredes (Arpía 1, 2010)

Las personas que habitan los alrededores del parque de El Edén con las que pude conversar, perciben -actualmente- al parque como un lugar más seguro y rescatado para el deporte, la recreación familiar, el paseo de dispersión, actividades que consideran propias de este lugar y en las cuales se destacan como buenos practicantes. Mientras que los visitantes de barrios marginales son vistos con recelo, sobre todo, por las personas involucradas con la directiva del barrio y los vecinos encargados de reportar “anomalías” al UCP, quienes tienden a asociarlos con actividades inciviles como ingerir bebidas alcohólicas, botar basura, orinar en las instalaciones y “vandalizar” el mobiliario.

Cerrar el parque ha disminuido exitosamente estas actividades groseras; sin embargo, en el proyecto de convertir el parque en un lugar seguro se han imbricado los valores y subjetividades de una comunidad cerrada que pone sobre sus hombros la responsabilidad de “sanear” el sitio<sup>47</sup>. Las parejas de enamorados, las vándalas expresiones juveniles y los vendedores ambulantes, son actividades que han entrado en una agenda que se discute puertas adentro (en las reuniones de la directiva del barrio), si

---

<sup>47</sup> “comunidad” en sí, despliega una serie de significados asociados al hermetismo y la homogeneidad social donde “no hay necesidad de negociar nada, ya que todos compartimos la misma opinión [...] Podemos decir que esa “comunidad” es el atajo hacia la reunión, una clase de reunión que rara vez se produce en la “vida real”: una reunión de semejantes, de nosotros, que somos de la misma clase, una reunión que es de este modo no problemática” (Bauman 2000: 108)

sumamos esto al convencimiento de que una auto-privación del parque en horarios “riesgosos” es necesario para estabilizar la inseguridad del barrio, podemos identificar a los parques como sitios que revelan lesiones en la vida pública y democrática de un barrio que se re-inventa en pro de un ideal sesgado de seguridad<sup>48</sup>. (Ver Archivo Anexo “Parques Cerrados”)



---

<sup>48</sup> Principalmente Cisneros (entrevista 1-2, 2010) y el grupo focal (1) del Edén, han expresado su opinión sobre las muchas maneras en que el parque es usado de manera inadecuada: estancia para estudiantes que su “fugan” del colegio, lecho para parejas demasiado cariñosas, pasarela de las llamativas vestimentas de cubanas y colombianas (grupos migrantes que están creciendo en el sector), comerciantes informales, jóvenes “mamarrachos” (graffiteros) y niños malcriados que se orinan en el parque son parte de un conjunto de problemas que esperan ser controlados “de paso” cuando se decidió implementar la vigilancia y cerramiento del parque. Este ánimo de control es corroborado por el Teniente Freddy Castro, jefe de la UPC El Edén, quién afirma recibir muchas llamadas que reportan actividades “sospechosas” que simplemente han sido juicios desatinados de los moradores contra jóvenes bulliciosos o contra una persona que decidió tomar una siesta en el parque, De todas maneras él concluye: “la alerta constante es la única forma de combatir la inseguridad, es justamente el apoyo que nosotros demandamos de la comunidad” (Castro 1, 2010)

Figura 58. Aparece el parque de Amagásí como un oasis entre los muros de las urbanizaciones, el parque tiene un sólo acceso de puerta cerrada con candado. La llave se obtiene haciendo solicitud a la Sra. Vásquez miembro de la comitiva encargada del mantenimiento y ornato del parque y gestora de su cerramiento. En el fondo se puede observar un tramo de pared con dibujos y graffitis que no pudieron ser borrados en la última minga, a falta de suficiente pintura blanca.



Figura 59.



Figura 60

Figura 59-60. Los parques, como objetivo de vigilancia comunitaria en este circuito, han desplazado en buena medida a los jóvenes (como cree, “Arpia”), quién por el contrario se siente animado a buscar espacios donde se admitan sus prácticas expresivas (como en esta casa de un amigo suyo, fig. 59-60), o en

su defecto rebuscar espacios que sin consentimiento puedan ser intervenidos. Arpía juega así un papel de sospechoso, de negociador y de infractor barrial, todo a la vez, situación incómoda a mí parecer, aunque él me corrija tildándola como “la disciplina de barrio”

### **Organización barrial, posturas y discusiones sobre seguridad.**

En esta última sección, intentaré sintetizar las discusiones que he mantenido con personajes claves dentro de organizaciones preocupadas por la seguridad de su barrio o su condominio/urbanización, según sea el caso; y lo hago con el afán de que las conclusiones a las que llego en mi exploración del “circuito” durante este tiempo, vayan de la mano a las reflexiones o simplemente a las posiciones que mis interlocutores supieron plantear ante mí.

En primer lugar -debo aclarar- que mi análisis no es sobre la criminalidad en sí, ni sobre la forma como se estructura la violencia urbana en el barrio, he omitido un análisis etnográfico sobre estos puntos y en cambio he propuesto una revisión del crecimiento urbano de la zona como “sistema generador” de un tipo de paisaje periférico, y he presentado una revisión breve de estadísticas de criminalidad para la ciudad (y el sector) dando cuenta de un “circuito barrial” de violencia criminal media con tendencia a la baja (Ver capítulo I). Omitiendo la violencia subjetiva, he privilegiado una dimensión paralela a la criminalidad, el uso del miedo como justificativo de una transformación del paisaje que oculta sus connotaciones políticas de diferenciación y segregación socio-económica y espacial de manera cotidiana (una violencia normalizada).

Espero demostrar en las siguientes páginas, a manera de conclusión, que las organizaciones barriales que justifican y normalizan el paisaje securitizado están minimizando las dimensiones del espacio físico, material y construido (es decir el barrio) como espacio de connotaciones cualitativas sobre las condiciones de vida.

Para desplegar las posiciones que adoptan algunos de mis interlocutores comprometidos con la reflexión sobre “la seguridad de su residencia” (posiciones que

dan pie a mis conclusiones), quiero aclarar el uso que le doy a la palabra “actitud” que definitivamente es una imagen que quiero poner en relevancia:

Partamos, con la afirmación de Caldeira (2000: 35) que indica que el dramatismo con que circula el miedo al crimen a través -principalmente- de narraciones (pero también por el agenciamiento de organizaciones comunitarias, por ejemplo) crea identificación y cierta cohesión social, en un intento de reordenar el mundo, confrontar la violencia criminal y sanar; podría decirse que genera una “actitud” en la medida que provoca determinados modos de actuar y acordar una respuesta (concreta y material) ante el miedo.

Ahora bien, en el circuito explorado puedo identificar esta actitud bajo la forma de un tipo de “autoridad” ganada gracias a un pensamiento clasificatorio que se auto-adjudica una identidad ciudadana positiva: “el ciudadano de bien” como es de “bien” tiene la autoridad para regular el espacio público, los comportamientos, etc.

Así, conceptos igualmente positivos como la “libertad”, la “igualdad”, la “seguridad” son tomados por estas identidades ciudadanas hegemónicas, para llevar a cabo proyectos de vigilancia, de segregación y privatización, lo que Rosalyn Deutsche ha llamado “el proyecto de la democracia autoritaria” (2007:3)<sup>49</sup>. “La seguridad se ha convertido en una virtud autoevidente y en su nombre se aprueban leyes de excepción, se reducen los derechos democráticos y se amenaza la esfera pública democrática” (ibid)

Desde este enfoque me atrevo a buscar las semejanzas tanto entre la organización barrial como las comitivas de seguridad de urbanizaciones cerradas y las micro organizaciones de vecinos que han decidido cerrar sus calles; todos ellos

---

<sup>49</sup> Estudios detenidos sobre la movilización de conceptos democráticos para ser usados como justificativos de programas urbanos de derecha puede confrontarse en el trabajo de Davis 1998, Deutsche 2001, y para el caso Ecuatoriano Andrade 2004.

trabajadores voluntarios buscando un bien común bajo la figura de representantes de una comunidad más o menos homogénea.

El comité pro-mejoras de “El Edén” me ha dado testimonio de una época en que un tema de debate continuo era la posibilidad de amurallar la urbanización alrededor del parque, proyecto truncado por la necesidad urgente de gozar de la inversión municipal mediante la declaratoria de barrio del Distrito Metropolitano, “hemos tenido que perder para ganar” ¿pero que han perdido? “Privacidad”, responden a una sola voz (grupo focal 1, 2010).

Mediante esta lógica un barrio seguro, equivale a un barrio que logre segregar a los que no son como ellos, donde cada uno ocupe el lugar que le ha tocado sin invadir el espacio del otro. Esto se hace explícito cuando visionamos juntos los registros fotográficos en los que me esmeré por retratar una configuración espacial y una vida cotidiana del barrio El Edén/La Victoria; mis interlocutores han señalado al “otro indeseable” causante de la inseguridad, no solo en las posibles e imaginadas bandas de delincuentes del Comité del Pueblo, sino en los estudiantes del colegio estatal (Camilo Ponce) ubicado en La Victoria y a los comerciantes informales que han instalado sus puestos de comida también en ambos barrios.

“Esos jóvenes no son de aquí”, exclama un asistente a la proyección de mis fotografías dentro de una reunión barrial en El Edén. El Comité Pro-mejoras de El Edén ha llegado a hacer una investigación con los directivos del colegio para comprobar que ni uno de los estudiantes de la institución vive En El Edén (pese a su proximidad), “nuestros jóvenes no rayan las paredes ni beben en las calles del barrio [...], las familias desestructuradas [refiriéndose a los barrios pobres] son el mayor problema de la sociedad actual” (grupo focal El Edén 1, 2010).

Pese a la generalización “sociedad actual” mis interlocutores están pensando en su barrio y elucubrando sobre las características morales y la procedencia de los estudiantes del colegio público, jóvenes de sitio de residencia incierta, donde sus familias quizá no han fomentado sus valores, lo cierto es que estos jóvenes son

igualados al problema de la inseguridad, o por lo menos, puestos en el paredón de los sospechosos y sus garabatos en la pared han sido criminalizados.

Una actitud como ésta ha desembocado en medidas que se han materializado en las puertas soldadas y los candados para restringir el acceso al parque del barrio en determinados horarios, y no solo eso, han convencido a los moradores del barrio de que tales medidas funcionan. Reservar el derecho de admisión al parque es aún una fantasía que se intenta sin la precisión que se quisiera, pero con tal esfuerzo que no pasa desapercibido entre los jóvenes, pudiendo ser ésta una más de las razones que alientan sus actividades vandálicas.



Figura 61. *Grafiti* en una de las calles principales del barrio El Edén. En el grupo focal donde se visionaron imágenes como esta, los comentarios fueron variados pero todos en el mismo tono, aquí un ejemplo: “Esos garabatos son hechos por los delincuentes, por los pandilleros, tienen su significado, son señas que dejan en casas que posteriormente serán robadas, marcan el territorio de diferentes grupos [...]; esta solo es una más de las expresiones de la contaminación que causan los anti-sociales, las botellas rotas, la basura de los puestos de comida todo esto son factores que afean nuestro barrio. Nosotros luchamos junto a la policía contra esto [...] lastimosamente la delincuencia está más organizada que nosotros, mientras uno pinta el otro vigila que nadie les trinque, y el otro está viendo que se puede robar” (grupo focal El Edén 1, 2010) (Ver Archivo Anexo “Rayar paredes y Vender Comida en las calles”)

Las personas que conforman el Comité Pro-mejoras, son gente con duros horarios de trabajo, que sin embargo sacan unas horas a la semana para discutir y gestionar obras en bien de la comunidad

Lo más duro es enfrentarse a la ingratitud, hacerse de enemigos por las santas, cuando nadie da un gracias por el tiempo que uno - quitándole a la familia- sacrifica, ahí es cuando uno piensa si vale la pena el trabajo que uno hace. (Cisneros 1, 2010)

La imagen que forman estos dirigentes barriales sobre sí, es de gente abnegada, canalizadora de las preocupaciones colectivas y con el suficiente liderazgo para desarrollar procesos que subsanen los problemas que apremian a su comunidad; su compromiso les dota de cierta autoridad moral para entender su rol en el barrio como representantes de sus intereses.

Recordemos -una vez más- la restricción de horarios impuesta a los usuarios del parque de El Edén, la resistencia a esta disposición logró que se ampliara el horario de cierre (de 21h00 a 22h00) pero el disenso creado entre los moradores, la figura de opositores a la gestión fue descalificada rotundamente por el comité pro-mejoras:

Son gente que no asiste a las reuniones [...]; que no tiene interés real en el barrio [...]; mientras nosotros trabajamos, ellos están viendo la novela bien cómodos en la casa [...]; por no caminar dos pasos más, prefiere las puertas abiertas de par en par [las del parque...]; es la gente que le gusta tomar cerveza en el parque, la cerveza esa es su principal razón para oponerse a nuestra gestión (grupo focal 1, 2010).

En definitiva, diferir de los puntos de vista del comité es equiparado a no compartir el compromiso ni los ideales de un barrio unido y seguro, o a carecer de ciertos valores que ellos ostentan.

Esta resistencia, el Comité Pro-mejoras ha sabido sortear con una actitud autoritaria, en ciertos casos con imposiciones extremas como cerrar el parque y programar las iluminarias de las canchas para que se apaguen a la hora pactada, desalentando a los deportistas nocturnos y obligándolos a salir; o escrudinando la procedencia de los jóvenes del colegio Camilo Ponce, para ver si los jóvenes problemáticos pueden ser ubicados entre los límites del barrio; en otras ocasiones con métodos más conciliadores:

La señora de la esquina [propietaria de una tienda/licorería], es ya una señora mayor, a ella poco a poco le hemos convencido de que deje de vender cerveza a la gente que se reúne las tardes en el parque, que son algunitos ya bien conocidos ¿y cómo hemos hecho esto?: Invitándola, dándole atención a sus ideas, dándole pequeñas responsabilidades que le hacen sentirse como alguien importante para el barrio. Actualmente esta señora es la encargada de abrir y cerrar el parque, ¿ve?, es así como vamos cambiando la mentalidad, educando a la gente del barrio, (Cisneros 2, 2010)

Los sueños del comité pro-mejoras, son visionarios, a un largo plazo aspiran a ampliar la casa comunal con un segundo piso que albergue una biblioteca pública, una sala de internet y una sala de juegos de mesa “Queremos una juventud que se construya, que sea culta y unida” dice Cisneros; a veces las visiones del comité pudieran parecer un tanto desatinadas o más bien alineadas ingenuamente al diseño de políticas municipales como cuando dicen “Queremos un barrio tranquilo y limpio, la seguridad es clave para que venga el turismo”(grupo focal 1, 2010). De todas formas, la enorme voluntad de trabajo pudiera opacarse cuando su sentido democrático y de entendimiento sobre las diversidades (socio-económicas, étnicas, generacionales -especialmente-) que conviven en el barrio son puestos a prueba por el tema de la seguridad y su aparente urgencia que los llevan a diseñar “medidas que funcionen inmediatamente”, dejando al descubierto sus fantasías de armonía y seguridad donde la diferencia no cabe.

José Ávila, es integrante de la directiva del conjunto habitacional Alhambras del Edén, y presidente de la comitiva de seguridad, su rol dentro de la comunidad encarna otra de las actitudes que se entronizan en el debate sobre seguridad en el “circuito”: la “actitud del especialista”. En su calidad de habitante de un condominio cerrado el afirma que este tipo de modelo habitacional es un modelo que no tiene marcha atrás:

Actualmente vivimos en un mundo muy hostil, usted sale a la esquina y no sabe que va a pasar, el mundo es un lugar inseguro, el problema se agudiza en las ciudades porque hay mucha cantidad de gente, simple como eso. [...] de alguna manera el modelo de condominios y urbanizaciones privadas viene a abrir la posibilidad de crear un contacto más cercano con los vecinos, lógico, estamos reunidos y repartidos equitativamente en un área más pequeña (Ávila 2, 2010)

Dicho sea de paso que tal razonamiento es compartido por el grupo focal de El Edén, quienes refuerzan sus criterios después de ver las fotografías que he elaborado sobre el paisaje de Amagásí, imágenes de pulcritud y homogeneidad arquitectónica, paredes

pintadas y calles limpias, son consideradas el fruto de la organización entre menos cantidad de gente.

Ávila, trabaja para el Departamento de Inteligencia Militar del Ejército Nacional, por lo tanto no solo que se siente afín en su rol dentro de su comunidad sino que ostenta un tono de especialista en el tema:

[...] parte de mi trabajo es diseñar sistemas y dispositivos electrónicos de seguridad, cosa totalmente aplicable a las Alhambras [del Edén], pero no solo eso, mi trabajo consiste en observar su aplicación objetiva y práctica basándome en criterios de inteligencia y contrainteligencia, lo que no sucede con un ingeniero de seguridad - por ejemplo- que simplemente despliega una serie de dispositivos predefinidos. [...] (Ávila 2, 2010)

El enfoque que Ávila maneja sobre seguridad y que intenta implementar en su lugar de residencia “debe ser aplicable a situaciones específicas y prácticas”, por lo tanto “no entendi[e] la seguridad dentro de grandes esquemas teóricos” sino como parte de una operación militar donde “[sus] efectivos deben mecanizar un procedimiento más que entender una gama teórica amplia”, Ávila considera que la seguridad es una parte de la inteligencia, entendida ésta como “el procedimiento que me permite tener información sobre el enemigo u oponente” y de la contra inteligencia, “que es la operación que oculta el trabajo de inteligencia ante dicho enemigo” (Ávila 2, 2010).

Esto llevado al campo de “seguridad urbana” es simplemente una operación de remplazar factores: “el enemigo es el delincuente, debemos evaluar la situación geográfica del condominio: estamos entre lo que fue y lo que será, en la frontera entre El Comité del Pueblo y Amagásí del Inca, esta situación nos hace vulnerables debido a que estamos en un corredor y una ruta de escape de los delincuentes; tomando en cuenta esto es que debemos diseñar medidas que sean de aplicación inmediata y de manera que sea útil para personas que de seguridad no saben nada [...]

Mi trabajo es -principalmente- que no te maten, no te peguen y no te violen, en ese ámbito manejo soluciones netamente prácticas y de aplicación inmediata. A este enfoque hay cierta resistencia de parte de la gente civil, por razón de su formación, como una persona común, usted no está acostumbrado a tomar medidas de inteligencia y contra inteligencia en la vida cotidiana y ahí está su debilidad.

Las personas comunes y corrientes, que se enfrentan a un ámbito urbano están a expensas de un enemigo no declarado [...], no se encuentran preparados, porque nunca ha recibido una formación al respecto, en el colegio nadie le enseña: “no tome la misma ruta para

llegar a su casa; no frecuente tal o cual sector” entonces, la seguridad en la ciudad pasa a ser una frase: “tendrás cuidado; irás con dios” y ahí termina la seguridad [...] ahí está el “agosto” de las empresas de seguridad que en la actualidad proliferan. (Ávila 2, 2010)

Ávila, en su compromiso con la comunidad pasa de ser un representante de los intereses colectivos en temas de seguridad a un transmisor de conocimientos especializados en seguridad, su objetivo es no depender de manera ingenua de las empresas de seguridad privada

Debemos valernos por nosotros mismos y usar como apoyo a las empresas de seguridad, demandarles que hagan bien su trabajo, pero lo más importante saber cuidarnos bien, a fin de cuentas un guardia no va a arriesgar su vida por nosotros, al rato del rato estas personas, mal pagadas, explotadas, cansadas por sus horarios de trabajo están además inhabilitadas legalmente de matar a un ladrón si llegara el caso. (Ávila 2, 2010)



Figura 62 63. Entrada principal al Conjunto residencial “Alhambras del Edén” ubicado en el barrio La Victoria. Fig. 5 Parte posterior del mismo conjunto. Este callejón del barrio La Victoria que hace 5 años desembocaba en un lote vacío que a falta de áreas recreativas era usado como cancha de vóley, ahora se corta abruptamente con el muro de cerramiento del conjunto residencial “Alhambras del Edén”, este muro ya ha sido elevado (como se nota en la imagen) y actualmente es tema de discusión por parte de la directiva del conjunto (liderada por Ávila) quienes creen que este punto representa una debilidad en su sistema de seguridad, una cámara de seguridad apuntando hacia el callejón y una valla electrificada son los dispositivos que están por instalarse.

Ávila es una persona muy elocuente y convincente en las charlas que sostiene con su comunidad, sus argumentos y propuestas han tenido una gran aceptación en lo que va de su gestión (8 meses)<sup>50</sup>. Por ejemplo, él disiente con la medida tomada por la anterior

---

<sup>50</sup> Como pude comprobarlo en una reunión de los condóminos de Alhambras de El Edén el 30 de julio del 2010, donde me fue permitida la presencia pero no la intervención con mis registros fotográficos y mis preguntas debido a una cuestión de tiempo, la reunión comenzó cerca de las 20h30 y termino a la media

directiva quienes retiraron la cerca viva del cerramiento para permitir que los guardias tengan un campo de visión mayor sobre los paseantes del exterior, en cambio, él ha propuesto y ha conseguido la aprobación de un sistema de video-vigilancia, que a su decir, les permite vigilancia y privacidad visual al mismo tiempo; ha conseguido la aprobación para subir el muro que da hacia una calle sin salida en La Victoria y ha instruido sobre los peligros de entablar amistades muy cercanas con los guardias, llegando a solicitar la rotación de personal a la empresa que los administra; una de sus propuestas, aún sin conseguir aprobación de la directiva, es la implementación de un acceso controlado a las instalaciones mediante tarjetas magnéticas de uso exclusivo de los habitantes; y, yendo más allá de la seguridad personal, se ha preocupado por solicitar al Cuerpo de Bomberos una evaluación exhaustiva de las instalaciones de gas y energía eléctrica en el condominio.

Su solvencia para exponer, argumentar, y justificar las medidas de seguridad que propone, ha motivado cierta cohesión social inspirada por el miedo entre los condóminos, dejando de lado una discusión sobre el repliegue de los derechos democráticos y del espacio público que provocan estas medidas tanto para los moradores del condominio como para los moradores del barrio externo.

La “actitud de especialista” para enfrentar temas de seguridad dentro de condominios cerrados está adoctrinando a sus moradores, exacerbando las amenazas y sobrevalorando los beneficios de sentirse seguros; los moradores son sistemáticamente solicitados a apoyar el bien común, a obviar el paisaje configurado por dispositivos de seguridad, a correr con “pequeños sacrificios” en la calidad de su libre movilidad, de tal manera que se disminuyen las posibilidades de contactos espontáneos con el barrio exterior.

Yo pregunto: la implementación de dispositivos y las medidas de seguridad que se propone implementar ¿podrían terminar produciendo el efecto contrario?, es decir, miedo al barrio, causando una sensación de encierro, de recelos o de acrecentar la curiosidad de posibles delincuentes sobre las propiedades dentro del condominio

---

noche, horarios incómodos pero ajustados al ritmo de vida de los condóminos, explica la Ing. Esperanza Nastar, administradora del condominio.

Ávila responde: En primer lugar tenga en cuenta que el miedo es el principal aliado de la seguridad, estas dos cosas no podemos divorciar [...], ahora si usted me pide elegir entre un paisaje “menos humano” (como usted insinúa) y que mi familia esté protegida, yo elijo estar encerrados como ostras; claro que algunas cosas estorban, pero tampoco son cosa del otro mundo, en materia de seguridad nunca hay excesos. (Ávila 2, 2010)

En “Jardines de Amagasi”, las discusiones que se mantienen sobre seguridad siguen este mismo tono, y aunque no he podido presenciar sus debates ni se me ha permitido hablar con el encargado de seguridad de la urbanización, sus dispositivos de seguridad están constituidos por todos los que en Alhambras del Edén apenas son un proyecto: alambradas eléctricas, monitoreo y sistemas de vigilancia internos interconectados con respuestas armadas de empresas de seguridad externas, accesos controlados por guardias y por el uso de tarjetas magnéticas, video-vigilancia, control de las áreas recreativas, rondas nocturnas de los vecinos como apoyo a la guardianía, simulacros para coordinar el funcionamiento de la alarma comunitaria, son un hecho y el resultado de un trabajo conjunto entre la directiva de la urbanización, los moradores y un equipo de expertos en temas de seguridad, según indica la administradora de la urbanización.

“Actualmente estamos trabajando en que la gente tome en serio el tema de la seguridad, no basta con lo que hacemos como directiva, cada uno debe tomar sus propias medidas, hacerlas un hábito” (administradora urb. Jardines de Amagasi 1: 2010). En este sentido, se promueve una preocupación más allá de las experiencias reales de crimen, en Jardines de Amagasi no habido un solo robo durante el periodo que ella ejerce sus funciones como administradora (2 años):

Gracias a dios, solo hemos tenido un intento, que fue controlado mediante una acción colectiva, más de 20 familias convocadas por la alarma salieron a la madrugada, con gritos y con lo que habían avanzado a sacar de sus casas (raquetas, paraguas, *bates de beisbol*), el pobre ladrón salió de un solo brinco. (Administradora urb. Amagasi del Inca 1, 2010).

La cohesión social causada por el miedo al crimen tiene efectos inmediatos en la percepción de seguridad, y es muy efectivo en casos específicos como el que narra la administradora de la urbanización, sin embargo tal eficiencia se paga con altas cuotas de

intranquilidad cotidiana, con una paranoia que la directiva en su afán de unidad comunitaria en contra del crimen debe reforzar.

Esto se evidencia -por ejemplo- con el folletín redactado por el departamento de seguridad de la urbanización titulado “Normas generales de seguridad” que circula entre los moradores, el cual comprende un total de 99 máximas de seguridad que los moradores deben observar en situaciones de la vida cotidiana, el texto está dividido en 9 secciones sub-tituladas: seguridad en los movimientos, seguridad en el domicilio, seguridad en el trabajo, seguridad en compromisos sociales, seguridad en los fines de semana, seguridad telefónica, seguridad en caso de secuestro, instrucciones para los empleados y seguridad en atentados con explosivos.

Los consejos van desde cómo mantener el automóvil en óptimo estado para no quedar varados en un lugar en el que no quisiéramos estar, hasta algunas recomendaciones para enfrentarse a un secuestro exprés; aquí presento una selección de los consejos que a mi parecer revelan la “actitud del especialista” y su intención de adoctrinar a los moradores a fin de conseguir respaldo a sus medidas de seguridad, a la vez que fomentan un tipo de paranoia colectiva y cotidiana.

(Generales)

1. Nunca transite solo, coordine sus desplazamientos con el personal de seguridad; 2. Lleve siempre un arma; 3. Evite los lugares oscuros y abandonados, especialmente en la noche; 4. Instruya sobre normas de seguridad en su casa, a su esposa, niños y empleados; 5. Nunca confíe de personas extrañas especialmente del sexo femenino.

(Seguridad en los movimientos)

1. Cierre siempre las puertas con seguro y conduzca con las ventanas cerradas o abiertas hasta la altura de su oreja; 2. Verifique frecuentemente por los espejos retrovisores que no le siga otro vehículo hasta 3 o 4 autos de distancia suyo; 3. Considere tomar un curso de conducción con técnicas ofensivas y defensivas.

(Seguridad en el domicilio)

1. Verifique periódicamente las seguridades de su residencia; 2. No converse en presencia de sus empleados domésticos, acerca de sus futuros movimientos y desplazamiento; 3. Manténgase informado del lugar donde concurren sus hijos a cualquier hora; 4. Reduzca o disimule el lujo de su vivienda.

(Seguridad en el trabajo)

1. Incluya en el proceso de selección de personal una investigación de antecedentes delictivos para cada aspirante; 2. Evite fugas de información en la basura; 3. Gane el aprecio de sus empleados y haga que estos participen activamente en el cumplimiento de las normas de seguridad.

(Seguridad en compromisos sociales)

1. Mientras dure el compromiso social, manténgase sobrio; 2. No permanezca en la reunión hasta la finalización de la misma, a no ser que el caso lo requiera; 3. Nunca acuda solo a un lugar de diversión; 4. Prefiera lugares de diversión céntricos y de prestigio.

(Seguridad en los fines de semana)

1. Nunca vaya solo; 2. Nunca detenga el vehículo ante la petición de personas extrañas; 3. Es conveniente que siempre lleve consigo un arma, para lo cual obtenga el permiso correspondiente; 4. Evite manifestaciones callejeras; 5. Ante la presencia de sospechosos, cruce la calle, cambie de dirección y/o busque ayuda.

(Instrucciones para los empleados)

1. Observe atentamente la presencia y las ropas de cualquier persona que venga a casa por cualquier razón o que este vagando por los alrededores, infórmenos de los pormenores observados.

Tales consejos sugieren condicionar el comportamiento cotidiano y la forma de relacionarse con los vecinos de barrios exteriores a la urbanización, codifican un tipo de relación entre distintas clases económicas poniendo a la desconfianza y la sospecha como garantía de la seguridad y la prevención de crimen.

“Jardines de Amagásí” con sus simulacros para enfrentar a los posibles intrusos o con los consejos que adiestran a los moradores en un comportamiento defensivo; la restricción de horarios para el uso del parque impuesta por el comité pro-mejoras en El Edén; o las efusivas charlas para transmitir conocimientos de inteligencia y contra inteligencia que Ávila comparte con sus vecinos en Alhambras del Edén (en La Victoria), podrían tomarse como medidas que están aplacando o por lo menos haciendo más difícil el delito a la propiedad en el “circuito” explorado: “De alguna manera estamos avanzando, en comparación a lo que era antes el barrio”(grupo focal El Edén1, 2010) la percepción binaria de que estamos involucrados en una lucha anti-delincuencial” donde “los ciudadanos que no roban son los buenos” y los permitidos de ejercer una violencia (progresiva) en legítima defensa, ha provocado en gran medida que las organizaciones y directivas que trabajan por un “bien común” despolitizen su

gestión y ganen la aceptación de los ciudadanos que no participan pero aprueban, o que son indiferentes y se resignan.

Existe de fondo una sensación de que individualmente (adquiriendo tecnología y servicios de seguridad o empleando nuestra creatividad) o colectivamente (mediante organización, contratos colectivos, delegación de responsabilidad a representantes autoritarios o especialistas) estamos ganando una batalla contra la delincuencia. Por tanto, insistimos y soportamos las medidas implementadas y las que están por implementarse, justificamos o simplemente miramos melancólicos y resignados la apariencia que va tomando el paisaje (físico y de interacción social) en el barrio.

Pero una ganancia, generalmente siempre conlleva alguna pérdida, ¿Qué estamos perdiendo al construir una sensación de seguridad basada en la segregación espacial y la configuración de un paisaje securitizado? En concordancia con lo discutido por Douglas

“separar, purificar, demarcar el espacio y castigar a sus transgresores tiene como función principal la sistematización de una experiencia inherentemente desordenada [que como hemos visto en algunos casos analizados anteriormente se podría contar tanto en el hecho criminal como en un encuentro casual de dos personas de estratos socio-económicos diferentes]. Solo exagerando la diferencia entre [seguro inseguro, bueno y malo] dentro y fuera, arriba abajo, macho y hembra, a favor y en contra, es que se crea una apariencia de orden [...]”  
(Douglas 1966:4. En Caldeira 2000:51)

Hacer del problema de la inseguridad un problema de binarios, forma parte de una reducción, esencialización y naturalización de la “lucha anti-delincuencial”, que se puede comprobar los criterios y características del paisaje de los sitios que conforman el “circuito”, esta visión sesgada ha diluido la capacidad de relacionar la inseguridad ciudadana con la violencia estructural (desarrollo asimétrico de los barrios, racismo, desempleo, educación, políticas sobre el espacio público, etc.)

La materialidad del miedo que hemos revisado, no simplemente es el soporte de un orden simbólico y social por el cual pensamos la seguridad ciudadana sino que es la prueba de una incapacidad para ensayar nuestras capacidades políticas, para imaginar soluciones otras.

## Reflexiones Finales

1. La primera sensación que se produce cuando intento recordar las caminatas por los distintos barrios que conforman el circuito es “la quietud”, por supuesto se ve gente en sus labores cotidianas, pero en general las tardes son quietas y adornadas con las características climáticas propias de una zona geográficamente alta (viento y frío son más comunes en estas zonas), el color que predomina en el paisaje de La Victoria y El Edén está más próximo al color gris del bloque y el cemento que ha ningún otro, y en las noches pequeños comedores improvisados y a media luz destacan entre largos segmentos de veredas vacías y oscuras.

“La legitimación ideológica de una segregación espacial” (Carrión 1983:25) se activa en el pensamiento, la sensación y el espacio concreto que nos empuja a dar por sentado que el centro urbano es el lugar animado, de ofertas de entretenimiento y enriquecido por antiguas historias (oficiales y populares), mientras que la periferia, en cambio, quieta, ventosa, gris y hasta cierto punto carente de referencias históricas debido más a su pobre participación en los canales donde circula el relato de la ciudad que al hecho de que no ocurra nada allí.

Definitivamente esta forma de pensar, sentir y habitar la ciudad no se da a causa de un proceso normal del crecimiento de las ciudades, sino por un tipo definido de expansión y ordenamiento socio-espacial donde prima el poder adquisitivo, como decía Vásquez (1:2009): “cada uno tiene derecho a vivir donde le dé la gana y donde le alcance para pagar”, esta frase contradictoria en sus términos, pone de manifiesto un tipo de “ciudadanía” que se consolida en la “democracia neo-liberal” caracterizada por definir los derechos (como el acceso a la vivienda y el gozar de una urbanidad integral o la seguridad) como logros alcanzados mediante esfuerzos individuales en el sistema de mercado.

Pero ni la competencia está abierta a todos ni las recompensas son equitativas al esfuerzo, según Young las tensiones que se crean en un ámbito de individualismo y

meritocracia convierten a las expectativas sobre el futuro y la estabilidad de la vida en terreno fértil para la intolerancia y la punición del delincuente, como ese ser que encarna el sentimiento de inestabilidad (Cf. Young 2003:22).

La periferia ha sido histórica y políticamente un lugar de exclusión y hoy por hoy un paisaje que genera temores; la ubicación de sectores poblacionales de escasos recursos y el abandono en términos de gestión municipal de la infraestructura y el espacio público, se ha traducido en la conformación de un paisaje urbano deprimido, que ha mermado la vida pública de sus habitantes después de que concluyera una etapa de consolidación urbana marcada por la solidaridad, la cooperativa y la autogestión.

La nueva heterogeneidad socio-económica que experimenta la periferia representada por las empresas inmobiliarias y sus urbanizaciones residenciales, ha sido visto por los habitantes tradicionales como una señal de progreso, de posibilidad de atraer inversión pública y privada, y quizás de ver subir el avalúo de su propiedad en el sector. Sin embargo, el paisaje pareciera devolver a su lugar cualquier expectativa de “compartir y cohabitar una espacialidad”; aunque la vecindad sea a fin de cuentas inevitable, cualquier aprendizaje resultante de la proximidad de las diferencias pareciera anularse con la radical diferenciación que supone el amurallamiento, la fortificación de viviendas unifamiliares y la restricción de uso y comportamientos en espacios “públicos”.

Las urbanizaciones de Amagásí y algunas en El Edén (aproximadamente 38) constituyen el caso más patente de la segregación espacial, llevando a través de su estética de pulcritud, orden y estatus económico, la normalización de la fragmentación urbana como estrategia eficaz contra la inseguridad.

En este escenario, se puede concluir que el ordenamiento de la ciudad (en términos de distribución socio-económica de la población) centro- periferia, es un paradigma que está cambiando: en la zona nororiental de Quito ya se puede encontrar cobertura total de todos los servicios urbanos, diseño arquitectónico moderno, población heterogénea y una gama de empresas que están llegando a ofrecer sus servicios. No

obstante, nada de lo apuntado ha hecho desaparecer las barreras relacionales que suponía dicho paradigma urbano, y por el contrario la polaridad se ha intensificado en su proximidad, es ahí (como espero haber dado cuenta) que el paisaje securitizado se instaura.

2. Los conflictos sociales y las condiciones de vida que han soportado los sectores populares y periféricos de esta franja de la ciudad no fueron el tema de esta investigación, sin embargo resultó clave entender de boca de los residentes, la manera como la precariedad de barrios como El Comité del Pueblo, o San Miguel de Amagásí es asociada al desorden, la falta de moral y la inseguridad, al punto de que el crecimiento urbano alrededor de enclaves pobres se defina por tecnologías concretas para no verse, no encontrarse, no hablarse, como dice Ávila “si usted me pide elegir entre un paisaje `menos humano´ (como usted insinúa) y que mi familia esté protegida, yo elijo estar encerrados como ostras”(Ávila 2, 2010), tal encierro ante los barrios pobres ha implicado una codificación de la apariencia de un “sospechoso” que vincula su apariencia física a su condición moral, en una clara manifestación de que el sujeto causante de incertidumbre y miedo, es quien no entra en el canon de una ciudadanía hegemónica: “el ciudadano de bien” “el propietario” “el consumidor” el que a la luz de su apariencia no da cuenta de necesidades.

3. Para evitar “encontrones” con este “sospechoso” (a decir del mismo Ávila) se deben incurrir en sacrificios: en “Alhambras del Edén” se han gastado 154.560 dólares desde su apertura hace cinco años para mantener una guardianía privada las veinte y cuatro horas del día; también se sacrifican pequeños gestos y movimientos cotidianos, se evitan paseos por los alrededores, se intenta no olvidar comprar lo necesario en el supermercado antes de llegar al domicilio, se prohíbe la salida de los niños y jóvenes de las inmediaciones de la urbanización, etcétera. Estos sacrificios han llegado a recomponer el entendimiento sobre espacio público, lejos del ideal de lugar de encuentro, contingencia y diálogo, se ve en él, el lugar donde aplicar estrategias para disuadir los enfrentamientos con la otredad.

Porque existe una inseguridad ontológica en la modernidad tardía, existen intentos repetidos de crear una base segura. Es decir, reafirmar los valores del individuo como si

fueran morales absolutas, declarar a otros grupos como carentes de valores, dibujar líneas claras de virtud y vicio, ser rígidos en vez de flexibles en el juicio de uno mismo, ser punitivo y excluyente en vez de permeable y comprensivo (Young 2003:33-34).

Los parques cerrados, una estrategia coincidente en los diferentes puntos del circuito barrial dan cuenta de aquello. Y en este sentido, la gestión de las organizaciones barriales se ha convertido en una verdadera promotora de participación ciudadana que genera un tipo de cohesión social que arroja resultados inmediatos y visibles en materia de seguridad, al mantener controlada -en cierta medida- las actuaciones de los sujetos.

Sin embargo, recordemos que “lo público” (perteneciente al pueblo) garantiza la democracia en la medida en que sea el lugar de enfrentamientos de las diversidades, donde las identidades y significados del “pueblo” estén en constante disputa y negociación, la ciudadanía como un concepto contingente y no clausurado a una única figura (Cf. Deutsche 2007: 2). Por lo tanto, la exclusión de expresiones, actividades y voces de identidades ciudadanas no alineadas a la comunidad organizada es un atentado a la vida democrática de la ciudad y a la posibilidad de imaginar soluciones dialogadas para un “poder vivir juntos” y sobre llevar las preocupaciones sobre inseguridad de manera reflexiva.

4. En esta investigación el uso y articulación de productos visuales tales como fotografías, dibujos, animaciones y mapas con la escritura etnográfica propiamente dicha, a más del registro del paisaje barrial, intentó ser una yuxtaposición de elementos (imagen texto) que dieran acceso a la expresividad de las prácticas sociales (MacDougall 1998: 270), es decir, la decisión de incorporar productos visuales al texto escrito tuvo que ver con la convicción de que una lectura simultánea de ambos elementos arroje evidencias de que las experiencias sociales del día a día son un conjunto de interrelaciones entre lo que percibimos y las fuerzas (culturales, sociales y materiales) que estructuran estas percepciones. (Cf. MacDougall 1998:272-74).

Esta pretensión fue valorada en la confrontación que tuvieron los registros fotográficos y demás productos visuales con la gente del barrio y especialmente con los representantes de organizaciones barriales, en donde los productos visuales tuvieron la

capacidad de ser revisitados y reflexionados conjuntamente, lo que significó encontrar en lo visual un punto de partida para el diálogo reflexivo.

La reflexividad, como sugiere Pink (2004), MacDougall (1998) estudiosos del acercamiento entre la antropología y la imagen, se entiende como una manera de aproximarse al campo revelando la posición (política) adoptada por el investigador, y las negociaciones que se hace para implicar a los actores sociales en los procesos de producción de entendimiento y conocimiento antropológico, lo que en última instancia hace de la investigación un proceso colaborativo y participativo que trasciende una aproximación meramente observacional, donde lo social, lo físico y lo estético están entrelazados (Cf. Pink 2004:4)

Así la articulación escritura-imagen y la reflexividad (a través de dinámicas dialógicas), han hecho de mi trabajo de campo un constante ejercicio de negociación y mediación entre las posiciones y subjetividades de mis entrevistados /espectadores, incidiendo de alguna forma -como quisiera pensar- sobre las reflexiones que se hacen convencionalmente sobre el paisaje securitizado de esta locación.

5. Si bien, el enfrentamiento cotidiano a un paisaje securitizado ha sido asumido como una violencia positiva, que otorga grados de libertad, seguridad, y orden ante los actos delictivos, en mi estudio he intentado demostrar que esta violencia (concreta y simbólica) no es simplemente una reacción causal de los niveles de experiencia y percepción de inseguridad, sino que mantienen una base en procesos tan naturalizados como la contextura desigual de la ciudad en términos urbanísticos, el desconocimiento de los grupos sociales pobres y la crisis del diálogo democrático en la participación convocada por la seguridad ciudadana.

Estos procesos han dado forma a la espacialidad del circuito barrial explorado, a muchos de los dispositivos de seguridad que se empotran en nuestras viviendas y en espacios públicos, de manera tan importante como lo ha hecho la misma experiencia real de crimen. El paisaje que resulta ayuda a reproducir un tipo de ciudadanía que

minimiza al espacio público como elemento con capacidad de incidir en la calidad de la vida social , y en cambio se consolida la ilusión de una seguridad individual y territorial.

El paisaje securitizado no sólo es resultado de la amenaza de los “anti sociales” sino de procesos estructurales que han convertido al riesgo de la vida urbana, en la modernidad tardía, en la gran justificación para encubrir el repliegue y despolitización de los problemas relativos a lo público, partamos de esta posición para enfrentar la ciudad insegura, desde la necesidad de reconstruir nuestras capacidades políticas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alzate, Adriana Gómez (2008). "El Paisaje como sistema visual y holístico: Propuesta metodológica". En *Con-juntos: miradas eurolatinoamericanas al estudio transversal del territorio*, Nates Cruz, Béatriz. (comp.). Manizales: Universidad de Caldas, Grupo de investigación Territorialidades - Institut français d'études andines. IFEA.
- Andrade, Xavier (2004). "Seguridad ciudadana la falsa neutralidad del concepto". En *Memoria del proyecto Política Pública de la Seguridad Ciudadana*, Oswaldo Jarrín, comp. 105-110. Quito: FLACSO sede Ecuador Grupo ESQUEL.
- Andrade, Xavier, Eduardo Kingman (2009). *Patrimonio, memoria social y poder en el Guayaquil contemporáneo*. Programa de Antropología FLACSO sede Ecuador (no publicado).
- Araneda, Gonzalo (1980). "Movimientos sociales urbanos en Quito: El Comité del Pueblo". Tesis previa a la obtención del título de máster en Ciencias Sociales con mención en Estudios del desarrollo. FLACSO-Ecuador.
- Arteaga, Nelson (2000). "La espacialidad del miedo: Construcción de la (in) seguridad pública en México (1990-2000)". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* N°. 17: 9-39
- Barriandos, Joaquín (2007). "Apetitos extremos: La colonialidad del ver y las imágenes-archivo sobre el canibalismo de Indias." *Revista electrónica del Instituto Europeo para Políticas Culturales Progresivas (eipc)*. <http://translate.eipcp.net/transversal/0708/barriandos/es> (visitada 14-4-2010).
- Bauman, Zygmunt (2000 [2005]). "Espacio y Tiempo". En *Modernidad Líquida*. 100-13; 179-210. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2006 [2007]). "Introducción: sobre el origen, la dinámica y los usos del miedo". En *Miedo Líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*, 9-37. Barcelona: Paidós
- Bourgois, Philippe (2009). "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre las violencias en las Américas". En *Guatemala: Violencias desbordadas*. López García Julián, Bastos Santiago y Camus Manuela (Eds.), 1-27. Córdova: Universidad de Córdova.
- Bruno, Florencia; Gimena Lorenzo; Laura Garbi (2005). "Emergencia de nuevos espacios urbanos y de construcción de subjetividad: el country y el miedo al otro". En *Nuevas Identidades Urbanas en América Latina*. Roze Jorge, Susana Murillo y Ana Núñez (comp.), 67-114. Buenos Aires: Espacio editorial.

- Burgwal, Guerrit (1999). "Prácticas cotidianas de resistencia". En *Antigua Modernidad y Memoria presente: Culturas urbanas e identidad*. Ton Salman Y Eduardo Kingman (Eds.), 165-89. Quito: FLACSO- Ecuador.
- Caldeira, Teresa (2000). *Ciudad de Muros*. Barcelona: Editorial Gedisa
- Carrión, Fernando (1983). *La renovación urbana en Quito*. Quito: Editorial Centro de investigaciones CIUDAD.
- Carrión, Fernando (2004). "La inseguridad ciudadana en la región andina". *Iconos, Revista de Ciencias Sociales* N°18. 109-119.
- Castells, Manuel (1974). *La Cuestión Urbana*. Barcelona: Siglo Veintiuno editores
- Clifford, James (1999). "Viajes". En *Itinerarios Transculturales*. 27-137. Barcelona: Gedisa.
- Clifford, James (2003). "Interviewer con Jose Reginaldo Goncalves". En *On The Edges of Anthropology (Interviews)*, 1-23. Chicago: Prickly Paradigm Press
- Comisión de la Verdad (2010). "Informe final de la Comisión de la Verdad, Resumen Ejecutivo Disponible en: [www.coverdad.org.ec/informe-final](http://www.coverdad.org.ec/informe-final) (Visitada 1-8-2010)
- Corporación Instituto de la Ciudad (2009). *Quito, un caleidoscopio de percepciones: midiendo la calidad de vida*. Luis Verdesoto Custode (director). Quito: Editorial CICQ
- Dammert, Lucía (2004). "¿Ciudad sin ciudadanos? fragmentación, segregación y temor en Santiago". *Revista EURE* N° 91: 87-96
- Dammert, Manuel y Carla Estrella (2009). "Espacialidad del crimen en Quito: estudio exploratorio" En *XIII Informe de Seguridad Ciudadana de Quito*, 98 – 119. Quito: DMQ
- De Certeau, Michel y Giard, Mayol (1984). "Anales de lo cotidiano" En *La invención de lo cotidiano 2 Habitar y Cocinar*, 3-150. México: Gallimard
- De Mattos, Carlos (2008). "Globalización, negocios inmobiliarios y mercantilización del desarrollo urbano". En *Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina*. Marco Córdova Montufar (coor.), 37-65. Quito: FLACSO y Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Deutsche, Rosalyn (2007). "Público". Disponible en: [http://www.macba.cat/controller.php?p\\_action=show\\_page&pagina\\_id=33&inst\\_id=22891&lang=ESP&PHPSESSID=amabm0pfo2sm61nd59an41foc4](http://www.macba.cat/controller.php?p_action=show_page&pagina_id=33&inst_id=22891&lang=ESP&PHPSESSID=amabm0pfo2sm61nd59an41foc4). (Visitada 2-5-2010).
- Durán, Gustavo (2010). *Los dioses de la ciudad: Espacialidad de la pobreza urbana*. Tesis previa a la obtención del título de máster en Gobierno de la Ciudad con mención en Desarrollo de la Ciudad. Quito: FLACSO-Ecuador.

- Echeverría, Julio y Amparo, Menéndez Carrión (1994). “Introducción” y “Reflexiones teóricas sobre el problema de la violencia”. En *Violencia en la región Andina el caso Ecuador*, 3-46. Echeverría y Menéndez Carrión (eds.). Quito: FLACSO-Ecuador
- Fidalgo, Andrés y Austin Zeiderman (2008). “Antropología de la Ciudad Hacia un análisis crítico e histórico” *Revista Antípoda* nº 7: 63-97
- Foster, Hal (2001). “El artista como Etnógrafo”. En *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*. 175–207. Madrid: Editorial Akal
- Guerrien, Marc (2006). “Arquitectura de la inseguridad, percepción del crimen y fragmentación del espacio urbano en la zona metropolitana del valle de México”. En *Paisaje Ciudadano, delito y percepción de la inseguridad: investigación interdisciplinaria del medio urbano*, 93-117. Fraile Pedro, Gabriela Rodríguez, Quim Bonastra y Celeste Arella (Eds.) Madrid: Editorial Dykinson.
- Hall, Stuart (1997). “Representation, difference and power” En *The spectacle of the other*. Londres: Sage Publications.
- Hall, Stuart, (1999). “Identidad Cultural y diáspora”. En *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, 131- 145. Castro-Gómez Santiago, Oscar Guardiola-Rivera, Carmen Millán de Benavides (Eds.). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Hillier Bill, Sahbaz Ozlem (2008). “Un acercamiento basado en evidencias reales sobre crimen y diseño urbano. O ¿cómo obtenemos vitalidad, sostenibilidad medio ambiental y seguridad a la vez?” *Revista INVI* N°64: 61-94.
- Howard, Murphy y Banks, Marcus (1997). *Rethinking Visual Anthropology*. New Haven: Yale University Press.
- Kastner, Jeffrey y Sina Najafi (2006). “Expansion, Confrontation, Containment: An Interview with Reviel Netz”. *Cabinet* N° 22. Disponible en: [http://www.cabinetmagazine.org/issues/22/kastner\\_najafi.php](http://www.cabinetmagazine.org/issues/22/kastner_najafi.php) (visitada 15-5-2010)
- Kester, Grant H. (2004). “Dialogical aesthetics”. En *Conversation Pieces Community + Communication in Modern Art*, 82-123. California: University of California Press.
- Kingman, Eduardo (2006). “Espacio, etnicidad y poder”. En *La ciudad y los otros, Quito 1860 -1940 Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO- Ecuador y Universidad Roviria e Virgili.
- Lefebvre, Henri (1970). “La ilusión de lo urbano”. En *La Revolución Urbana*. Madrid: Alianza Editorial

- Low, SETHA (2003). *The Anthropology of space and place: locating culture*. Oxford: Blackwell Publishing
- Macdougall, David (1998). *Transcultural Cinema*. Princeton: Princeton University Press.
- Marcus, George (2008). "El fin de la etnografía: del desorden de lo experimental al desorden de lo barroco". *Revista de Antropología Social. Departamento de Antropología*, 17-48. California: University of California
- Menéndez-Carrión Amparo (1994). "Presentación". En *Violencia en la región andina: el caso de Ecuador*, 1-17 Echeverría, Julio (ed.) Quito: FLACSO-Ecuador.
- Miller, Daniel (1987). "Introducción a la materialidad". Disponible en: [http://www.ucl.ac.uk/anthropology/staff/d\\_miller/mil-8](http://www.ucl.ac.uk/anthropology/staff/d_miller/mil-8) (visitada 20-12-2009)
- Moreyra, Edith (2009). "Vida cotidiana y entorno material. El mobiliario doméstico en la ciudad de Córdoba a fines del siglo XVIII". *Historia Crítica* No. 38: 200-248
- Nieto, José Miguel (2007). "Dibujando putas: reflexiones de una experiencia etnográfica con apariciones fenomenológicas", *Revista Chilena de Antropología Visual* N°10: 54-84
- Pacheco, Juan Carlos (2006). *Delincuencia callejera y políticas de seguridad ciudadana en Quito (2001-2005)*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Pink, Sarah; László Kurti y Ana Isabel Alfonso eds. (2004). *Working Images: Visual Research and Representation in Ethnography*. New York: Routledge.
- Poole, Deborah (1997). "Introducción". En *Visión Raza y Modernidad, una economía visual del mundo andino de imágenes*, 1-25. New Jersey: Princeton University Press
- Reguillo Susana (2006). "Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros". En *Entre miedos y goces: comunicación, vida pública y ciudadanías*, 25-55, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana; UNESCO.
- Sanín, Juan Diego (2006). "Estudios de la Cultura Material: Morfología y Biografía de los objetos". Disponible en: [www.icesi.edu.co/disenomas/anteriores/.../Juan%20Diego%20Sanin.pdf](http://www.icesi.edu.co/disenomas/anteriores/.../Juan%20Diego%20Sanin.pdf) (visitada 20-12-2009)
- Sekula, Allan. (1986). "The Body and the Archive.". Disponible en: <http://links.jstor.org> (visitada 22-2-2010)
- Simmel, George (1908 [1986]). "El Espacio y La Sociedad". En *Sociología 2: Estudio sobre las formas de sociabilización*. Madrid: Alianza Editorial.

Vizuete, Olga; Eduardo Jarrín y Freddy Garzón (1983). *Diagnóstico Socio-económico de los Barrios Periféricos de la ciudad de Quito*. Quito: Editorial DMQ.

Wacquant, Loic (2007). *Los condenados de la ciudad*. Buenos Aires: Siglo XXI Eds

Wilson, Mick (2007). "Una charla con Grant H. Kester". *College Art Association Art Journal*. (sin publicar)

Zizek, Slavoj (2008). "SOS Violencia". En *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*, 1-53. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.

## **DOCUMENTOS**

Ordenanza 0031 que contiene el Plan de Uso y Ocupación del Suelo del Distrito Metropolitano de Quito. Mayo 2010.

Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Inseguridad 2008, Plan Nacional de Seguridad Ciudadana. En Pág. Web: [www.seguridadciudadana.gov.ec](http://www.seguridadciudadana.gov.ec) (visitada en 10-5-2010)

XIII Informe de Seguridad Ciudadana de Quito, elaborado por el Municipio Metropolitano de Quito y Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana. Mayo 2010

Seguridad Ciudadana. Diario El Comercio. 1-12-2010.

## **ENTREVISTAS**

Juana Narváez, Septiembre 2009

Patricia Landívar, Septiembre 2009

Freddy Guaman, Octubre 2009

Rómulo Izquierdo, Octubre 2009

Arpía Abril 2010

Administrador del complejo Aviación Civil, Abril 2010

Narcisa Almeida, Abril 2010

María Isabel Criollo, Mayo 2010

Nancy Peralvo, Mayo 2010

Sr. Tello, Mayo 2010

Juan Coronel, Mayo 2010

Familia Maldonado, Junio 2010

Patricio Bravo, Junio 2010

Germán Cisneros, Junio 2010

José Ávila, Junio 2010)

Vásquez, Junio 2010

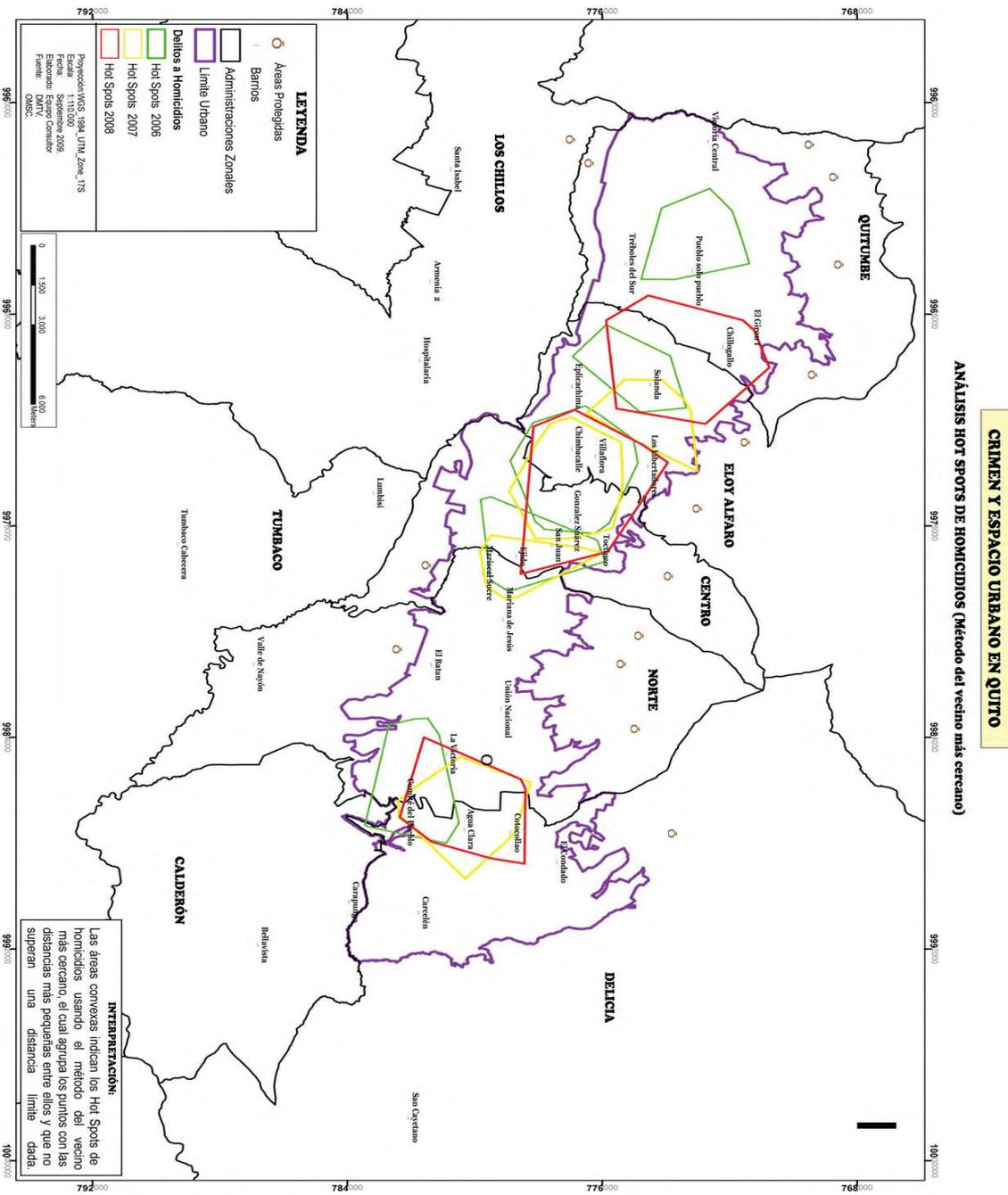
Grupo focal 1, Junio 2010

Grupo focal 2, Junio 2010

Administradora Alhambras de El Edén, Julio del 2010

Administradora urbanización Amagás del Inca, Julio 2010

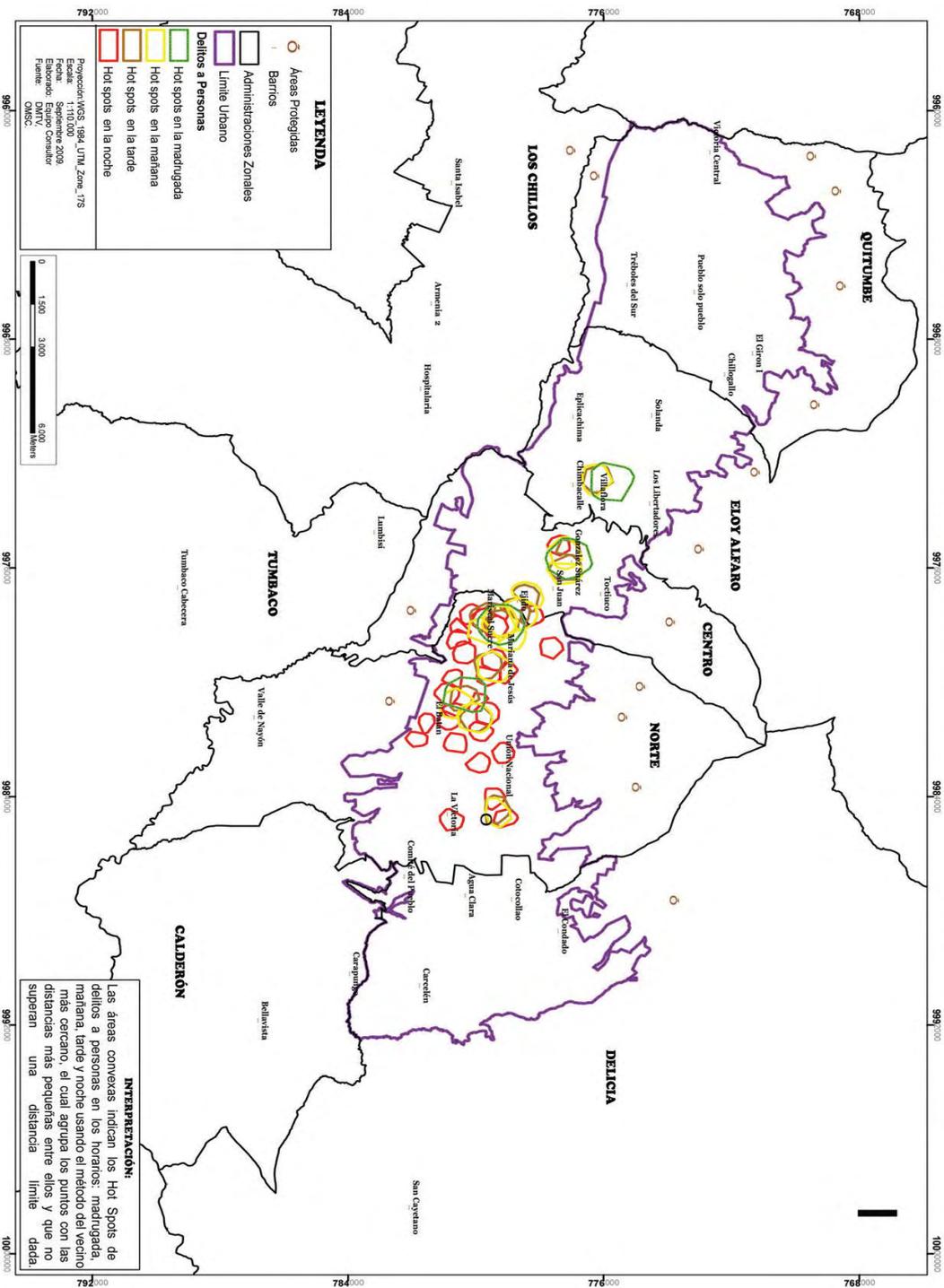
# ANEXOS



Anexo 1. Mapa Análisis *hot spots* de homicidios. Fuente: OMSC. En este mapa se observa una incidencia dispersa de los homicidios en el periodo 2006-2008, pero que sin embargo han mantenido como eje El Comité del Pueblo y de manera menos continua.

**CRIMEN Y ESPACIO URBANO EN QUITO**

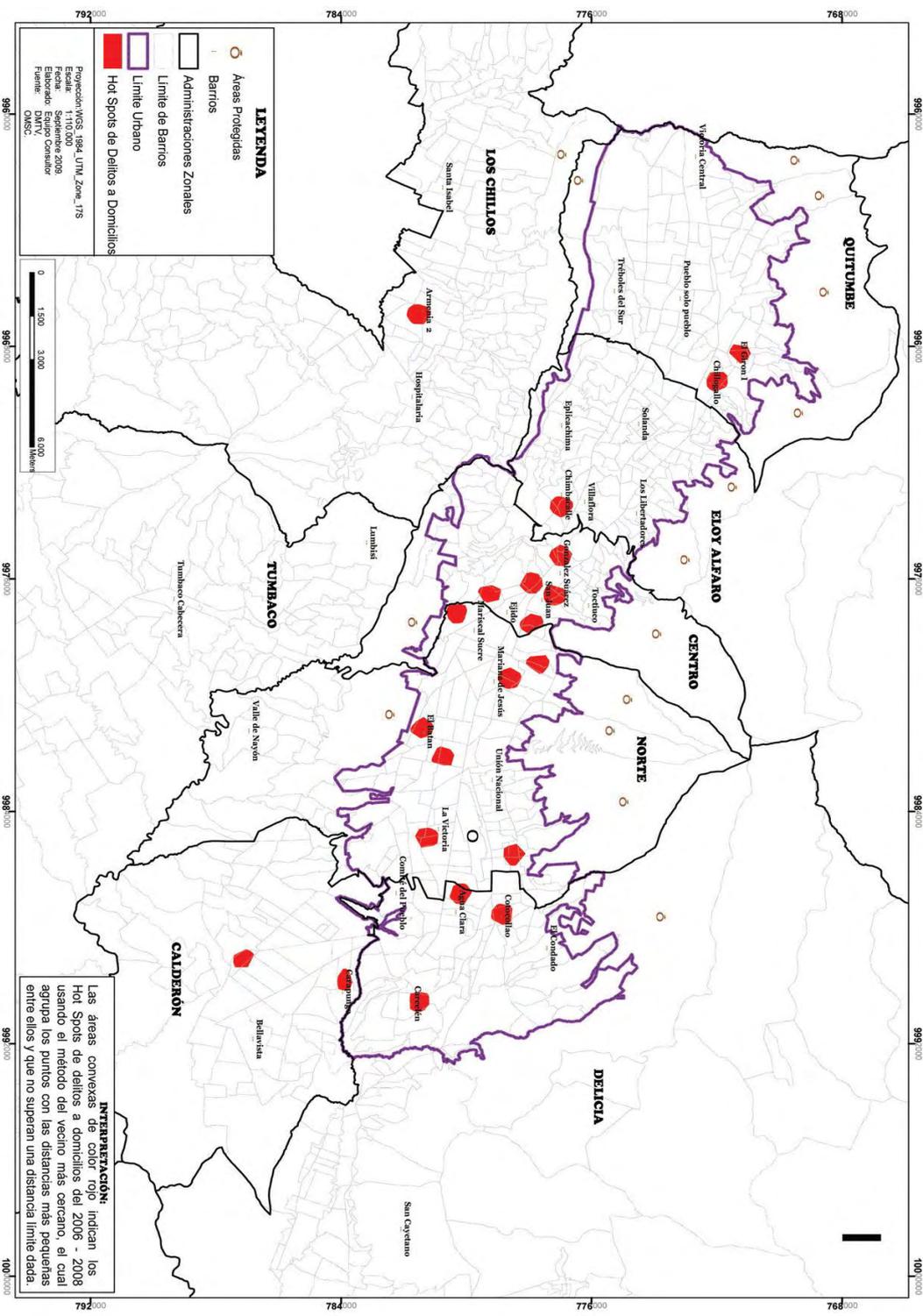
**ANÁLISIS HOT SPOTS DE DELITOS A PERSONAS EN LOS HORARIOS: MADRUGADA, MAÑANA, TARDE Y NOCHE (Método del vecino más cercano)**



Anexo 2. Mapa Análisis hot spots de delitos a personas en horarios de la madrugada, mañana, tarde y noche. Fuente: OMSC. Este mapa muestra una alta concentración de delitos contra personas en la Administración Zona Norte de Quito, siendo la Victoria un sitio que es afectado particularmente en la noche.

**CRIMEN Y ESPACIO URBANO EN QUITO**

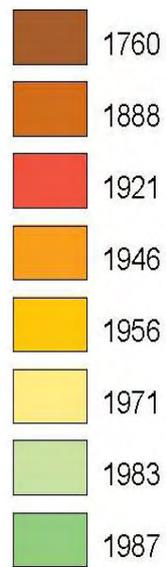
**ANÁLISIS HOT SPOTS DE DELITOS A DOMICILIOS 2006 - 2008 (Método del vecino más cercano)**



Anexo 3. Mapa Análisis *hot spots* de delitos a domicilio. Fuente: OMSC. En un lapso de 3 años estas son las zonas que se han mantenido como zonas recurrentes de delitos a domicilios, La Victoria se cuenta dentro de este mapa.



### Evolución de la mancha urbana de Quito



Fuente: AIQ-SUIM



Anexo 4. Mapa Evolución de la mancha urbana de Quito. Fuente: [www.quito.gov.ec](http://www.quito.gov.ec).